



## ESTUDIOS DE LITERATURA GRIEGA

---

Á la memoria de mi querido amigo y compañero el doctor D. Manuel de Cueto y Ribero, catedrático ilustre, que fué, de hebreo en la Universidad salmantina y de griego en la de Granada.

---

**San Gregorio de Nazianzo considerado como poeta.**

LA TRAGEDIA «CRISTO PACIENTE»

Σκεῦος ἐκλογῆς καὶ φρέαρ βαθύ.

S. Basilio de Cesárea.

]

Estudio es de sumo interés y curiosidad para los amantes de la historia crítica y de la literatura el que ofrecen aquellas obras del humano ingenio, correspondientes á los agitados *períodos históricos de transición*: á esos períodos en que se ve exhalar sus últimos alientos una civilización moribunda, y mostrarse por otro lado llena de juventud y de vida la nueva que viene á sucederle. Encuéntranse en tal caso, y son dignas por ello de atenta lectura y meditación, las producciones literarias de aquellos insignes doctores de la Iglesia cristiana,

que tanto lustre dieron á las letras helénicas sagradas en el cuarto siglo de nuestra era; es decir, cuando la comunión cristiana, habiendo salido ya de las Catacumbas, podía proclamar sus oráculos en públicas asambleas ó concilios en presencia de los señores del Mundo; en aquella época de efervescencia en que sus eminentes apóstoles y maestros consumían el vigor de su espíritu y el fuego de su elocuencia, defendiendo la Iglesia ortodoxa, así de los ataques desesperados del gentilismo, como de las doctrinas perturbadoras de heresiarcas y disidentes.

En tales azarosos tiempos floreció el docto obispo GREGORIO DE NAZIANZO, de cuyas obras poéticas vamos á ocuparnos; con lo que queremos indicar, desde luego, que no intentamos examinar por ahora toda la vasta literatura de este eminente escritor sagrado, tan afamado por su ciencia y por su virtud, como que era apellidado por los grandes hombres de su época *vaso de elección* y *pozo profundo de sabiduría*; sino referirnos meramente á aquellos OPÚSCULOS POÉTICOS que escribió en los últimos tiempos de su agitada vida, cuando abrumado el noble anciano por la carga agobiadora de sus pesares, después de largos años de predicación, de polémica contra los enemigos de la fe, y de lucha sin tregua contra la depravación y el oprobio de su siglo, buscó en la soledad, en la meditación, en la dulce contemplación de la Naturaleza y en el grato cultivo de las musas, el descanso de que tanto necesitaba su conturbado espíritu, el bálsamo mitigador de sus penas y sufrimientos (1).

---

(1) San Gregorio de Nazianzo, por su vasto saber en las ciencias sagradas denominado el *Teólogo*, alcanzó gran renombre como orador; así se explica que las obras grandiosas de su elocuencia hayan hasta cierto punto oscurecido las otras producciones preciosas de su ingenio, y, por lo tanto, que sean más conocidos sus discursos que el resto de sus composiciones literarias. Pronunció un gran número de elogios fúnebres ó panegíricos, tales como los de San Athanasio y San Basilio, las dos invectivas contra Juliano, y multitud de sermones sobre puntos de moral, de disciplina y de dogma. En suma, 53 discursos. Consérvanse de él, además, 242 cartas en las que se tocan asuntos diversos, y en las que se da á conocer el carácter y la vida íntima del docto prelado.

## II

LAS POESÍAS DE SAN GREGORIO NAZIANZENO forman una colección de CLXX poemas sagrados, y dos mil ciento cincuenta y cuatro poemas del género epigramático en cuya hermosa *Antología* se emplean todos los ritmos, todos los tonos y las galas poéticas más ricas y encantadoras, terminando la colección con una tragedia intitulada *Χριστός πάσχων*, *Cristo paciente*.

Al frente de su sección de *Poesías sagradas* se encuentra, escrita en versos yámbicos, su propia *Biografía* hasta la época en que renunció la sede episcopal de Constantinopla. Esta composición es una de las más esmeradas del ilustre vate; siendo no menos notables su interesante poema *Sobre la vanidad é inestabilidad de las cosas de este mundo* y su precioso *Poema acerca del hombre*. En todo este variado conjunto de literatura poética hállase difundida una luz tan dulce y suave, un tinte melancólico y una ternura tal y tan delicada que no pueden menos de conmover profundamente el alma. ¡Qué contraste tan encantador ofrecen las descripciones y los puros deleites de la Naturaleza, que siente el amable anciano, con las angustias y tormentos de su corazón atribulado ante el enigma misterioso de la existencia, y con aquellas vehementes ansias con que busca su reposo y su tranquilidad en la fe! Refléjase en los poemas de este escritor sagrado, dice Villemain, un alma naturalmente dulce y tierna, conturbada por las amarguras de la vida, la cual, absorta en su aflicción, no encuentra sino las austeridades para lenitivo de sus penas, y sus mismas inquietudes para distracción de su dolor; y, á la par, en todo aquel fondo de tristeza cristiana vese de vez en cuando vagar una candorosa sonrisa en la que de modo celestial se retrata el carácter angelical del nobilísimo venerable anciano.

## III

El repertorio poético de San Gregorio de Nazianzo es, dijimos al comienzo de este artículo, digno de particular estudio, como todos los escritos de los doctores cristianos de su época. En efecto, en la casi totalidad de las creaciones poéticas de San Gregorio nada encontramos que se parezca en el fondo á la literatura clásica gentílica; es una poesía enteramente nueva y original, inspirada en el cuadro real de la vida, en lo proceloso de los tiempos, en los profundos acerbos dolores del poeta, en las tribulaciones de su alma, en los sublimes ideales de la nueva doctrina evangélica; y, sin embargo, en estos bellos poemas, del propio modo que en sus grandiosos discursos y en todos sus escritos, por las formas galanas que ostentan y por su ática dicción pura, elegante y armoniosa, claramente se ve que se esfuerza en imitar á los insignes escritores de la clásica Grecia antigua (1).

Hallábase severamente vedado á los cristianos desde la época de Juliano el cultivo de las letras helénicas profanas; empero el docto San Gregorio, del propio modo que los otros esclarecidos Padres de la Iglesia, sus amigos y contemporáneos, educado en ellas durante su juventud, lejos de mirarlas con menosprecio y aversión, las declaraba en su magnífico *Panegírico de San Basilio* del todo útiles y ventajosas, considerándolas hasta como un auxiliar poderoso de la piedad, y aun calificaba de *rudos é ignorantes* (σκαίωι και ἀπαίδευτοι) á los que se esforzaban en proscribirlas, siendo de ver cómo el bondadoso y culto prelado se complacía en consolar á los

---

(1) Las poesías del santo doctor se han impreso aisladamente en distintas épocas; la edición más estimada por los bibliófilos es la *aldina* de 1504. El *Christus patiens* se publicó en Roma en 1542. Didot ha publicado este drama en griego, bajo la dirección de Bübner, París, 1846.

amantes de la literatura antigua, dedicándoles poemas religiosos con las formas, versificación y lenguaje de las musas profanas.

## IV

Este feliz maridaje de las formas y elementos artísticos de la antigüedad clásica con las ideas y sentimientos que aportaron al mundo las consoladoras enseñanzas del Cristianismo y su pura filosofía, fusionada con lo más noble y elevado de la filosofía antigua, constituye, como indicamos al principio, el curioso ejemplar literario de esta interesante época de transición, debiéndose notar que este recuerdo de las antiguas formas, esta tradición de la cultura y del arte clásico no se desvanecieron jamás; jamás se dió la cabal solución de continuidad del arte literario ni de la cultura antigua, como erróneamente se creyó, en otras épocas, cuando se discurría acerca de los caóticos y difíciles tiempos de la Edad Media. Antes, por el contrario, esta falta de incontinuidad de la cultura antigua es la que hizo posible y explica claramente el hecho glorioso del Renacimiento y la influencia de las letras clásicas en la generación de las lenguas y de las literaturas modernas.

## V

Multitud de escritos de los eminentes polígrafos cristianos de la época en que brilló San Gregorio Nazianzeno podríamos citar, en los que se ve claramente cómo tomaban éstos por modelos los autores clásicos del gentilismo para sus composiciones de asunto religioso. Mas encuéntrase en las colecciones completas de las obras de nuestro docto obispo de Nazianzo una tragedia en griego, en la cual se lleva la imitación á tal extremo, hasta tal punto se aprovechan en ella los materiales de

los poetas y dramaturgos profanos, que no viene á ser todo este *misterio ó drama sacro* sino un centón compuesto de versos de Esquilo, de Lycófrón y de Eurípides. Esta tragedia es la antes citada, que lleva el título de *Χριστός πάσχων*, *Cristo paciente*. Hase tenido constantemente por de San Gregorio el Teólogo esta rara obra trágica, hasta que la moderna crítica ha puesto en duda su autenticidad. Tal vez este drama de no gran vuelo poético deba estimarse por ello indigno del genio de nuestro escritor, si bien poseemos el autorizado testimonio del escritor asirio Ebed Jesús, quien en su erudito *Catálogo de bibliografía de los Santos Padres* atribuye una tragedia á San Gregorio de Nazianzo. Mas sea el docto obispo el autor de dicho poema dramático ó no lo sea, como pretende Eichstädt, ello es que se tiene el *Χριστός πάσχων* como el más antiguo drama de argumento cristiano, constándonos además que no es la sola composición de igual índole referente á la misma época, pues es sabido que Apolinar, obispo de Laodicea, escribía para las escuelas tragedias cristianas, copiando las de Eurípides, y comedias semejantes á las de Menandro, como siglos adelante compuso las suyas en lengua latina, imitando las terencianas, la célebre monja Hroswitha, en su solitaria celda de Gardenshein.

Para dar una ligera idea del estilo de este *misterio ó drama sacro*, atribuído á San Gregorio el Teólogo, vamos á terminar este estudio con una versión en prosa de uno de los pasajes ó escenas más conmovedoras de la citada tragedia griega: el fragmento *Deipara juxta crucem*, verso 848 y sig. de dicha tragedia (1):

«*La Virgen María*.—Callad, mujeres. ¡Estamos perdidas!... Reprimid vuestra voz. Quiero yo preguntar á mi Hijo, pues lo veo próximo ya á la muerte. En verdad, veo su cabeza venerabilísima reclinada, y que ex-

(1) Puede leerse el original griego en el texto de Dübner, publicado por Gidot, ó en la *Χειρῶν γράμματα* del eminente helenista de nuestra patria D. Lázaro Bardón, catedrático de la Universidad de Madrid.

hala ligeramente la débil voz. ¡Oh! ¿Qué veo? Hijo mío, tu cuerpo ya cadáver estoy mirando. Digno es esto de grandísimo asombro; el que hace poco clamaba al Padre con potente voz, que conmovía al fondo de la tierra, y de cuyo clamor repleta la tierra toda resonó con estrépito horrendo... para todos cuantos ven esto paréceles el prodigio más grande que pueden mirar los ojos; al que hace un instante yo miraba, el que no hace mucho contemplaba esta luz!... ¿Qué te pasa? ¿De qué modo has perecido, Hijo mío? Quiero oírlo de tí. El alma, deseosa de saberlo todo, aun de los males cognoscibles, se muestra ávida.

¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡ay!

¿Estas cosas están en armonía con las que fueron profetizadas? ¡Oh! ¿qué haré? ¡Mi corazón desfallece! No veo ¡oh mujeres!, no veo el rostro espléndido de mi Hijo: se demudó su color y su hermosura peregrina. ¡Espectáculo horrendo! Causa pavor aproximarse al difunto. ¡Enséñame la convulsión de los astros, las entrañas conmovidas de la tierra, las piedras que se quebrantan! Venid, acercaos, yo no estoy para mirar estas cosas junto á él; me siento vencida por los pesares.

Sabía en verdad cuanto en breve había de acontecer; pero mi dolor es superior á esta esperanza aun segura. ¡Oh Hijo del Supremo Rey! ¿Cómo descienes ahora á las moradas del Infierno por las muertes de nuestros primeros padres? De repente te volaste, como el que entrega el alma por su voluntad; pues jamás la muerte hubiera sido superior á tí, si tú voluntariamente no hubieras entregado al Padre el espíritu. Oí, oí tu voz al Padre. ¿Por qué el Padre te despacha de la tierra? ¿Por qué quiso que murieses tan ignominiosamente? ¿Por qué dejas desolada y huérfana á la madre que te llevó en sus entrañas? ¡Ay de mí! ¡Yo quiero morir contigo, hijo mío!

Hé aquí que tú has muerto. ¿Qué pueblo me recibirá? ¿Qué huésped, ofreciendo un rincón inviolable de la tierra y una morada segura, tendrá ahora una mirada á

este mísero cuerpo? ¡No habrá ninguno! Pero me quedo aguardando un poco tiempo hasta que vea el tercer día radiante como las estrellas: así tú lo has dicho, indicando tu resurrección; y yo en ello confío y me sostengo con estas esperanzas. Aunque viéndote ahora muerto y crucificado, compadézcome más de mí que de tí por la ausencia tuya, pues más bien me diste á mí la muerte que á tí mismo. ¡Ojalá hubiera sido yo muerta en vez de tí, Hijo de mi alma.... Yo me muero, Hijo mío: ya no es para mí grata la vida.

¡Ay! ¡ay! Las sombras anulan ya mis ojos. ¡Me perdí; deseo bajar al sepulcro! Privada de tu vista, quiero ahora habitar en lo profundo, en las oscuridades de la tierra! ¡Desdichada! ¡Qué pena tan grande sufro desde hace un instante, intolerable, indecible!.. Pero yo me muero.

¿Mas cómo yo, madre desdichadísima, me consolaré del que enmudeció y cerró los ojos? ¿En vano, pues, te he criado á ti, Hijo de mi vida, á ti que tan liberalmente concedes el alimento á todos los seres? ¿En vano me afané y padecí trabajos por librarte de las manos de los que tramaban tu muerte, Hijo mío, desde los principios de tu milagroso nacimiento? No lo creo, aunque gima, aunque llore... Yo te parí; pero sé del modo que te engendré... *Desde aquel punto concebí grandes esperanzas en ti: que yo llegaría á envejecer; que tú me arreglarías á mí difunta con tus manos: cosa tan apetecible para todos* (1). Ni aun, muerto tú, he perdido esta grata esperanza, Hijo mío.

¡Oh dulce voz que me causabas tanta alegría! ¡Oh rostro queridísimo! ¡Oh inefable codiciadísima hermosura, superior á todo el linaje humano, imagen indescriptible

(1) Literalmente las mismas frases de *Medêa* en la tragedia de Eurípides, que pueden leerse en la escena que trae el citado texto del doctor Bardón, página 418:

Ἡμῖν ποθ' ἡ εὐστῆνος εἶχον ἐλπίδας  
πολλά; ἐν ὑμῖν γηροβοσκήσειω τ' ἐμὲ  
καὶ καθινοῦσαν χερσὶν εὖ περιστελεῖν,  
Σηλωτὸν ἀνθρώποισι.....

de indescriptible hermosura! ¿Por qué estás ahora con el rostro triste? ¡Ay, no puedo soportar el mirarte! ¿Por qué, por qué callas? ¿Por qué no abres la boca? Dime, dime alguna palabra, préstame algún consuelo, háblale un poquito á tu madre desdichada, Hijo de mi corazón.

Pero ¡ah! reconozco en verdad á mi Dios: puesto que sufres la muerte afrentosa que me hace á mí inmortal; la muerte que proporciona la gloria eterna y la inmensa alegría á todo el género humano.»

Como se ve, no es la tragedia CRISTO PACIENTE una producción poética hija de espontánea vena, sino más bien de una laboriosa y sabia erudición. En el pasaje que acabamos de traducir, hemos ya hecho notar que se encuentran versos enteros de la *Medêa* del gran trágico Eurípides. Empero hemos mencionado de modo especial esta rara producción de la literatura sacra griega del IV siglo, no tanto porque figura, según queda dicho, en el repertorio literario poético del ilustre Nazianzeno, como por ser un ejemplo curiosísimo de la influencia que ejerció la literatura helénica clásica en la preciosa y más sublime literatura cristiana de los primeros siglos de nuestra era.

A. GONZÁLEZ GARBÍN,

Catedrático de literatura clásica de la Universidad  
de Granada.

*Granada Mayo 1893.*





# ÁFRICA

---

## SU REPARTO Y COLONIZACION (1)

SUMARIO: I. Introducción.—II. Guerras de España en África.—III. Colonias europeas en 1870.—IV. Conquista de Argelia por los franceses.—V. Exploradores.—VI. Esclavitud.—VII. Misioneros.—VIII. Colonias y protectorados actuales de las naciones europeas y repúblicas africanas.—IX. Posesiones de España y su misión en el continente negro.

### I

SEÑORES:

Al inaugurar la serie de conferencias del otoño, accediendo gustoso á la atenta invitación de la Junta directiva de El Sitio, voy á disertar sobre un asunto de palpitante interés, relacionado con la transformación que se está realizando en el continente africano, cuyo botín se reparten afanosas las naciones europeas, sin que la mayor parte de los españoles se preocupen ni concedan importancia á los problemas de la colonización de aquellos extensos dominios y protectorados.

Se ha apoderado de nosotros un profundo y desconsolador

---

(1) Notable conferencia pronunciada en Bilbao por el ilustre ingeniero y publicista Excmo. Sr. D. Pablo de Alzola.

escepticismo en todo lo que afecta á la política exterior, y persuadidos de que, por las deficiencias de nuestra Administración y los ahogos del Erario público, tenemos que renunciar á toda clase de ideales nacionales, al vernos precisados á reconcentrar las aspiraciones de la patria dentro de las fronteras de la Metrópoli y de los restos del poderoso imperio colonial, ha sucedido al antiguo espíritu de viriles conquistas y de legendarias aventuras, que inmortalizaron en el nuevo mundo á nuestros progenitores, la indiferencia más glacial, siendo la consecuencia que aun en poblaciones cultas como Bilbao, y dotadas de gran actividad fabril y comercial, se conceda escasísima atención á los estudios geográficos; pero como, á mi entender, no son los Gobiernos los llamados á tomar la iniciativa en asuntos coloniales, sino el interés privado, que, escudriñando en apartadas regiones los puntos más adecuados para las explotaciones mineras ó comerciales, es el llamado á crear asociaciones mercantiles destinadas á fundar factorías, que deben servir, después de detenido estudio de los recursos del país, de jalones indicadores y de instalaciones precursoras á las tentativas de adquisición de territorios, he creído que en una región en donde vamos á contar con industria potente, la construcción naval para la marina mercante y de guerra, y un puerto de primer orden, debemos extender nuestras miradas á más amplios horizontes.

Al desarrollar mis ideas sobre materia de suyo tan compleja, y de la que sólo me propongo trazar en esta noche el esbozo, acudo con toda sinceridad á esa benevolencia que me habéis concedido otras veces, porque lo arduo del tema y la dificultad de condensarlo en un prólogo sintético sobre asuntos africanos, me hace doblemente necesaria vuestra indulgencia en la ocasión presente.

Todos sabéis que el inmenso continente se halla bañado por las aguas del mar Mediterráneo, por el océano Atlántico, el océano Índico, el golfo de Aden, el mar Rojo y por ese nuevo Bósforo abierto en los arenales del Egipto, gracias á la iniciativa de Mr. de Lesseps, obra maravillosa que ha multiplicado extraordinariamente el comercio y las relaciones entre el Oriente y el Occidente, y de la que me ocupé en la

conferencia anterior, describiendo los canales de Suez y de Panamá.

En los tiempos antiguos se guardaba sigilosamente el secreto de los descubrimientos de territorios, y aun había naciones que castigaban con penas severas la publicidad de los datos recogidos por los exploradores, contribuyendo esta causa, á la par que la carencia de recursos náuticos, hasta que se descubrió la brújula, á que los europeos desconociesen tanto el interior del continente africano como gran parte de su litoral. Hallábanse en contacto con la región mediterránea el Egipto, de brillante historia, que se convirtió en el centro de la cultura con la escuela alejandrina, y la Mauritania que, sometida sucesivamente al dominio de fenicios, cartagineses, romanos y vándalos, fué conquistada por los árabes, que asolaron aquella pródiga región, destruyendo la civilización cristiana, que tan ostensibles pruebas de pujanza diera en la época de San Agustín y de los célebres concilios de Cartago.

## II

La brújula, importada del Oriente, destruye la supremacía comercial de Venecia y de Turquía; lusitanos y españoles se lanzan á atrevidas empresas, alcanzando con sus descubrimientos en las Indias occidentales y orientales los éxitos marítimos más prodigiosos que, rompiendo el antiguo equilibrio, llevan el cetro comercial de Europa á las costas del océano Atlántico. Termina la Edad Media con el fracaso de las cruzadas y la entrada de los turcos en Constantinopla; pero si las armas cristianas sufren en el centro de Europa rudos reveses, en cambio llega España al epílogo de su epopeya de la reconquista con la toma de Granada, y, no obstante haber conseguido la unidad de la patria, con la plenitud del territorio nacional y de la adquisición de inmensos dominios en el Nuevo Mundo, la Reina Católica recomienda en su testamento se lleven las armas cristianas á las playas agarenas.

El arzobispo Fr. Francisco Ximénez de Cisneros patrocina con entusiasmo el proyecto; se inician las operaciones por la

toma de Mazalquivir y del Peñón de los Vélez, y excita al Rey con celo religioso á la conquista de Orán, ofreciéndose á anticipar sueldos, fletes y provisiones con las rentas de la mitra toledana, y á mandarla en persona, á pesar de sus setenta años. Embárcase, al efecto, con el general D. Pedro Navarro y 14.000 hombres, y cuando llega el momento supremo del combate, ciñe la espada, monta en una mula y dirige á los soldados enérgica y fogosa arenga que inflama su entusiasmo, y al grito de «Santiago y Cisneros» trepan valerosos por la montaña, arrollan á la morisma y los estandartes españoles ondean victoriosos en las murallas de Orán.

Poco después adquieren funesta celebridad los renegados Horuc y Aradín (Barbarroja), hijos de un alfarero de la isla de Elbos, que dedicados á la piratería, desde los Dardanelos á Gibraltar, forman con el fruto de sus rapiñas poderosa flota. El Rey moro de Argel, que se halla en guerra con su vecino de Tremecén, comete la torpeza de llamarles en su auxilio; apresúranse á asesinarle traidoramente, fundando un reino, que durante más de tres siglos es el terror y oprobio de la cristiandad.

Ante los saqueos y depredaciones que sufren las costas é islas mediterráneas, las naciones buscan solícitas el amparo del nuevo Emperador Carlos I, dotado de espíritu guerrero y actividad prodigiosa, y que por sus extensos dominios de Flandes, Alemania, el Franco Condado, Milán, Sicilia, el Rosellón, España y las Indias es el monarca más poderoso de su tiempo; apréstanse al efecto las naves de las potencias cristianas, excepción hecha de Francia, y dirígense bajo su mando á las costas berberiscas. Sufren las tropas en el suelo africano grandes penalidades por los ardores del clima, la sed y las epidemias; pero con sus leones de España toma la Goleta, derrota á los 100.000 combatientes de Barbarroja y liberta en Túnez 16.000 cautivos que reman en las galeras del Gran Turco. Lucha después en Malta y Argel contra los infieles y cumple, mejor que ningún otro príncipe contemporáneo, la misión gloriosa de combatir el poder de los piratas que cobijaba bajo su amparo Solimán el Magnífico.

No es Felipe II tan intrépido guerrero como su padre, pero

el espíritu religioso que sella todos sus actos le impulsa á guerrear contra los moros, no sólo para ahuyentar á los corsarios que asnelan las costas españolas, sino tomando la ofensiva en diversas expediciones coronadas con varia fortuna; pero el hecho culminante de su reinado es el glorioso combate naval de Lepanto, en que D. Juan de Austria, al frente de la liga cristiana y de las escuadras aliadas que reúnen 300 velas, dirigidas por los marinos más ilustres de su tiempo, como D. Álvaro de Bazán, que manda la flota española, Andrés Doria, la armada genovesa, Marco Antonio Colonna, las galeras del Sumo Pontífice, Sebastián Veniero, las naves venecianas, y el príncipe de Urbino, que monta la capitana de Saboya, consigue sobre el almirante turco Alí la victoria más brillante y celebrada de aquel siglo, que contiene por algún tiempo en las aguas del Mediterráneo la pujanza de la media luna.

Las guerras españolas en las costas africanas se resintieron de falta de plan y del aniquilamiento que producían las luchas internacionales, apenas interrumpidas durante los reinados de la casa de Austria, y las irrupciones de los piratas llegaron á tal extremo que, no pudiéndose cultivar las tierras del litoral, ordenó Felipe III, á excitación de los procuradores, que desde Granada á Portugal se levantasen 44 torres ó castillos que sirviesen de atalayas para avisar por medio de señales la proximidad de los corsarios, á fin de prepararse á la defensa. Yo recuerdo haber visto en las costas andaluzas, destinados al resguardo de carabineros, algunos de aquellos torreones, que son otros tantos lúgubres testimonios de los desdichados tiempos en que tantos españoles eran víctimas de los piratas ó gemían cautivos en las mazmorras africanas.

La guerra de Sucesión originó la pérdida de Gibraltar y otros quebrantos en las playas berberiscas, y durante el reinado de Carlos III renovó el Sultán los asedios á las plazas de Melilla, Alhucemas y el Peñón; pero, defendidas en todas ocasiones con bizarría, las hemos conservado hasta nuestros días, así como Ceuta, las islas Chafarinas y de Alborán, que nos colocan en situación ventajosa para influir en el imperio de Marruecos. En el reinado de Isabel II se presentó ocasión pro-

picia para extender y afianzar nuestra dominación sobre el caduco y bárbaro Maghreb, y la España entera dió pruebas palpables del febril y delirante entusiasmo que despertó *la guerra al moro*, manifestándose con tal motivo, de modo har- to ostensible, las latentes aspiraciones del sentimiento nacional.

La campaña resultó brillante, demostrando una vez más el soldado español sus cualidades de sobrio ante la escasez de aprovisionamientos y de sufrido en las penalidades, á la par que de esforzado y valeroso en los combates, y la serie de victorias de aquella marcha triunfal, obtenidas en el Serrallo, Guad-el-Jelú, los Castillejos, Sierra Bullones y Tetuán, recuerda los heroicos hechos de armas de otros tantos generales ilustres y la gran pericia del caudillo D. Leopoldo O'Donnell; pero sin duda por el veto que nos pusiera la potente Albión, no correspondieron los resultados obtenidos á los sacrificios que originó la guerra de África, en la que tuvimos 4.000 soldados muertos y 9.000 heridos, porque la indemnización marroquí, el puerto de Ifni en el Atlántico, la facultad otorgada á nuestros misioneros de establecerse en Tetuán, Fez y otros puntos del imperio, á la par que algunas concesiones de menor cuantía, no compensaron debidamente el esfuerzo nacional, desperdiciándose tan feliz coyuntura para extender nuestro tradicional dominio en las costas africanas y fomentar las transacciones comerciales, mediante la ocupación definitiva de alguno de los mejores puertos de Marruecos.

Para lavar la mancha inferida á nuestro escudo no se necesitaba promover empresa tan gigantesca, habiéndose contentado la Inglaterra con el bombardeo de los puertos realizado por lord Exmouth, con objeto de vengar ultrajes parecidos, y no estará demás recordar que cuando esta misma nación trató de imponerse á la Francia, al comienzo de la conquista de Argelia, le contestó su Gobierno, con altivez, que tenía derechos sobrados para vengar los atropellos cometidos y rescatar la regencia de la barbarie en que se hallaba sumida, respuesta digna, sin la cual la nación francesa hubiera quedado reducida á desempeñar un papel secundario en la colonización africana.

## III

Á las posesiones españolas de Marruecos hay que agregar las islas Afortunadas ó Canarias, de las que trajo abundante botín en el siglo XIV una flota de vizcaínos, y que fueron reducidas definitivamente al dominio de España por los Reyes Católicos; las islas de Fernando Poo, Annobón, Elobey y Corisco, en el golfo de Guinea, descubiertas por los portugueses y cedidas á España en 1778, á cambio de la isla de Santa Catalina y la colonia del Sacramento, con derecho de establecer factorías en el extenso continente comprendido entre los cabos Formoso y López. Á esto se reducían hace veinte años nuestros dominios africanos, y como desde entonces se ha despertado esa fiebre de expansión entre los pueblos europeos, de la que apenas hemos participado los españoles, voy á referir en primer término la situación respectiva de las naciones en aquella época, para exponer con la debida separación el reciente engrandecimiento de los dominios coloniales que ha cambiado tan radicalmente el mapa de África.

Los portugueses, que han sido los campeones más esforzados de la civilización africana, poseían en el continente la Guinea, el Bajo Congo, Angola y Mozambique; la Francia había terminado á mediados del siglo la conquista de Argelia, y ocupaba la isla de San Luis en la desembocadura del Senegal, la Gorea en Cabo Verde, el Gran Bassam y la Assinia en la costa del Marfil y algunos puntos de la gran isla de Madagascar; los ingleses poseían la Gambia, Sierra Leona, las factorías del golfo de Guinea en las costas de Oro y de los Esclavos; y durante las guerras napoleónicas se apoderaron definitivamente de la colonia del cabo de Buena Esperanza, que habían poseído los holandeses, fundando después la de Natal. Eran tributarios de la Sublime Puerta Egipto, la Tripolitania y Túnez; los americanos habían fundado en la costa occidental la república de Liberia, y los holandeses en la región austral las del Transvaal y de Orange, hallándose dominado por los indígenas la mayor parte del inmenso continente.

Ni la Alemania, ni Bélgica, ni Italia participaban aún de la vida colonial, á la que se han lanzado en los últimos años con tanto empeño; á su impulso han respondido con verdadera emulación la Francia y la Inglaterra en el afán de extender sus territorios, mientras nosotros, constreñidos por las luchas intestinas, hemos permanecido indiferentes ante el afán colonizador; pero antes de exponer las causas que han influido en determinar esa vigorosa corriente civilizadora, voy á hacer una breve reseña de la conquista de Argelia, que por su proximidad á nuestras costas y plazas africanas, y por haberse realizado en época reciente, puede encerrar provechosas enseñanzas para los españoles.

## IV

Os he dicho que, á principios del siglo XVI, dos hermanos piratas establecieron en Argel por la traición y el asesinato un reino fundado sobre los restos de los principados árabes. Sucumbió Horuc en las guerras contra los españoles y le sucedió Barbarroja, que secundado por terrible milicia de turcos y renegados, estableció el bandolerismo en las costas mediterráneas. Iniciaron aquellos corsarios sus audaces correrías, y hasta que en tiempos muy cercanos á los nuestros disfrutaron las naciones europeas de los beneficios de la paz, pudiendo dedicar los buques de guerra á la protección de la marina mercante, no hubo seguridad en las costas ni en la mar, hallándose siempre expuestos los navegantes cristianos á las asechanzas de los cárabos piratas que hormigueaban en las costas berberiscas. Vendían el fruto de sus rapiñas, y á los tripulantes y pasajeros encerraban como cautivos, hacinándolos en asquerosas pocilgas de atmósfera pestilente, hasta que se les redimía por dinero, vendiéndolos en caso contrario como esclavos, á menos que se les redujese á remar en galeras.

La bula de la Santa Cruzada recuerda todavía los tiempos en que los pueblos infieles molestaban con cruel guerra á los príncipes y reinos católicos, y el destino que se daba á las limosnas recaudadas por el Indulto, considerándose como obra

de misericordia la redención de cautivos. Ocupábanse en misión tan caritativa los guerreros que empuñaban las armas en las expediciones africanas, así como los franciscanos españoles que, afrontando gravísimos peligros y crueles castigos que les suscitaba el fanatismo de los moros marroquíes, se dedicaban á consolar las tristezas de los que arrastraban cadenas y á allegar recursos para procurarles la libertad, sirviendo á menudo de intermediarios y diplomáticos entre la corte sheriffiana y la de Madrid.

En Argelia sucedía lo propio, y los contemporáneos de la conquista conocieron los garfios de hierro que guarnecían las murallas, sobre cuyos pinchos se arrojaba en ocasiones á los pobres cautivos para dejarles perecer en medio de horribles sufrimientos, y los húmedos é inmundos calabozos en donde agonizaban aquellos desdichados. Los piratas se creían invencibles en sus guaridas, y á pesar del bombardeo que sufrió Argel en 1816 por la escuadra inglesa, considerándose invulnerables, pasaron á cuchillo el año 1827 á 110 franceses, cuyas cabezas fueron entregadas para mayor escarnio á los ultrajes de la multitud; y á la satisfacción que por tan salvaje atentado pidiera el cónsul francés, contestó el Dey Assem, con insolencia, que nada le importaba del Monarca ni de la nación francesa.

Á pesar de que la intervención armada quedaba plenamente justificada después de tan sangriento atentado, el Gobierno mendigó durante tres años cerca de la Sublime Puerta y del Pachá de Egipto una satisfacción ambigua que cubriese el sonrojo de la Francia, hasta que, agotada por completo la paciencia á fuerza de audaces negativas y de nuevas ofensas, se vió obligado Carlos X á declarar ante la Cámara de Diputados que su Gobierno castigaría severamente los atropellos inferidos á los súbditos franceses, promesa que fué acogida con gran entusiasmo en todos los departamentos y con simpatía en los pueblos cristianos, que presenciaban en pleno siglo XIX los vergonzosos atentados, los incendios y matanzas causados por aquellos piratas, la ruina del tráfico marítimo y el oprobio de contemplar el cautiverio y el comercio de esclavos blancos en las costas africanas.

En el mes de Junio de 1830 desembarca en la costa argelina un ejército de 30.000 hombres al mando del Conde de Bourmont, sin que le hostilicen las tropas del Dey, que se hace la ilusión de coparlo por completo; después de algunos combates victoriosos se apoderan los franceses de las ciudades de Argel y Orán, pero estalla la revolución y, proclamado Luis Felipe, trascurren varios años de incertidumbre y de trabajos estériles en que se mantiene la colonia con escasas guarniciones. No se sustituye la administración cruel de los moros por otra más humanitaria é inteligente, y la anarquía más completa se enseñorea por el país, entregándose las kabilas á sangrientas guerras. Surgen proyectos de abandono para devolver al Bey de Túnez gran parte del territorio conquistado, pero el instinto nacional levanta fuerte clamoreo contra semejante flaqueza, dando lugar las vacilaciones del Gobierno á que los morabitos, que constituyen la única autoridad de un país que no tiene más vínculo que la fe religiosa, concierten la elevación de Abd-el-Kader.

Este joven, criado en la tienda de un pobre santón, es de arrogante figura, dotado de espíritu animoso y apasionado, poeta y teólogo á la vez; seduce á las muchedumbres por su humildad, por la austeridad de sus costumbres, por su exaltación religiosa y el amor á las tradiciones de la patria. Predica con fanatismo la guerra santa contra los infieles, y demuestra el celo más ardiente por el Alcorán á la par que un valor temerario en los combates. El genio del Emir se manifiesta en su espíritu organizador; reprime con dureza el bandolerismo, consiguiendo que suceda el orden á la anarquía, crea recursos, establece fábricas de armas, organiza sus huestes é inicia una campaña de audaces correrías y sorpresas que causa terribles descalabros á las tropas invasoras.

Se repiten los reveses, pasa á cuchillo á destacamentos enteros, se apodera de convoyes destinados al aprovisionamiento de los puntos guarnecidos, y la guerra de montaña y de emboscadas, que emplearon con tan buen éxito nuestros guerrilleros de la Independencia, obliga á los franceses á cambiar de táctica, adoptando el sistema de marchas rápidas, sin convoyes, ni artillería rodada, ni pesada impedimenta, hasta que

después de largas penalidades y de crueles sufrimientos debidos al abandono de la metrópoli y á la insalubridad del territorio, se emprende de nuevo con grandes recursos y poderosos elementos la campaña decisiva, en la que brillan todos los generales que más adelante dieron días de gloria á la Francia en las guerras de Crimea é Italia, y por fin, el año 1847 sucumbe Abd el-Kader, y el ilustre Lamoriciere, al conseguir tan señalado triunfo, exclama: «La Providencia, que nos destina á civilizar el África, nos ha dado la victoria.» Pero antes de ocuparme de los progresos alcanzados en la magnífica colonia argelina, voy á exponer someramente las causas que han producido el afán de expansión de las naciones europeas.

## V

La esclavitud se conoció desde tiempo inmemorial en Asia y África, y descubierta la América, hubo necesidad de substituir la población indígena por negros de constitución vigorosa y más aptos para soportar los duros trabajos agrícolas y de la minería en los climas tropicales. Al efecto, se establecieron factorías en las costas africanas, y ninguna nación se retrajo de este tráfico, que se consideraba en aquellos tiempos como lícito: tanto que los Reyes de España concedieron en distintas épocas á los holandeses é ingleses el privilegio de suministrar negros á las colonias, y se creía que nada tenía de inhumano el comercio de esclavos, porque los reyezuelos africanos en sus guerras encarnizadas degollaban ó vendían á los prisioneros, y se consideraba que su condición social mejoraba transportándolos de países sumidos en la barbarie á otros que gozaban de las ventajas de la civilización cristiana.

No obstante, en las Américas españolas se levantaron desde los principios de la conquista algunos apóstoles de la humanidad, como Fr. Bartolomé de las Casas, ardiente defensor de los indios contra las demasías de que eran objeto, y el misionero Pedro Claver, que á principios del siglo XVII consagró sus esfuerzos á mejorar la condición de los negros y á consolarles en sus desgracias; pero los primeros anatemas contra la

trata de esclavos se lanzaron durante el siglo pasado en los Estados Unidos por los cuáqueros, afiliados á esa secta que practica con tanta fe como perseverancia el amor al prójimo, concretando Penn sus predicaciones á los principios de paz universal, abolición de la esclavitud, tolerancia religiosa, igualdad de los derechos del hombre y la mujer y la declaración de que *los amigos* no debían poseer esclavos.

Hay que advertir que después de la brillante época de descubrimientos del litoral africano, y á causa probablemente de su clima tropical, la atención de las naciones europeas se fijó en el Nuevo Mundo, cayendo en el olvido las exploraciones del continente negro, de modo que había gran ignorancia y confusión respecto de la geografía del África, y á los ingleses corresponde la gloria de haber creado en 1788 la *Asociación africana*, destinada á la exploración sistemática de aquel inmenso continente; época en que empieza esa espléndida odisea de intrépidos viajeros que, dotados de abnegación y entusiasmo por los estudios geográficos y por la regeneración de aquellos pueblos caducos y degradados, se lanzan impávidos á descubrir los secretos de los países misteriosos, desafiando las inclemencias del cielo y del suelo; la insalubridad de las comarcas infestadas por las fiebres palúdicas que engendran las lluvias torrenciales de los países cálidos y el rocío abundante de las noches pasadas á la intemperie; las prevenciones de los indígenas, su carácter inhospitalario, su ferocidad y canibalismo; los peligros de las luchas intestinas; la rapacidad de los reyezuelos bárbaros y viciosos, de los mercaderes árabes y de los merodeadores; la desconfianza de los traficantes de esclavos para los que descubren los secretos de su infame comercio; los riesgos que originan las fieras y animales dañinos, tan comunes en aquellas selvas; las molestias causadas por las moscas venenosas y los insectos de todas clases que se reproducen con pasmosa fecundidad; la pobreza de recursos del país para la alimentación; la marcha penosa á través de bosques vírgenes casi impenetrables, como el de Arruwimi, por donde se camina á paso de tortuga á causa de la ruda faena de apertura de trochas, talando, á la par que los árboles corpulentos, las lianas gigan-

tescas que se enroscan en sus troncos á manera de gruesas telas de araña, y los arbustos de frondoso ramaje, esmaltados de brillantes flores, multiplicados por la exuberante fecundidad del fangoso terreno, obstáculos que ofrece la apertura del oscuro subterráneo entre las emanaciones desprendidas de la humedad secular y de la lujuriosa vegetación, en medio de una atmósfera viciada y nociva que destruye desde las primeras etapas el calzado y los vestidos, y origina en el organismo desarreglos extraños y dolencias terribles; la travesía de las calcinadas arenas del desierto sobre las movedizas dunas, sufriendo en ocasiones el torbelliuo asolador del impetuoso *simoun*, y en otras la sed devoradora acrecentada por las ilusiones del espejismo, debidas á la reverberación de los rayos solares caídos á plomo, como lluvia de fuego, sobre las llanadas de la zona tórrida, que constituyen una serie de luchas cotidianas que sólo pueden soportar las naturalezas dotadas de extraordinaria fortaleza y las almas bien templadas, ansiosas de devolver á la actividad bienhechora de la civilización moderna ese viejo continente, entregado desde lejanos siglos al despotismo más inicuo, á la barbarie más afrentosa y á la relajación más inaudita.

Ledyard y Lucas son los primeros gastadores de ese valiente ejército, que penetran por Trípoli y por Egipto con el propósito de atravesar el continente hasta el golfo de Guinea, y sucumben en aquel ingrato suelo; cabe la misma suerte á los exploradores que les suceden, hasta que en 1822 Ouduy y Clapperton llegan al lago Tchad y visitan Sokoto. Estas arriesgadas expediciones se multiplican por viajeros ingleses, portugueses, franceses, alemanes, italianos y españoles, entre los que merecen especial mención Honorato de Costa, Silva Porto, René, Caillié, Richardson, el insigne Livingstone, Cameron, Burton, Speke, Brazza, Serpa Pinto, Rohlf, Mattucci y Massari, Wissmann, el misionero Arnot, Capello é Ivens y el célebre Stanley, que en 1871 descubrió el paradero de Livingstone, emprendió en 1874 el segundo viaje, al que se deben tantos descubrimientos geográficos, y en 1887 el más reciente, que todos conocéis por las reseñas de la prensa, para el socorro del alemán Emin-bey, bloqueado en el Alto Nilo

por la insurrección del Madhy, siendo verdaderamente extraordinario que estas expediciones tan costosas se hayan sufragado por el *New York Herald* y por asociaciones privadas.

Posteriormente atravesó el África, en 1889, el capitán francés Mr. Trivier, subvencionado por el diario de Burdeos *La Gironde*, quien, partiendo de Loango, siguió el río Congo para pasar á los lagos Tanganika y Niassa, alcanzando la costa oriental cerca de la desembocadura del Zambeze en Kelimane; esta expedición tan larga la realizó en menos de un año, habiendo publicado recientemente un tomo muy interesante de su bellísimo viaje, y, por noticias directas de tan intrépido capitán, sé que ha regresado á Burdeos, de su segunda excursión al África, el día 2 de Octubre último, y tengo verdadera satisfacción en aprovechar esta oportunidad para darle las gracias por su galantería de ofrecerme, por conducto de un distinguido escritor, datos recogidos en la misma, y que todavía no ha tenido tiempo de imprimir.

No figuran nombres españoles entre los exploradores más conspicuos del continente negro, sin duda porque, habiendo descendido desde larga fecha del rango de primera potencia, nos interesaba menos la colonización de esos vastos territorios situados principalmente en la zona tórrida; pero si nuestra raza no ha desempeñado allí el papel culminante que probó su audacia y energía en América y la Oceanía, no ha permanecido tampoco extraña á ese movimiento civilizador. Benítez ha recorrido Marruecos, el desierto de Sahara, el Sudán y el Senegal; Cervera, Quiroga y Bonelli, el Sahara occidental; haciendo estas excursiones á la usanza española, es decir, con sobriedad y economía y sin el séquito militar de las huestes de Tippto-Tib, ni el suntuoso material de otros viajes. Sorela, Ossorio y Montes de Oca han hecho varias exploraciones en el golfo de Guinea, y debo también sacar de un injusto olvido á los vascongados D. José María Murga, que escribió un libro muy curioso y erudito sobre sus excursiones á Marruecos, y muy especialmente al intrépido vitoriano D. Manuel Iradier, que no ha obtenido las recompensas á que era acreedor por sus sacrificios y desvelos, y yo os recomiendo que leáis los dos tomos de su obra *África*, que revelan, á la par

que sus notables trabajos, una ilustración nada común. En el año 1868 se iniciaron en la capital alavesa varias reuniones y conferencias sobre un plan de exploración á través del continente negro, estudiando el proyecto de atravesarlo desde el cabo de Buena Esperanza hasta Trípoli, con 12.600 kilómetros de recorrido y 100.000 pesetas de presupuesto; se consultó con Mr. Stanley, quien encontró factible el plan; pero aconsejó que se le diese más modestas proporciones, si no se contaba con recursos abundantes.

No debían ser éstos de mucha entidad cuando el Sr. Iradier se decidió á costear por sí mismo el viaje por los países inmediatos al golfo de Guinea. Realizó la primera exploración entre los años 1875 y 77, en 834 días de duración, con 1.876 kilómetros de recorrido y 18.000 pesetas de gastos, y regresó en el año 1884, para permanecer solamente 159 días, á causa de las fiebres que le hicieron sufrir 80 accesos y consumir 300 gramos de sulfato de quinina durante su estancia en tan insalubre país; pero á pesar de esta penosa contrariedad, aprovechó el tiempo, puesto que en Febrero de 1885 presentó á la Sociedad de Africanistas de Madrid 90 escrituras de otros tantos contratos de anexión celebrados con los jefes indígenas de la cuenca del Muni, que actualmente está en litigio con Francia.

La Sociedad de Africanistas pidió al Sr. Presidente del Consejo de Ministros que se incorporasen los territorios ocupados de un modo tan espontáneo, cuya sumisión ratificaron los jefes indígenas ante el Gobernador de Fernando Poo, Sr. Montes de Oca, y que se notificase á las potencias la toma de posesión; pero sea que el Gobierno español no llenase las formalidades debidas, ó por otras causas, el resultado es que el territorio comprendido entre los ríos Benito, Muni y Gabón aparece en los mapas de nuestros vecinos como incorporado al Congo francés, disputándose principalmenie el dominio del río Muni, que ofrece excelentes condiciones para la navegación, y del que tratan de posesionarse los franceses, diferencias que están aún pendientes de resolución entre los Gobiernos respectivos.

## VI

Á medida que las caravanas de viajeros recorrían el interior del África, sus revelaciones causaban horror en los países cultos, demostrando que la trata de negros fomentaba las guerras fratricidas de las tribus, que se promovían con el objeto de traficar con la venta de esclavos; había algunas, entre los *achantis*, que no conocían más industria que la caza de prisioneros, y dada la carencia de sentido moral y el envilecimiento de aquellos pueblos, era muy común que los reyezuelos vendiesen á sus súbditos por telas, quincalla ó aguardiente, y que los padres hiciesen lo propio con sus hijos ó éstos con aquéllos. Durante tres siglos se dedicaron multitud de buques á recoger los cargamentos de *ébano* desde la costa del Senegal al cabo de Buena Esperanza, y conducidos los esclavos con la cadena al cuello hasta los depósitos, se les embarcaba plegados como si fueran arenques, colocándolos de costado y en violenta postura que les impedía extender sus miembros, y aquellos infelices hacían en tan deplorables condiciones travesías de 1.500 leguas, lastimados por las cadenas que les sujetaban, magullados y respirando una atmósfera infecta producida por la aglomeración, el desaseo y las enfermedades, y con calor asfixiante debido no sólo al paso de la ardiente zona tórrida, sino al forzoso cierre de las escotillas cuando así lo exigían los balances de la nave por efecto de los temporales. Se calcula que sucumbían en los viajes marítimos una cuarta parte de los esclavos, y que se arrojaban anualmente al mar más de 1.500 enfermos.

Los escritores ingleses, las asociaciones filantrópicas y los hombres de Estado atacaron duramente al principio de este siglo tan repugnante comercio; cundió la propaganda y varias naciones se comprometieron en el Congreso de Viena de 1815 y en la Conferencia de Verona de 1822 á no tolerar la esclavitud, aboliéndose definitivamente el año 1835 en las colonias inglesas; en 1848, en las francesas; en 1859, después de la formidable guerra separatista, en los Estados Unidos de

América; en 1869 y 1888 respectivamente, en España y en el Brasil, y hasta el Sultán de Zanzíbar decretó en 1.º de Noviembre de 1890 la emancipación de los esclavos que fueren importados con posterioridad en sus dominios, y de los que nacieren á partir del 1.º de Enero último, concediendo al propio tiempo el derecho ilimitado de visita sobre los buques que se dirijan ó zarpen en su territorio.

Con estas medidas se cerraron algunos mercados; pero como subsiste la esclavitud en los países mahometanos, continúan las transacciones en la meseta central de los grandes lagos y en el Sudán. Ha cesado la exportación de cargamentos de negros por el Atlántico y gran parte del océano Índico, á causa de la desaparición de la trata de América y de la vigilancia de los cruceros ingleses; pero se mantiene el tráfico desde Tombuctu hacia Marruecos y Trípoli, de Dongola y Kartún hacia Berber y Suaquín con dirección á la Arabia, para donde se hacen los embarques clandestinamente en raras poco frecuentadas. En aquellos países se valen de esclavos para el servicio doméstico, el de los harenes, la agricultura, los trabajos duros, que los comparten con las mujeres, el reclutamiento de los ejércitos, y en ciertas regiones de África para los sacrificios humanos y el canibalismo.

PABLO DE ALZOLA.

*(Continuará.)*





## RELATO DE UN VIAJE DE ESPAÑA Á FILIPINAS <sup>(1)</sup>

---

*Á bordo del León XIII, en el mar Rojo.*

*14, Diciembre, 1881.*

Mi querido amigo:

Dicen que ésta es la época *mejor* del año para navegar por este mar, Rojo de nombre, pero cuyas aguas aparecen á la vista azules como las de cualquiera otro, y por lo que ahora estamos sufriendo, horroriza pensar lo que sucederá en la temporada *peor*. Siendo la actual *la más buena*, nos estamos ahogando, ó poco menos, de calor: éste es sofocante en extremo y el aire, por demás enrarecido, no lleva á nuestros pulmones en cantidad suficiente las sustancias necesarias para que la respiración se verifique en condiciones normales. Todo esto sería llevadero teniendo la seguridad de que en breve podríamos estar libres de esta atmósfera de fuego que nos envuelve; empero ni tenemos esa seguridad, ni aun confianza en llegar á conseguirlo en unas cuantas horas que nos parecerán eternidades.

Nuestro *León XIII*, desde hoy á las siete de la mañana, está á merced de las olas y de las corrientes, pues, por des-

---

(1) Véase la pág. 423 de este tomo.

perfecto en la máquina, ha sido forzoso suspender su movimiento.

No sé en estos momentos lo que esta crítica situación se podrá prolongar. No sabemos en qué consiste la avería, por lo que aventurado es echar cuentas sobre el tiempo que en remediarla se podrá emplear; sin embargo, no faltan cálculos á gusto de todos: [quién dice que al mediodía estaremos otra vez en marcha; quién que á la noche, y pesimistas que suponen que la reparación exigirá tres días de trabajo...

La verdad es que la noticia del accidente ha producido una impresión desastrosa: lamentos y murmuraciones en todos tonos es lo que se oye en el salón, en la toldilla, en los camarotes, en fin, en donde quiera que se reúnen dos pasajeros. Quiénes se lanzan á idealizar, pretendiendo adivinar lo que podrá sucedernos; quiénes se limitan á explicar la causa de la avería: sus discursos son luego comentados por otros, y entre todos arman un guirigay, que acabarán por no entenderse, como no sea á linternazos (suponiendo que este procedimiento susceptible sea de llevar el convencimiento á los ánimos).

Si yo te dijera que permanezco indiferente á la difícil situación en que nos hallamos, no diría la verdad, por cuanto conozco que aquélla nada tiene de lisonjera. Una avería en estos *demonios de barcos*, como *nostr'amo* los llama, es siempre asunto grave; pero lo es mucho estando, como nosotros ahora, lejos de un puerto en que puedan hallarse los recursos que se hayan de necesitar, pues nada hay en los de África ó Asia á que en poco tiempo podríamos arribar. Empero con igual sinceridad que te confieso mi inquietud, te digo que no hago coro á las *jeremiadas* ni á los lúgubres vaticinios á que se entregan la mayoría de los compañeros de viaje; me limito á decir sin rebozo que no estoy tranquilo, ni mucho menos, y que siento el percance como el que lo diga más veces y en voz más alta.

Como asunto preferente he empezado esta carta haciéndote saber en qué condiciones empiezo á escribirla: ya te harás cargo de que no son las más favorables para ir coor-

dinando recuerdos, pues aun cuando el tiempo transcurrido desde mi anterior es bien corto y nada notable ha ocurrido, antes, se entiende, de lo que haya sido causa de la forzosa detención en que nos hallamos, es la verdad que no se puede fácilmente prescindir de pensar que pudiera *ocurrir algo*, y sobre ese *algo* hacer uno para *su coletto* consideraciones ó cábalas más ó menos exactas ó probables, pero que unas y otras conducen á augurios poco agradables...

Pero, en fin, haré mi narración como vaya saliendo, y con lo que salga habrás de conformarte, ¿entiendes?

O si no, no te conformes.

Ya te decía al final de mi anterior, si no recuerdo mal, que habíamos salido de la estación de Chalouf el día 11, como á las seis y cuarto de la mañana, hora en que ya andaba yo dando vueltas por el barco, porque al subir á cubierta estaba la gente de á bordo en la faena del baldeo y tenía que ir sorteando sitio en que no me lanzaran una manguera.

El terreno contiguo á este último trozo del canal es próximamente del mismo aspecto que el inmediato á Port-Saïd. Exceptuando un corto trecho abierto en roca al salir de la estación en que pasamos la noche, todo lo demás son tierras bajas y lagunas; éstas se han utilizado haciéndolas navegables en la parte necesaria, siguiendo el trazado del canal, por lo que, en rigor, han dejado de ser lagunas, pues que á sus aguas llegan las del mar Rojo y éstas les comunican el movimiento de sus mareas.

En cuanto salió el vapor de las angosturas del Chalouf, bajé al comedor á tomar café, encontrando ya en la misma ocupación á Fermín, que hablaba en su dialecto (él sostiene que es idioma) con otro pasajero vascongado que solía reunirse con nosotros.

—Luego murmurarán ustedes de los catalanes—díjeles después de saludarles;—en reuniéndose los eúskaros, en seguida olvidan el castellano.

—Ni olvido el castellano ni murmuro de los catalanes—replicó Fermín;—encuentro muy natural gusten, como nosotros, de recordar el habla de su provincia siempre que tienen proporción... Ya ve usted que no le llamo idioma...

—No lo tome usted por lo serio, sabe que es pura broma; pero así y todo, no ha perdido usted ocasión de sostener, negándolo, su tema favorito... Pero continúen ustedes su conversación, que yo he interrumpido.

—Nada tenía de agradable—repuso el paisano de mi compañero de camarote;—refería mi naufragio y la manera milagrosa como salvé la vida. ¡Vaya un día de Reyes!

Era nuestro interlocutor D. Antonio Arana, experto y acreditado marino que tuvo la desgracia de que mandando el vapor *León*, de la casa Olano, le embistiera otro inglés frente á la costa de Portugal y le echara á pique, hecho que seguramente recordarás, pues la prensa se ocupó de él extensamente. Lo que es posible que no sepas, como hasta el otro día ignoré yo, es cómo se salvó el capitán Arana.

Según el relato que éste nos hizo, estaba en el puente con el oficial de guardia á las tres de la madrugada, y no habiendo novedad, se retiró á su camarote á descansar un rato, echándose vestido, cual suelen hacerlo los marinos. No había transcurrido un cuarto de hora cuando sintió una violenta conmoción, y á la vez oyó le decían: «D. Antonio, que nos vamos á pique...» Nada más recuerda de aquel desastre... Pasado era el mediodía cuando volvió en sí, viéndose acostado sobre una escala del *León* y fuertemente agarrado á ella; se le acercó un bote, en él fué recogido y conducido á un vapor que estaba á muy pocos metros. Había, por tanto, permanecido más de nueve horas sin sentido y á merced de la mar.

—¡Ya ven ustedes si podré olvidar el día de Reyes!... Perdí el barco y perdí mi carrera. Dios quiso dejarme la vida; pero aseguro con franqueza que á veces no me resigno á vivir. Ya supondrán ustedes lo mucho que sufre mi espíritu, y además mi pobre cuerpo adquirió un reuma con aquel remojo en el mes de Enero, que no sirvo para nada; padezco lo que no es creíble.

Al decir esto el poco afortunado marino, nublóse su semblante impresionado por el recuerdo de la catástrofe, y sobre todo de las consecuencias. Va á Manila para seguir lue-

go á la isla de Negros, en uno de cuyos puertos tiene un pariente establecido en el comercio.

Es su objeto ver si el clima del Archipiélago le prueba para su reúma, y también trabajar con su deudo en lo que buenamente pueda.

Continuamos la conversación procurando versara sobre tema distinto, á fin de distraer al capitán Arana de sus poco agradables recuerdos; pero él se resistió y nos entretuvo hablándonos de sus buenos tiempos, ó sea de los viajes felices con su *León*, como él le llamaba. Nos refirió algunos episodios de los que suelen ocurrir entre un pasaje numeroso, referentes aquéllos á amoríos y antipatías que nacen en las navegaciones, celos, envidias y rencores á que dan lugar, que suelen llegar á punto en que es necesario intervenga la autoridad del capitán.

—En el último viaje que hice—nos decía—embarcaron en Manila dos señoras que me hicieron pasar la pena negra. Una había enviudado tres semanas antes de embarcarse; la otra era casada, habiendo quedado su marido en Mindanao, adonde parece que ella no quiso ir. Bien se realizó entonces el dicho de Dios las cría y ellas se juntan. ¡Vaya un par de... *nenas!*... A los pocos días de viaje, el sobrecargo me refirió varios incidentes que él había tenido ocasión de observar y algo más que le indicaron la camarera y el sereno; temeroso yo de que hubiera exageración, no quise hacer nada por el pronto, pero sí encargué continuasen en acecho y me dieran conocimiento si adquirirían certeza completa de que se repetían los *incidentes*...

Dos días antes de llegar á Punta de Galles, volvió el sobrecargo con nuevo aviso, pero ya con tantos pelos y señales que necesario fué proveer.

Dije á la camarera que pasara recado á las dos señoras, pues deseaba hablarlas. Cuando entré en su departamento, estaban ya muy vestidas y repintadas, y les dirigí la palabra en esta ó parecida forma: «Señoras, así las llamaré, porque como tales embarcaron, si bien su proceder no corresponde á serlo. He sabido esto, aquello y lo de más allá...» y les repetí de *pe á pa* lo ocurrido. «Estoy resuelto

á no tolerar se repita, y á dicho fin, quedarán ustedes encerradas en esta camareta hasta que lleguemos á Barcelona. Aquí se le servirá á ustedes la comida: la camarera tendrá la llave, y ella me responderá de que no salgan ustedes. La portilla también se trincará en firme, pues no quiero que á su alrededor haya más *ejercicios gimnásticos*. Si alguna se pone mala, vendrá el médico, y también el capellán, si lo desean.»

Fué mi perorata interrumpida mil veces por aquel par de serpientes, pero me armé de calma y sufrí paciente los denuestos con que me favorecieron.

Al salir de la camareta di mis órdenes, y se cumplieron al pie de la letra. Y se acabaron las *sombras chinescas...*»

Con este y otros relatos se fué pasando la mañana: poco á poco se habían reunido los pasajeros en la toldilla para contemplar el aspecto de Suez, que ya se descubría.

Al terminar el paso del canal, se encuentra el antepuerto, formado por magníficos muelles en los que hay inmensos tinglados, depósitos de carbón y almacenes para toda clase de mercancías, tranvías de servicio y paseos con jardines, fuentes, etc. Todo esto creado sobre el espacio antes cubierto por el mar, habiendo exigido por tanto unos terraplenes inmensos.

En uno de los paseos se ve, sobre modesto pedestal, una estatua en busto del teniente de la marina real inglesa Waghorn, el que hizo un viaje á través del istmo y propuso á su Gobierno abrir en él un canal.

Un oficial de marina que estaba á nuestro lado cuando pasábamos frente á la estatua, descubriéndose, exclamó:

—¡Honor á Waghorn, que *pensó* el canal mucho después construído por Lesseps!

Varios le imitamos y con él repetimos:

¡Loor á Waghorn!

Cerca del grupo nuestro se hallaba el oficial sietemesino, que al oír nuestra exclamación dijo á su vez, sin cuidarse de si le oían:

—¿Por qué saludará esa gente á ese monigote? ¡Qué mameucos!

Fermín, que estaba muy cerca, se encaró con él y le dijo con mucha sorna:

—Por lo visto, ó mejor dicho por lo oído, parece que, aun siendo usted un joven *tan ilustrado*, está usted atrasadillo en cuanto á la historia del canal. ¿Conque *mamelucos y monigote*? Varios tropezones ha dado usted ya, pero éste ha sido soberano.

—¡Ustedes siempre con chacotas! Porque á uno se le ha ocurrido la tontería de saludar á un *muñeco* de ese paseo, quieren que todos repitamos sus disparates.

Como ves por esta salida, el mocito tiene desparpajo; pero, como otras veces, ha quedado corrido como una mona.

El oficial de marina aludido se dirigió á él muy serio y le dijo:

—Caballerito, no sólo ha probado usted ser un ignorante, si que también tener un tupé como he visto pocos. ¿Conque esa estatua del teniente Waghorn es un monigote, un muñeco; y es tontería y disparate rendir tributo á su memoria? Usted sí que es tonto de remate; procure usted en lo sucesivo no demostrarlo tan á las claras.

Y le volvió la espalda.

Tornóse lívido el sietemesino con esta andanada, pero llevado de su habitual altanería, quiso decir algo; uno de sus compañeros, que vió el ademán, le cogió por el brazo, le separó del grupo en que estábamos y oímos estas palabras:

—Ya te pronosticaba yo, Alfredito, que tus bachillerías habrían de costarte algún disgusto. Á ver si ahora escarmentas, porque el revolcón de hoy ha sido mediano...

.....

Poco después de este incidente recibimos el aviso de que entregáramos la correspondencia para Europa, y me fuí á terminar mi carta anterior.

Cuando volví á cubierta para darla al sobrecargo, llegábamos ya al fondeadero de Suez; á poco rato de echar el ancla se acercó á nuestro barco una lancha de vapor que entregó y recibió correspondencia con las precauciones que son de uso en puerto infestado; embarcó en ella el práctico

del canal y subió al *León XIII* el que había de serlo para la travesía del mar Rojo.

Este hecho tan sencillo da lugar, á mi entender, á una observación: para evitar la trasmisión de una enfermedad que reina en un punto con carácter epidémico se prescribe la incomunicación más absoluta; en observancia de dicha prescripción, no pudimos desembarcar en Suez; sin embargo, el práctico viene de esa ciudad y se ha instalado en nuestro *León XIII*, trayendo su equipaje, no muy voluminoso, es cierto, y también su *despensa*, porque es musulmán y viene preparado para hacer él mismo sus comidas, conforme acostumbran los sectarios del Profeta cuando tienen que estar entre cristianos.

Ahora bien, ese individuo, por ser práctico del mar Rojo, ¿está libre de la influencia epidémica y de llevar consigo el germen de la enfermedad? ¿Quién asegura que tal no ocurra y que el *viajero* del Ganges no se presente á bordo?...

No es la duda muy tranquilizadora; pero como por admitirla y discutirla no ha de ser posible deshacer lo hecho, saquemos fuerzas de flaqueza y tengamos confianza en que no tendremos novedad: que toda sea la ocurrida ya en la máquina... ¡que no es poco!...

.....

El vapor fondeó á larga distancia de Suez, por lo que de esta población puedo decirte lo mismo que si la hubiera visto en un cosmorama, esto es, que distingo varios grupos de caserío, en unas partes más elevado que en otras, entre las que se destacan los minaretes de las mezquitas. Y nada más.

Suez ha ganado mucho con la rotura del istmo que lleva su nombre; carecía antes de agua suficiente, pues la suministraban escasa unos cuantos pozos abiertos al pie de las vertientes de los inmediatos montes Alfaka, y había que llevarla de otros puntos por el ferrocarril del Cairo. Actualmente la surte de tan precioso elemento el canal de abastecimiento que precedió al abierto para la navegación; con esto ha aumentado en población, y sus alrededores, notables que eran por su aridez, hanse convertido en terrenos feraces...

.....

El día 11 se sirvió el almuerzo estando el vapor fondeado; pero cuando estábamos tomando el café oímos el soniquete de la máquina de levar (ya recordarás que el comedor está á proa) que nos anunciaba se iba á abandonar el puerto. Cuando subimos á la toldilla empezaba el barco su movimiento; muy pronto estuvimos fuera, y como el viento era favorable, se largaron cuantas velas tienen los tres mástiles del *León XIII*. Figúrate si pasaría buen rato *nostr'amo*, engolfado en esa faena que le recordaba los buenos tiempos de la marina, según su modo de ver las cosas. Pero como éstas no van siempre á gusto de todos, maldito el que causaron á gran parte de los pasajeros los muy regulares balances que daba el vapor; despues del descanso de los tres días del canal, el mareo volvió á recobrar su imperio, avasallando con sus ansias á muchos de los que ya en el Mediterráneo las habían experimentado. Tuve la suerte de no estar en ellos comprendido, lo que me permitió permanecer en cubierta y contemplar las costas de África y Asia, entre que navegábamos. Ambas presentan el aspecto de la más ingrata aridez, y más bien incitan á separar de ellas la vista si no evocaran el recuerdo de sucesos de los tiempos bíblicos que fundamento son de religiosas creencias...

Fermin se había mareado como un atún; no pude conseguir saliera del camarote para respirar aire más puro, pues decía le era imposible moverse ni tenerse en pie. Como yo me iba librando de caer en el mismo estado, temí sucumbir si no me iba á cubierta, y así lo hice, como antes te decía.

La mayor parte de las señoras estaban en sus camarotes, y las menos se habían refugiado en la camareta; ninguna parecía por la toldilla, tal vez porque con el cuneo que llevábamos no estaban para atender á su *toilette*; pero, dicho sea de paso, las que de ella se han mostrado siempre celosas, tal vez con exageración, hoy han tomado el desquite y aprovechando la forzosa detención del barco, han vuelto á sacar sus trapos. Y ¡cuidado si habrán de estar locas para ceñirse el corsé con el horrible calor que estamos pasando! Pero he de ser justo, y sobre todo verídico: no todas han

seguido su ejemplo; las más razonables (ó sea menos ton-tas) no se han rendido á esa debilidad y se han vestido con la sencillez que es propia en un viaje, sobre todo por el mar Rojo, y que tan compatible es con la verdadera elegancia, que en verdad resalta en algunas de mis *combarcanas*.

Mas continuando la crónica del día 11, te diré que en un rato que estaba paseando con el médico D. Augusto, se acercó á nosotros un joven que va en la segunda cámara, con el que hemos hablado algunas veces en nuestras vueltas por el buque. Ha servido en España, en Hacienda, y lleva la credencial de un modesto destino en ese ramo para la Administración de Impuestos de Manila. Ya nos había llamado la atención que siempre nos hacía preguntas sobre los sitios que veíamos ó que habíamos de visitar en el curso de nuestro viaje: en la entrevista de aquel día fué ya más franco y nos dijo que había ofrecido á un amigo suyo que colaboraba en un periódico de Córdoba enviarle unos apuntes de su navegación, y como referida á secas resultaba *muy sosa* la narración, pensaba hacerla *más amena* con algo que pudiera añadir.

—Por cierto —nos dijo—que esta mañana me apercibí, cuando entrábamos en Suez, de que hubo unas palabras en la toldilla sobre asunto que ingenuamente digo á ustedes que desconozco y seguramente sucede lo propio al oficialito, que por no confesarlo se ha buscado un mal rato.

—No le habrá impresionado mucho—contesté;—me parece que mañana ya se le habrá olvidado y posible es que vuelva por otro.

—Si tal hace, bien empleado le estará otro vapuleo... Pero ¿qué era lo de esta mañana? Pues ya he dicho á ustedes que ignoro á qué se refería. ¿De quién es el busto que motivó la cuestión?

Tomó aquí la palabra D. Augusto, y en breve relato expuso á nuestro interlocutor la idea que el teniente de marina Waghorn propuso á su Gobierno el año 1830, el viaje que con fatigas sin cuento hizo desde Alejandría á Suez, en camello, en pollino ó como pudo, y que entregó mes y medio antes que llegara el correo que fué por el Cabo de Bue-

na Esperanza los pliegos que se le habían confiado para el Gobernador de la antigua presidencia de Bombay.

—¿Y el Gobierno inglés qué resolvió ante resultado tan decisivo?

—Nada por el momento; y el pobre marino murió sin ver siquiera emprendida la obra del canal, que en su imaginación veía ser la nueva ruta de las Indias. Algunos años después el Gobierno inglés construyó el camino de hierro de Alejandría á Suez, y como era propiedad de sus especuladores, creyó verla comprometida, y no perdonó esfuerzo para combatir el proyecto de Lesseps.

—Perdonen ustedes si soy importuno—añadió D. Enrique (éste es el nombre del futuro empleado en Filipinas);—¿tienen ustedes algún libro ó revista en que halle yo noticias acerca de las obras del canal? Me vendrían muy bien para el trabajito que les he dicho pienso hacer.

—Creo que debo tener algunos números de *La Ilustración Francesa* de los últimos meses del año 1869—contestó don Augusto;—el primer día que se pueda abrir el equipaje los buscaré. Creo que en ellos hay algo que podrá servir á su objeto.

—Yo podré facilitarle *La Novela del Egipto*, de Castro y Serrano, y otro libro escrito poco después. Se titula *Del Manzanares al Nilo y al Jordán*: es su autor el ilustrado y distinguido Jefe del cuerpo de Sanidad Militar D. Gregorio Andrés y Espala. Pidió una licencia y á su costa hizo el viaje para presenciar la inauguración oficial del canal, marchando después á los Santos Lugares. Escribió á su regreso á España el libro que menciono, que no se puso á la venta; la tirada que de él se hizo la distribuyó el autor entre sus amigos.

Gran placer causó á D. Enrique nuestra oferta, dándonos por ella cien veces las gracias; continuamos un rato nuestra conversación, y luego nos volvimos á la toldilla...

No he de terminar los recuerdos de mi paso por el canal de Suez sin decirte que esa obra de titanes necesario es contemplarla trayendo á la memoria los esfuerzos que re-

presenta y el servicio que presta. Su trabajo queda oculto en su parte esencial, que es la inmensa excavación ó zanja abierta para dar paso á las aguas; por lo que, á la vista, no produce la impresión que un edificio suntuoso, un puente soberbio, un túnel de gran longitud... Empero, haciéndose cargo de la suma de inteligencias que han debido cooperar á la apertura de aquella *zanja*, en el estudio de su trazado, en el de los aparatos que han facilitado el fabuloso trabajo de remover sobre ochenta millones de metros cúbicos de tierra, arena, fango y roca, y en la ordenada dirección de las obras durante más de diez años, no se puede menos de admirar el genio superior que á todos supo comunicar sus energías y su fe en el éxito de sus tareas; éxito que hasta el último momento se trató de poner en duda, recurriendo á toda clase de intrigas, con el piadoso fin de dificultar á la Compañía que se proporcionase los recursos que necesitaba...

Muchas contrariedades y amarguras debió sufrir el célebre iniciador de la apertura del canal, pero hay tres fechas en el período de su vida consagrado á las obras que mitigarían en lo posible las vicisitudes de todas clases que hubo de afrontar. Son aquéllas: el 30 de Septiembre de 1854, en que el Virrey Mohamded-Saïd le otorgó el *firman* autorizándole á constituir la Sociedad para llevar á cabo la construcción del canal; el 25 de Abril de 1859, día en que se inauguraron los trabajos, y el 17 de Noviembre de 1869, en que, ya terminados, buques de varias naciones reunidos en Port-Saïd, por invitación del Khedive Ismail I, emprendieron el paso del canal, llegando felizmente á Suez...

Entre ellos estaba el vapor mercante español *Pelayo*, de la matrícula de Cádiz, único de nuestro país que asistió al viaje de inauguración. La fragata de guerra *Berenguela* no pudo incorporarse á la comitiva, porque algunos pasos del canal no tenían entonces suficiente fondo para su calado. En el siguiente mes de Diciembre fué hasta Ismaïlia, en donde desembarcó su artillería, municiones y efectos de respeto, que en gabarras se transportaron á Suez. Así ali-gerado el barco pudo seguir hasta aquel puerto, en donde

recogió el material y continuó después su navegación á Filipinas.

Estaba yo en la creencia de que la *Berenguela* había formado parte del séquito de la Emperatriz Eugenia y del Khedive Ismaïl, pero un capellán de la armada, compañero de viaje, que iba en la dotación de la fragata, me ha hecho conocer los detalles que anteceden...

.....

El día 11 y su noche transcurrieron sin novedad; el tiempo siguió como por la mañana, por lo que el vapor, con auxilio de las velas, marchaba regularmente, continuando lo mismo el 12, también con fuertes balances, y con ellos el mareo de gran parte del pasaje.

Al amanecer del 12, sólo se descubría la costa de Asia, por ensanchar bastante el mar Rojo en la parte en que navegábamos. La atmósfera aparecía brumosa hacia tierra, por lo que difícilmente y en algunos ratos tan sólo pudo percibirse el histórico monte Sinaí, desde cuya cumbre dictó Dios al gran legislador de su pueblo predilecto los preceptos por que debiera regirse la Humanidad que, en general, no los observa muy estrictamente.

Cruzamos durante el día 12 con tres vapores, y con otros dos por la noche; excepto uno francés, los demás eran ingleses, como la mayoría de los que hemos visto desde que llegamos á Port-Saïd; esto es, de la nación que más utiliza la nueva vía de la India, por tener en ella más intereses que cualquiera otra, y á pesar de lo que se opuso á su apertura, sin perdonar medios de buena ó de mala ley.

Ya que de barcos te hablo, no he de pasar en silencio una observación que vengo haciendo en estos días; te acordarás, supongo, de lo que algunas veces reunidos leímos no hace mucho tiempo en algún libro, en folletos y en periódicos del tiempo de la inauguración del canal de Suez, en que se daba por seguro que la marina mercante que hiciese el tráfico de Europa á la India, China y Oceanía se había de modificar introduciendo los barcos mixtos, dando tal nombre á los que siendo de vela fuesen dotados con una máquina de vapor de poca fuerza que había de funcionar únicamen-

te cuando se hallasen aquéllos en las regiones en que son frecuentes las calmas, como sucede en el mar Rojo, con lo que se podrían regularizar sus viajes y emplear en éstos menos tiempo, lo que vendría á redundar en beneficio notable de los fletes, y por tanto, en el de los precios en venta de los productos transportados.

Pues bien, en estos días no he visto un solo barco de esta clase; los de vapor prevalecen en absoluto, y según me dicen los oficiales del nuestro, la idea de la transformación mencionada no ha llegado á ser un hecho. El fragatón del capitán Jonás, con su *cuarto palo negro*, tan precisamente descrito por Castro y Serrano en su viaje imaginario, no ha servido de modelo á otros, y aun parece que no llegó á hacer su segundo viaje.

Deben, pues, los armadores haber echado bien sus cuentas y no les saldrán, según su conveniencia, las de los viajes de barcos con máquina auxiliar, cuando los de todos los países se abstienen de emplearlos en esta navegación.

El tiempo que hemos tenido en los días 11 y 12 nos dicen es del todo excepcional, por haber reinado durante unas cuarenta horas un viento constante que nos ha hecho un excelente servicio; cesó por completo en la madrugada de ayer, declarándose calma absoluta poco después de salir el sol; á esa hora se aferró todo el aparejo.

Á pesar de que el mar apenas tenía movimiento y de la facilidad relativa que prestaba á la marcha del *León XIII*, se notaba que su arrancada era débil, y al asomarse á las lumbreras de la máquina se veía que el movimiento de las barras de los émbolos era mucho más lento que el que habíamos podido observar en el Mediterráneo. Era, pues, indudable que nuestro vapor había perdido su andar. ¿Cuál era la causa?... No lo sabíamos, y aun hoy creo que la conocemos tan sólo á medias.

Conforme avanzaba ayer el día, el calor apretó de lo lindo, al punto que hasta las seis de la tarde nos molestó grandemente. Siendo el movimiento del buque más soportable, cuasi nadie estaba mareado y cada cual se había reunido al grupo de costumbre. Fué en todos el tema obliga-

do de la conversación durante un buen rato la poca marcha del *León XIII*, que se comentó á la saciedad y en todos tonos; pero una vez agotados los recursos *oratorios* de los que llevaban la palabra, como el calor era excesivo, poco á poco se disolvieron las reuniones porque no se podía parar en ninguna parte.

El camarote debió ser, como fué para mí, el refugio en aquellas horas, pues aunque no había fresco ni mucho menos, aligerando la ropa y dale que le darás con el abanico, se fué pasando el tiempo.

Pero antes de la hora de comer, subí á la toldilla, en donde estaba el capitán Arana: hablando de nuestro asunto, esto es, del por qué andaba poco el vapor, traté de que me dijese algo de lo que supiera, presumiendo que por razón de su carrera los oficiales le habrían dicho la verdad; pero se mantuvo en una prudente reserva que hube de respetar.

No me di por vencido; me dirigí á popa con objeto de hablar con Tonet y ver si me sacaba de dudas; pero estaba de guardia y nada pude conseguir. Como yo andaban cuasi todo los pasajeros, preguntando á éste y al otro; pero todos nos quedamos lo mismo: sin saber nada...

.....

Esta carta la he escrito en varios ratos, aprovechando los en que el calor me ha mortificado menos ó en que yo me hallaba más paciente para sufrirlo. La empecé tempranito y entonces te referí las emociones que produjo la parada de la máquina; la continúo después del mediodía y puedo decirte algo de lo que sobre nuestra situación nos han comunicado *oficialmente*, puede decirse.

Natural me parece que se hubiera hecho así en cuanto se consideró indispensable recurrir á suspender la marcha del vapor; acaso no se hayan decidido antes á dar ese paso por no ser fácil decir nada en concreto hasta que, apagados los fuegos, se ha podido ver lo que ha sucedido. El caso es que á la hora del *lunch* el capitán Riquer, contra su costumbre, pues nunca ha asistido, se presentó en el salón y nos dijo que había sido forzoso parar porque las cal-

deras habían sufrido un desperfecto, que el agua se escapaba en tal abundancia, que con dificultad se mantenía el fuego de los hornos, y no era posible levantar vapor con la presión necesaria. Que el primer maquinista le ha asegurado que mañana temprano estará compuesta la avería y podrá funcionar la máquina.

Terminó el capitán su peroración excitándonos á la tranquilidad por no haber peligro de ninguna clase, si bien comprende cuánto nos debe contrariar esta forzosa detención, que no está en su mano remediar.

Ya no ignoramos todo: sabemos que las calderas tienen escapes abundantes que apagan los hornos; que se están componiendo, y que transcurridas que sean unas diez y seis ó diez y ocho horas, podrá continuar su marcha el *León XIII*.

Pero en esto hay un punto oscuro, negro lo podemos llamar. ¿De qué procede la avería de las calderas? Siendo nuevas, como lo es el barco, pues hace ahora su tercer viaje desde que se botó al agua, y procediendo la máquina de fábrica acreditada, algo anormal ha ocurrido que el tiempo nos hará saber...

Lo que no ha mucho nos dijo el capitán ha servido de nuevo tema para las *discusiones*: éstas se van animando al punto que ya no se habla, ¡se grita! Algunas señoras también echan su cuarto á espadas y dan su voto; los bebés se impacientan, porque sus mamás no les hacen caso, ó se asustan de los gestos y manoteos de algún *orador*...

Voy á ver si está dispuesto el baño que á nuestro solícito Diego encargué hace rato: tendré al menos unos momentos de bienestar, pues el día de hoy es cruel: el calor es insufrible y no hay más que soportarlo...

¡Qué fresquito más rico tendréis vosotros en esos Madrides, mientras que yo estoy sudando el tuétano!

Hasta otra, barbián.

M. WALLS Y MERINO.

(Continuará.)



## LAS PRODUCCIONES NATURALES DE ESPAÑA <sup>(1)</sup>

---

### VI

#### *Tiempos muy modernos y muy antiguos de Galicia.*

La Exposición de Lugo celebrada en 1877.—Los *trigos*, *centenos*, *maíz*, *habas*, *frutas* y *hortalizas* que se presentaron en aquélla.—La Escuela práctica de Agricultura de Pontevedra.—Fábricas de *conservas alimenticias* de la Coruña y de *salazón* de Vivero.—Los *quesos de San Simón*, hechos en Villalba, y los del *Cebrero*.—La fábrica de *cristalería* de la Coruña.—El *herbario* y *colecciones de maderas y piedras* del Sr. Seoane.—*Colecciones mineralógicas* de la Universidad de Santiago.—Las de *piedras de construcción*, *maderas*, *la drillos* y *mármoles* presentadas por otros expositores.—La instalación del Arsenal del Ferrol.—Los productos de algunas de las fábricas de hilados.—*Ojeada histórico-crítica*.—Colonias fenicias, griegas y cartaginesas ocupando dicho país por sus riquezas naturales.—Romanos y suevos.—La resistencia contra los árabes organizada en sus montañas.—Universidad, santos y sabios.—Comercio sostenido con las Américas.—Los progresos en Galicia no han sido muy antiguos.—Lo que influyó en esta región el descubrimiento de las Américas.—Lo que se debe modernamente á las buenas administraciones.

Para juzgar de una manera general de la riqueza con que cuenta Galicia, y antes de hablar de sus *producciones vegetales*, recordaremos la *Exposición regional de Lugo* celebrada en 1877, en la que se exhibieron productos tan variados, que hicieron considerarla como á una de las más notables celebradas.

---

(1) Véase la pág. 465 de este tomo.

Galicia, la pintoresca región de España, poco conocida entre nosotros y que cuenta con elementos de prosperidad en su rico seno, parece que despertaba entonces dando muestras palpables de su poder, y entendiéndolo así la Junta directiva de la Exposición, presidida por el Sr. Conde de Pallares, no omitió esfuerzo ni sacrificio alguno para dar á aquel concurso la mayor solemnidad. Bien merece la patria del insigne doctor benedictino que destruyó á principios del siglo vulgares preocupaciones y torpes creencias, levantando con su *Teatro crítico* un famoso monumento al saber; bien merece la comarca que ha dado á las ciencias, las letras y las artes hombres eminentes ser más detenidamente conocida é imparcial y justamente juzgada por las demás provincias (1).

En el palacio de la Diputación provincial, cuyas galerías y salas lujosamente decoradas permitían la colocación con amplitud y magnificencia de sus productos, se presentaron

---

(1) Sería larguísima la lista que se hiciera para comprender á todos los hijos más notables de Galicia, y como no es posible, solamente recordaremos á algunos.

*D. Casiano del Prado*, ingeniero de minas, juez peritísimo en las *ciencias naturales* y de los primeros que en España se dedicaron en nuestro siglo á la propagación y enseñanza de esta clase de estudios.

*D. Miguel Colmeiro*, rector actualmente en la Universidad de Madrid (1893), nuestro respetable maestro y amigo, á quien deben también en España las *ciencias naturales* muchísimos y valiosos trabajos.

*D. José Varela de Montes*, catedrático y uno de los más insignes de nuestros médicos y pensadores modernos.

*D. Ramón Rúa Figueroa*, ilustrado ingeniero de minas y muy notable conocedor de la bibliografía en España de las ciencias que cultivaba.

*D. José Rodríguez Carracido*, nuestro amigo y compañero, catedrático de la Universidad de Madrid, que, dedicado al cultivo de las ciencias físico-químicas, es en España uno de sus más notables representantes.

*D. Antonio Romero Ortiz*, *D. Eugenio Montero Ríos* y *D. Aureliano Linares Rivas* son entre los contemporáneos los Consejeros de la Corona que, hijos de Santiago, ha contado aquel país.

*D. Manuel Becerra y Bermúdez*, de Santa María de Otero (Lugo), Ministro que ha sido, pero que aquí lo señalaremos también como ilustrado profesor de matemáticas.

*D.<sup>a</sup> Emilia Pardo de Bazán*, escritora ilustre, de grandes talentos y merecida fama, hija de Lugo, que demuestra como otras varias que la mujer gallega es en extremo dispuesta para los trabajos intelectuales y muy especialmente para el cultivo de la literatura y de la poesía.

Contemporáneos todos los citados y otros más y más insignes hijos de aquel país que figuraron como obispos, científicos, filósofos, escritores y artistas.

muchos objetos de los que no podemos dar más que ligerísima idea, y solamente de los más principales.

Las galerías del piso principal del palacio provincial, que tienen un desarrollo de 240 metros próximamente, divididas en una paralela á la fachada del edificio de una longitud de 80 metros, y cuatro perpendiculares á ésta de 40 metros cada una, se hallaban completamente ocupadas por los productos del suelo y la industria gallega, juntamente con los de las provincias de León y Asturias, que con las de aquélla formaban la región llamada al concurso. No bastando tan considerable desarrollo para la colocación de tantos objetos, la Comisión tuvo que habilitar otros locales, estableciendo la Exposición de Bellas Artes en la sala contigua á la biblioteca, los productos del Arsenal del Ferrol en el salón llamado blanco, por estar estucado de dicho color y ostentar en su muro central una lujosa dedicatoria de la Diputación á la marina española, conmemorando el combate del Callao y honrando los nombres de Méndez Núñez, Barcáiztegui, Sánchez Arias y otros ilustres marineros que tomaron parte en aquél. Por último, en una sala, que según parece fué una de las destinadas para alojamiento de S. M. Alfonso XII en la visita que hizo á Lugo, se colocaron los objetos de platería, joyería y relojería presentados al concurso.

Sorprendente era el aspecto que presentaban las galerías, en las cuales se habían colocado elegantes estantes de madera, proyectados por el arquitecto Sr. Cobreros, para contener los productos de la Exposición.

Allí, en la galería paralela á la fachada, se encontraban primeramente los productos agrícolas, representados por muchas variedades de *trigos*, *centenos*, *maíz*, *habas*, *frutas* y *hortalizas* de aquella región. En el centro de esta crujía descollaba la instalación de la Escuela práctica de Agricultura, sostenida por la Diputación provincial de Pontevedra, que fué premiada con medalla de oro, por encontrarse á la altura de los mejores establecimientos de su género, y, próximo á ella, las instalaciones de los fabricantes de chocolates y de confitería y dulces, cuyo centro ocupaba la

magnífica de D. Matías López, que llamaba la atención por su buen gusto y riqueza. El resto de la galería se empleaba, en primer término, para los productos de las fábricas de *conservas alimenticias* de la Coruña y otros puntos, que tan celebrado renombre han alcanzado en todas partes; los de *salazón* de Vivero, que también fueron premiadas con medalla de oro, siguiendo luego otros de confitería, entre los que se distinguían las renombradas rosquillas de Silleda, los bizcochos de Monforte, las almendras de Allariz, los dulces en almíbar fabricados por las monjas de Redondela, las jaleas de Labra de Santiago y muchos más. Al lado de éstos aparecían, teniendo más importancia para estos estudios, muestras de los excelentes quesos que se fabrican en Villalba con el nombre de *quesos de San Simón*, y los tan conocidos *del Cebreiro*; terminando las instalaciones de la galería con muestras de jabón de las fábricas del país, algunas de las cuales podían competir con las de Andalucía por lo esmerado de su elaboración.

Como de las *producciones naturales* de nuestra España nos ocupamos ante todo en esta publicación, prescindimos de las que produce la industria en particular, recordando únicamente las que su desarrollo va unido á la mayor abundancia de aquellas primeras materias que se encuentran en nuestro suelo. Á éstas pertenecen las fábricas de *cristales*, que estaban representadas en el certamen de que hablamos por los magníficos productos de la Coruña, que con sus modelos de jarrones y floreros, con dibujos y adornos, colecciones de cristales planos y copas de todas formas, y mil objetos que lucían en la instalación, podían competir con los más acabados y mejores de Alemania.

La segunda galería de la crujía central estaba destinada á las *producciones minerales* y sus análogas en esta región. Ocupando el primer lugar se veía la instalación del laboratorio é inteligente naturalista del Ferrol D. Víctor López Seoane, que presentaba en elegantes cajas un herbario ó colección de plantas de la región y otra de maderas y piedras empleadas en las construcciones, estando estas colecciones perfectamente clasificadas y dispuestas, dando con

ello una prueba más de lo que el talento y laboriosidad del autor de la *Fauna mastológica de Galicia* tenía ya demostrado. En esta misma galería llamaban la atención las *coleciones mineralógicas* de la Universidad de Santiago, presentadas por el ilustre é inolvidable químico Dr. D. Antonio Casares, que entonces era rector de aquel centro docente (1); la colección de *piedras de construcción* que exhibía el Cuerpo de Ingenieros de la Coruña y Lugo; la de *maderas*, del ingeniero de montes de Orense Sr. Quevedo; los ladrillos y tejas de la fábrica del Sr. Vázquez, del Ferrol; la colección de *mármoles* del Incio, del Ayuntamiento de Sarria; los mármoles presentados por el Instituto provincial de Lugo, y otras mil cosas cuya enumeración sería prolija y que daban una grande idea de la mucha riqueza de esta región en los productos de su suelo.

Aunque no pertenecen al trabajo que publicamos, no podemos menos de recordar también algo de los objetos que ocupaban el salón blanco, de que hemos hablado. En esta instalación se encontraba todo lo presentado por el Arsenal del Ferrol, que venía grandemente á manifestar que en sus talleres se encuentran todos los elementos necesarios para la construcción y recomposición de los buques como en los mejor montados del extranjero. Allí llamaban mucho la atención un modelo de la fragata *Sagunto* y otro del dique de la Campana, que entonces se construía, obra notable por

---

(1) En el gabinete de Historia natural de dicha Universidad existe una colección de modelos de madera representando las formas regulares de las especies minerales conocidas en la época del insigne fundador de la cristalografía, el abate Haüy, que, hecha bajo su dirección, puso luego los nombres de los ejemplares de que se compone, que son otros tantos autógrafos de aquel sabio mineralogista. Esta colección fué regalada por Haüy á su amigo nuestro compatriota el célebre matemático D. José Rodríguez, que, nombrado director del Observatorio astronómico de San Petersburgo, no aceptó el cargo por querer continuar enseñando las ciencias exactas en España.

La colección, cuyo recuerdo ha originado esta nota, tiene un valor histórico extraordinario, creyéndose que no hay otra igual en el Jardín de plantas de París. Se compone de 1.025 ejemplares, correspondientes á 120 especies, siendo las que mayor número de modelos comprenden: la caliza, 168; la baritina, 63; cuarzo, 18; topacio, 21; feldespató, 24; turmalina, 22, y piroxena, 37. Hay modelos hechos de dos mitades giratorias por medio de un eje en las especies hemitropiadas siguientes: feldespató, anfíbol, piroxena y casiterita. Todos los modelos están hechos con tal perfección, que se encuentran exactos los valores de los ángulos medidos con el goniómetro de aplicación.

sus dimensiones y por lo elegante de su forma. El proyecto fué hecho y la construcción dirigida por el inteligente ingeniero de la Armada D. Andrés Avelino Comerma, y para tener una idea de él, en el proyecto que se exponía había un modelito de la fragata *Numancia*, que sólo ocupaba las dos terceras partes del espacio. Varios ejemplares ó formas de hélices, un farol de tope y tubos de caldera llenos de incrustaciones y limpios completaban la colección de objetos del Arsenal.

No refiriéndose á las *producciones naturales* muchísimos objetos que además figuraban en aquella Exposición, prescindimos de detallarlos, recordando solamente los productos de las fábricas de hilados de algodón de la Coruña, de los Sres. Núñez, Orense y otros que tan renombrada y justa fama gozan en toda España; los muebles dorados del Sr. Puig, de la Coruña, cuya industria, introducida por aquél, trayendo operarios expresamente de Alemania, consigue el dorado por un nuevo método que permite una gran baratura en el precio de venta de los objetos, por cuya razón el Jurado los premió con medalla de oro, y los productos de la fábrica de fundición de los Sres. Campell y compañía, del Ferrol, notables por más de un concepto, y otros más originados por otras industrias, tales como las de curtidos, papel, sombreros y muebles, que aunque cuentan con bien montadas fábricas, no son muy conocidas desgraciadamente fuera de aquella región.

Ésta es en conjunto la descripción rápida que podemos hacer de la Exposición que esas provincias hermanas celebraron en Lugo en 1877. Exposición notable que dió á conocer la hermosa naturaleza y ricas producciones de un país que, al lado de puertos como los del Carril, Coruña y Vigo, tiene un departamento marítimo como el del Ferrol; que junto á sus abiertas ó escondidas playas para tomar baños de ola ó de reposo, cuenta con preciadas termas como las de Arteijo, Caldas, Carballo y Lugo, pues en constante alternativa se hallan en él los manantiales de agua cristalina y los de agua hepática ó gaseosa, la caza y la pesca, las flores y las frutas, las húmedas brisas de mar ó los templados

vientos de tierra. En esa tierra en que al mismo tiempo que el imponente Océano azota con furor las elevadas costas, se aplacan sus iras apenas traspone la barrera que debió romper, irritado de no consentirle la entrada en el interior del país, y entonces sus revueltas olas se convierten en tranquilos lagos que se llaman Arosa, Betanzos, Coruña, Ferrrol, Muros, Noya, Pontevedra y Vigo.

Navegando en demanda de esos puertos de refugio y al entrar en ellos, después de haber visto las imponentes montañas que los abrigan, se dilata el corazón comprimido por la severa majestad del espectáculo; pero al encaminarse á ellos por el interior y descubrirlos desde alguna eminencia, no es posible contener las exclamaciones de sorpresa y gratitud hacia el Autor de tantas maravillas. Porque no es una costa corrida, un extenso playal, una reducida concha ó inseguro puertecillo lo que descubren las miradas, no: es un prolongado brazo de mar que serpentea caprichosamente formando islas, ensenadas, famosos puertos y abrigados fondeaderos que reflejan en su tersa superficie el panorama encantador, cuya principal hermosura se la prestan sus transparentes aguas. Innumerables, aunque por desgracia demasiado pequeñas, poblaciones bordean los contornos que marcan sus arenas, arrastradas por el eterno flujo y reflujo del Atlántico, y más de una ponderada localidad que atrae la curiosa é investigadora mirada del viajero no puede competir con la sorprendente variedad que ofrecen las costas y el interior del reino de Galicia.

Un suelo tan abundantemente provisto de todo lo que ha menester la raza humana, no podía permanecer despoblado é inculto, antes bien debía excitarla á fijar en él su residencia.

Aparte de sus primitivos pobladores, las colonias fenicias, griegas y cartaginesas, que sembraron dicho país con los recuerdos de su estancia, son una prueba elocuente de la atracción que ejercía sobre el espíritu comercial de esos extranjeros la riqueza de dicho territorio, cuyas entrañas atesoraban el hierro, el plomo, la plata, el cobre, el estaño, y cuyos ríos contenían en sus lechos abundantes arenas de

oro, juntamente con otras *producciones naturales* tan ricas ó más de las que acabamos de citar.

La población galaica en los remotos tiempos á que nos referimos debía ser numerosa, pues no de otra suerte la *Verde Erín*, como la llamaban sus bardos, ó la católica Irlanda, uncida según se ha dicho al pesado yugo de la protestante Inglaterra, derivaría el origen de su raza, cuyo carácter aún conserva mucha afinidad con el de este territorio español, procediendo como procedía de las colonias que partieron de estas costas de España.

Si el empeño que los romanos pusieron en conquistar á Galicia, prodigando á torrentes la sangre de sus legiones, sólo testifica la política de dominación universal que les inspiraba, el cariño que los suevos la tomaron y la fusión que se verificó entre los invasores é invadidos no permite dudar que este país logró cautivarlos, y que la blanda índole de sus habitantes transformó al poco tiempo su salvaje rudeza en marcial bravura.

Confundidos en una sola familia, el reino de los suevos se anticipó á los demás en sostener la pureza del dogma católico, abjurando el arrianismo; y el privilegio de que goza la catedral de Lugo con la perenne manifestación del Santísimo Sacramento, y la posesión del cuerpo del Apóstol Santiago, cuyo tesoro se venera en la Basílica Compostelana, son dos de las principales mercedes de que Galicia puede vanagloriarse, desde el punto de vista cristiano.

En aquellas montañas se organizó la resistencia contra los árabes, que retrocedieron abandonando sus conquistas; allí los normandos huyeron despavoridos de sus costas, sin haber podido lograr una segunda sorpresa; los guerreros de aquel país difundieron sus nobles apellidos por toda España; de sus valles salieron los valerosos y sufridos peones que ayudan á la expulsión de la raza semítica al otro lado del *estrecho*; al abrigo de sus puertos repararon nuestras armadas sus desastres; en uno de ellos se fundó un establecimiento militar, codicia de los extranjeros, que intentaron destruirlo aunque infructuosamente; y hasta las águilas imperiales, cuyo raudo vuelo ningún obstáculo había entorpe-

cido, mordieron el polvo de aquellos campamentos, heridas por el plomo de las armas gallegas.

Su Universidad tan renombrada (1), un gran hospital, el largo catálogo de sus santos, el no menos numeroso de hombres ilustres, el comercio activo que sostuvo con nuestras Américas en cuanto lo permitía el monopolio otorgado á otras ciudades, las industrias florecientes ayer y muchas en decadencia hoy, son otros tantos datos que hablan elocuentemente en favor del antiguo reino de Galicia, que, no obstante lo que decimos en la primera parte de este capítulo, dista bastante de ser hoy en día lo que debiera.

Tantos progresos de que hablamos no han sido hasta cierto punto muy antiguos, porque asentada Galicia en el ángulo Noroeste de la península ibérica y denominada la parte más saliente de su territorio *Cabo de Finisterre* (fin de la tierra), como que desde su cumbre sólo se descubría el ilimitado horizonte de los mares en contacto con el infinito de los cielos, era natural que este rincón de la costa cantábrica, donde se terminaba el mundo conocido, no fuese el centro del movimiento y de la vida de nuestra nación. El Mediterráneo, cuna de la civilización más antigua, donde florecieron sucesivamente Sidón, Tiro y Esmirna; Atenas,

---

(1) La creación de esta Universidad fué autorizada por el Pontífice Julio II en Diciembre de 1504, eximiéndola de la jurisdicción eclesiástica y concediéndola los privilegios y exenciones que gozaren ó pudieren gozar las demás universidades. Otorgada la autorización solicitada, D. Diego de Muros cedió en favor de la Universidad la casa donde moraba, con sus huertas y pertenencias, y cedió varios beneficios á la Universidad, de la que era fundador. Don Alonso Fonseca, arzobispo de Santiago, hizo inauditos esfuerzos para mejorar el estado de la Universidad, y al efecto la trasladó al *Colegio Fonseca*, fundado por él mismo; dispuso en favor de ella de parte de su pingüe patrimonio ó de beneficios que entonces disfrutaba, y le señaló determinados bienes que la Iglesia tenía destinados á otros objetos; pero muerto D. Alfonso Fonseca, sus testamentarios se limitaron exclusivamente al nombramiento de catedráticos, quedando las cosas en el mismo ser y estado, hasta que Carlos V envió al doctor Cuesta para que, en unión con los testamentarios, proveyese de lo necesario á la Universidad. Desde entonces se amplió su enseñanza con el estudio de las artes, filosofía y teología. Los estatutos que la han regido principalmente fueron los formados por D. Alfonso Otálora, alcalde mayor de la Audiencia de Galicia, aprobados por Felipe III en 1613.

En la actualidad se encuentra organizada como las otras de España, y pueden enseñarse en la misma las *facultades de Derecho, Medicina y Farmacia* (1893).

Roma y Cartago; Pisa, Venecia y Barcino, con otras ciudades y puertos menos importantes, pero que todos concurrían á fomentar el comercio de los tres continentes que baña aquel mar, atraía entonces la actividad humana, que se preparaba, sin saberlo, á utilizar el descubrimiento de otro mundo ignorado, para ensanchar y mantener las relaciones de su esfera de acción, valiéndose de medios superiores á los conocidos y en armonía con la magnitud de la empresa.

Entretanto, el reino de los suevos, excluído por su posición geográfica de recibir directamente el influjo que las provincias orientales de España, se conformaba con enviar á sus hijos á representarlo en las guerras ó acontecimientos que tenían lugar en el mundo, permaneciendo la masa principal de la población gallega libre de extrañas influencias, apegada á su hogar, antiguos usos y costumbres patriarcales.

Estos orígenes pudieron ser la causa tal vez de las emigraciones periódicas de los naturales de este reino, que al regresar al seno de sus familias, por más que participasen de las ideas de una civilización más adelantada, no podían difundirlas, como sucede cuando un ejemplo práctico viene á confirmarlas; y si algunos han querido encontrar la semilla del progreso en las caravanas de peregrinos que venían á orar sobre el sepulcro del Santo Apóstol, otros no han visto en ellos más que fervorosos penitentes con el bordón en una mano y extendida la otra para implorar el diario alimento, y cuya misión única se reducía á cumplir una oferta acompañada de todo género de privaciones. Y no podía ejercer grande influencia sobre este país el que algunos reyes ó grandes señores aportasen ricas ofrendas al templo del Apóstol, porque el mayor número de los que llegaban lo hacían por penitencia ó por necesidad, y entonces casi venían á pesar sobre dicho territorio tan onerosamente como se deja comprender.

El aislamiento en que vivió Galicia hasta el descubrimiento de las Américas no podía compensarlo más que una buena administración; pero los reyes, que obtenían sin re-

sistencia hombres y dinero que emplear en sus necesidades, parece que dejaban entregar á aquel reino á sus propios recursos, y las mejoras morales y materiales que debían realzarlo y los beneficios y mercedes los reservaban para sembrarlos por las demás provincias de la monarquía. Así, mientras se otorgaban fueros á las unas, exenciones á las otras, y se construían caminos, puentes y establecimientos importantes en todas, Galicia, huérfana de sus hijos y olvidada para el bien, vivía sobrecargada de tributos y oprimida por una turba de exactores que, prevaliéndose de la docilidad de sus habitantes y de la legislación que prescindía de las condiciones geológicas de su suelo, atizaba la tea de la discordia, presentando los pleitos, origen de la ruina de las familias y de la agricultura.

Concluimos esta rápida ojeada histórico-crítica haciendo justicia á las administraciones modernas, pues á ellas se deben el magnífico muelle de la Coruña, el de Vigo y su lazareto, las escuelas, Institutos y cuarteles, como asimismo el fomento de sus arsenales. Que la subdivisión que existe en su propiedad desaparezca, para que la agricultura no se aniquile con ruinosos y continuos pleitos, que amenazan convertir en un caos la propiedad de este antiguo reino; que el arbolado que desapareció de sus costas, en virtud de la fiscalización concedida á la marina, se promueva con grande interés por todas las clases sociales, hasta que aquéllas se vean repobladas y vestidas con sus naturales adornos, y entonces, mejorando las condiciones de su suelo, se recogerán debidamente por todos los manantiales de bienes que encierran sus valles, sus montañas, sus puertos y sus poblaciones.

A. DE SEGOVIA Y CORRALES.

*(Continuará.)*





# LAS FORMAS DE GOBIERNO

---

## CARTA ABIERTA

---

AL SEÑOR DON DAMIÁN ISERN

Por devotísimo amigo de usted me confieso, y soy entre sus leyentes quien tiene por gala descubrir méritos en las páginas castizas de sus libros—si á esto llegaren las luces de mi ingenio—y tiene alegrías que siente mi ánima diputándolas por suyas, cuando veo en los papeles públicos alabanzas para sus obras y encarecimientos de su discreto ingenio por gentes literarias de extraña nación y extranjera lengua. Mas de todo esto dudara quien parase mientes en contemplar cuán tardanas llegan mis enhorabuenas y cuán poco diligente—al parecer—soy en loar aquellos méritos.

Nunca como ahora se cumplió aquel decir de la sabiduría popular de que «el hombre propone y Dios dispone.» Por los días que llegó á mis manos la *segunda parte* de *Las formas de gobierno ante la ciencia jurídica y los hechos* eran dedicadas mis humildes vigiliás á idénticas investigaciones sobre el concepto jurídico *de la República*, de suerte que fué el ejemplar que usted me mandara rico presente, y agradecidísimo por venir de quien viniera y ser obra de su ingenio, primero, por

llenar deficiencias, después, con la copiosa erudición que exorna sus capítulos interesantes, de la biblioteca, pobre y escasa, humilde y anticuada, de que puedo disponer en este lugar á que me trajeron mudanzas de la vida, tan adecuado para sentir por sus escondidas calles recientes duelos y llorar por las soledades de sus campos á los seres queridos que nos preceden en el gozar ó en el sufrir eternos. Y cuando me disponía á significarle gratitudes tales, loando las excelencias de su libro, traidora enfermedad, abatiendo energías físicas é intelectuales, me privó del noble y varonil ejercicio del pensar, del que fueron estímulos poderosos los gallardos pensamientos que esmaltan la idea generadora de su libro; apenas restablecido de mi dolencia, el frágil cuerpo, como máquina imperfecta, se quebró de nuevo, de suerte, amigo mío, que han pasado días, y meses enteros se llevó el tiempo en su continuo mudar sin ofrecerle esta crítica de su obra, dándole el testimonio de fidelísima y grande amistad al llevar la voluntad por sendas y caminos que el pensamiento no está para seguir, obstinado en el recuerdo de la madre que Dios llamó á su seno, y adherido, como el corazón, á tristezas inacabables y justificadísimas y á duelos sin término, sin medida...

Que ingenios tan de buena casta como el de usted no suelen gustar de la alabanza descompuesta, que tanto ofende el pudor literario, harto lo sé, y por ello, respetando ingénitas modestias, me desceñiré los hábitos de la amistad para ceñirme la toga del juez que, pesando en fidelísimas balanzas de justicia los méritos y deméritos de su obra, loando excelencias que encontrare y no olvidando señalar defectos, apunta consejos amamantados con la leche de los afectos sinceros y fortificados con el amor ardentísimo á las ciencias morales y políticas, en las cuales es usted maestro peritísimo, y de aquellos que con amor desinteresado las cultivan. Pero advertido que á la indisciplinada pluma mía se le escapó concepto tan erróneo como suponer que pudiera ser juez y decidir litigio tan grave quien, como yo, reconoce las propias insuficiencias. Mejor estaría decir que mi obra es la del amigo sincero que comenta, que estudia las opiniones y pareceres de un su amigo á quien de veras quiere, y de esta suerte bien

pudieran armonizarse en ley suprema de justicia los amistosos afectos y la imparcialidad severa.

Segunda parte de su obra sobre *Las formas de gobierno* es el libro que, intitulado por usted *De la República*, han editado con verdadera elegancia las prensas que fueron del honrado y laboriosísimo Ginés Hernández, heredadas por sus hijos, que continúan las tradiciones paternas. De la primera parte, ya dije en la REVISTA CONTEMPORÁNEA cuál era mi juicio sobre ella: con rara unanimidad fué juzgada aquella obra y diputada por admirable entre las de su linaje; ignoro cómo habrá sido juzgada la segunda, porque en la solitaria ciudad desde la cual escribo estas líneas apenas si llegan los ecos de la controversia, los acentos apasionados de la crítica científica, en cuyos crisoles se depuran de sus escorias, haciendo brillar más y más el oro purísimo que tienen, las concepciones de los ingenios tan doctos y esclarecidos como usted. De mí sé decirle que, acabada la rápida lectura de sus páginas copiosas, recordé al punto que, así como la segunda parte del *Ingenioso Hidalgo* da testimonio de cómo el saber popular acierta en las más de las veces en su refrán de que «nunca segundas partes fueron buenas,» yerra también no pocas, cual sucedió con la obra inmortal del Manco, que se gloriaba de su gloriosa manquedad cual de la acción y de la obra más sublime de su vida, cual sucede ahora, porque no desmerece, á mi juicio, *la República de la Monarquía*, y pienso que así debía de suceder, porque son hijas del mismo ingenio, que se halla en la plenitud de sus facultades intelectuales.

Aristóteles es gran maestro en ciencias políticas, y aunque los abismos del tiempo nos separan de la época que tuvo la gloria de contarle entre los suyos, la comunidad de los conceptos nos une con los vínculos fortísimos de la idea al Stagiritita insigne. No se sustrae su pensamiento de usted, mi querido amigo, á la legítima influencia que su clásica división de las formas de gobierno ha ejercido en todos los entendimientos más esclarecidos; aplaudo la gallardía con que critica al maestro de Alejandro por haberse pagado con exceso del concepto de las democracias, creyendo ver en tal forma de organización social la característica segunda de las repúblicas. Con

espíritu propio, educado en la dialéctica del escolasticismo—verdadera geometría del pensamiento—investiga la nota vibrante que más caracteriza aquella clase de gobiernos y en la búsqueda encuentra ser la *pluralidad* el signo fundamental de la república, cual la *unidad* lo es de la monarquía, y veo aquí hermosa conjunción de ideas entre el filósofo griego y nosotros, conjunción de amor que une las inteligencias con apretados lazos. Determinado el concepto, cabe distinguir sus modalidades ó categorías, y claro es, la totalidad, la mayoría y la minoría, modos son de que la *pluralidad* pueda manifestarse. Procede usted aquí como verdadero filósofo; no le basta á usted conocer la idea en la intimidad de su conciencia, como diría algún filosofante de la escuela krausista, sino que la desenvuelve para determinar con verdadero rigor lógico las divisiones de la república é ir las siguiendo, por los campos de la especulación filosófica, en los libros de sus defensores, en las ardientes arengas de los propagadores de sus excelencias ó en las diatribas virulentas de sus impugnadores. ¡Que nunca fué tan grande como desde la revolución francesa hasta la fecha la lucha entre las opuestas doctrinas y tan truculenta la pelea entre los defensores de unas y otras ideas! ora en el terreno de la realidad y de los hechos desenvolviéndose pacíficamente al amparo santo de la ley, ora por violentas sacudidas que determinan luchas fratricidas que ahogan en mares de sangre y espumas de cólera los más queridos al corazón, entre los ideales del hombre, acabando por adorar á la razón en los altares de la guillotina.

Y para evidenciar tales diferencias sírvele la erudición que usted posee en toda suerte de disciplinas. Avalora el primer capítulo la exposición completa de las teorías de Kant y de Weitz con las imaginadas por La Serve, Delory y Bodín, y no es maravilla que, descendiendo á las realidades de la historia, interprete tan sabiamente los hechos por los principios racionales que investigó primero y de que son pruebas *à posteriori* esos mismos hechos, que la dinámica de la historia ha llevado á su libro.

¡Bellísimo, ciertamente, es el segundo capítulo! Hombre de determinada escuela es usted y á determinado partido político

pertenece. Nadie, en verdad, tiene derecho á esperar que oculte esos principios y esas convicciones, mas por fortuna lleva usted á su obra mayor número de hechos que de propias teorías, y como quiera que su exposición es tan acabada y tan fiel, que ni luna veneciana reflejara mejor, si en imágenes sensibles se convirtieran las ideas que pueden reflejarse en las páginas de su libro, seguro, segurísimo estoy de que los lectores discretos de sus páginas gozarán de aquel placer nobilísimo que en el entendimiento produce la contemplación de la verdad y de los frutos que halla la alta especulación científica. Y tales afirmaciones vienen á cuento de loar por su espíritu profundamente filosófico el segundo y tercer capítulos consagrados á las repúblicas aristocráticas y democráticas; busca usted la raíz de las aristocracias y la encuentra en la naturaleza humana, en la desigualdad individual, más clara á los ojos atentos de quien estudia fenómenos sociales, que argentada luna luciendo sus fulgores, y la igualdad de origen, la igualdad de naturaleza son los fundamentos postreros que las ciencias sociológicas encuentran en las democracias. Todas las condiciones del buen escritor hállanse hermanadas y juntas en estas interesantísimas monografías, economía perfecta entre las partes de la obra, erudición clásica en este linaje de estudios, verdad en los hechos, y salvo alguna consecuencia con la cual no estoy conforme, obtenidos por métodos deductivos con verdadero rigor lógico los postulados pretendidos, y abriantando tan gallardas aptitudes un lenguaje castizo, claro, trasparente, que permite adivinar el pensamiento con la misma transparencia que en tranquilo lago se divisan los fondos con sus menudas arenas y sus piedrecillas, que al ser heridas por los rayos de la lumbre solar, semejan perlas del más puro Oriente.

Severo ha estado usted con las aristocracias que no conservan de la superioridad á que debieron su nacer más tímbreres ni más signos que los ranciados pergaminos que se guardan en sus archivos y las enmohecidas armaduras de sus antepasados, signos de otra edad y de otros tiempos que en el moho que las gasta y envilece parecen llorar decadencias de su linaje, conservador de aquellos trofeos, testigos de cien victorias, por pura vanagloria, no por estímulos á nuevos trabajos

que reverdezcan en las actuales generaciones sus grandezas seculares. La ley de la evolución y del progreso indefinido, constante en la historia, sustituirá esas aristocracias de la sangre, llamadas á desaparecer, por las aristocracias que engendradas en la sangre y en el dolor, no en los privilegios, no en la casta, no en la feudalidad, y sí en los talleres, en las escuelas, en las profesiones liberales, en la Iglesia y en el convento, allí donde se trabaja, para decirlo de una vez con esta santa palabra, nacen las nuevas aristocracias á que Spencer alude, como palenque abierto siempre á los grandes intentos de la inteligencia, á las generosas ambiciones del corazón, que constituirán las aristocracias del talento y de la virtud, brilladoras en los cielos del porvenir.

Si á la filosofía y á la historia acudió usted codicioso de enseñanzas sobre lo que son las repúblicas aristocráticas, la filosofía y la historia traen á su inteligencia, avara de conocimientos, lecciones de lo que han sido las repúblicas democráticas, en el tiempo y en el espacio; por eso, entre las primeras, desde la romana, fortísima entre todas, á las de Ragusa y Venecia, recorre usted la evolución de la aristocracia en las repúblicas, y entre las segundas, desde la ateniense, la más ilustre entre las democracias antiguas, hasta las de la gran república norteamericana y la excelentísima de Suiza, todas son objeto de su atento estudio, que se completa y aclara, por lo que respecta á las democracias, con el hermoso capítulo consagrado al estudio especialísimo de las *directas*, que es, á no dudar, uno de aquellos que sobresalen por dos condiciones á cual más apreciables, la erudición y la imparcialidad. Y concretándose, cual en los tiempos modernos se concretan en Suiza, más que en nación y democracia alguna, el estudio que hace de su constitución, del *referendum*, sobre todo, como atenuación de la forma pura, y de otras cuestiones íntimamente ligadas á esta, es realmente hermoso. Tal vez si hubiera usted completado el estudio con algunas indicaciones sobre la naturaleza suiza, que tanto ha contribuído á desarrollar su espíritu democrático, y en vez de la tan manoseada cita de Dubbs, se hubiera aprovechado de las notas de Brunialti á la obra de Erskine May, y todavía mejor de la bellísima monografía de Rambert, intitu-

lada *Los Alpes y la libertad*, entiendo, y sinceramente lo digo, que fuera el capítulo *De las democracias directas* la joya de su libro.

Dos capítulos consagra y dedica usted á las repúblicas representativas y á las federales. Ningún lector discreto y avisado en ciencias políticas pondrá tachas á ninguno de los capítulos que de esto se ocupan. Predominan en el primero los hechos; y las lógicas consecuencias de ellos deducidas, lo están con claridades de luz meridiana. El régimen de gabinete que suele aceptarse en algunas de estas repúblicas, descrito está con la maestría que pudieran hacerlo los más ilustres maestros de la ciencia política que con tanto entusiasmo profesa usted, y los excesos del parlamentarismo analizados en sus secuelas, más graves en la república que en la monarquía, poniendo fin á sus comentarios sobre este punto con la cita clásica de Spencer, de que si el derecho divino de los reyes fué la gran superstición de la política del tiempo viejo, el derecho divino de los parlamentos es la gran superstición de la política del tiempo nuevo.

Gallarda manifestación de sus condiciones de polemista y de adversario lealísimo manifiesta usted al tratar de las repúblicas federales, combatiendo con poderosa dialéctica los errores de la doctrina pactista del autor ilustre de *Las Nacionalidades*; pero con aquella calma serena propia de las discusiones científicas, y jamás he visto hacer gala de imparcialidad mayor, al reconocer con franquezas dignas de Foción, aquel griego ilustre, á quien el incomparable Demóstenes llamaba el hacha de sus discursos, los progresos que entraña la idea federativa, citando en apoyo de su tesis los más notables ejemplos que la historia presenta de federaciones famosas, las opiniones favorables á esta clase de gobierno, descollando entre todas la del estadista insigne, modelo de gobernantes, Alejandro Hamilton, evidenciando cómo aun dentro de las federaciones puede darse la tiranía del número, trayendo á la memoria de sus leyentes la guerra del Sonderbund, en que la justicia y el derecho fueron vencidos por la injusticia y por el derecho de la fuerza, concluyendo por una determinación clara y precisa de cómo sólo pueden actuarse

las repúblicas federales en períodos de transacción, en cuyo sentir están conformes desde el ilustre estadista norteamericano á Bluntschli, el maestro que ha adoctrinado en el derecho político á las nuevas generaciones, y cuyos aciertos, lo mismo que sus errores, suelen inspirar los libros que de aquella ciencia, ilustre entre las más ilustres de las disciplinas jurídicas, andan en manos de la juventud española.

De la república mixta trata el séptimo capítulo, cuyo mérito consiste, á mi juicio, en evidenciar la diferencia que existe entre esta forma de gobierno y la que estudiaba usted en la primera parte de su obra con título semejante. Porque ciertamente es gloria no pequeña hallar matices de diferenciación entre la una y la otra forma de gobierno, cuando no han sido pocos los tratadistas que, diputados por excelentes en la exposición de estas materias, no encontraron otra diferencia que ser la herencia título por el cual tiene los derechos majestáticos y la representación del Estado el monarca, y ser la elección título por el cual sube á tan augusto sitio el presidente en las repúblicas. No menor es el error de confundir las repúblicas mixtas de los tiempos modernos con las florecidas en la antigüedad. Combatiendo á Polybio por sus errores, exponiendo con aquella elevación de miras de quien piensa lo que dice, escribe lo que sabe, y sabe lo que dice, las opiniones de Tácito y Puffendor, de Evor y Bodín, Palma y Arcoleo, esclarece usted en sustanciosas páginas el concepto fundamental de la república mixta.

Si la ciencia política de nuestros días ha descubierto en el Estado un ser esencialmente orgánico, sujeto á las leyes de la biología, y ha tomado á las ciencias médicas su tecnicismo para designar estados morbosos por los cuales puede atravesar en su existencia, ciertamente que *la anarquía* es un estado patológico de los más graves, y que más hondamente pueden perturbar su economía; y de la misma suerte que en el individuo existen predisposiciones á cierta clase de enfermedades, también en las formas de gobierno cabe afirmar lo propio; y cuando llegan esos días tristísimos, en que la política raya entre soluciones individualistas y tesis planteadas por el socialismo, fácil es á las repúblicas caer en el atomismo de las

escuelas individualistas, por descomposición del principio de autoridad, ó en los abismos de la utopía socialista. Marcados á maravilla hállanse esbozados lo que son tan graves males en las repúblicas y antecedente muy apropiado al capítulo que denomina usted *De la evolución republicana*.

Crítica del positivismo, tan severa como imparcial, diríase que el tribunal de su razón sujetó á residencia sus afirmaciones audaces, sus negaciones atrevidas, y al exigirle pruebas de tales radicalismos, presentó un montón de hechos, pretendiendo obtener con ello justificaciones de sus principios. La vieja metafísica, *alma mater* de todas las ciencias, acudió al litigio para defender los eternos principios, justificándoles con hechos no menores en número, y entonces usted, como juez, obrando en términos de justicia, dictó sentencia, condenando el principio generador del positivismo, y anulando todos los actos que en virtud de aquellos títulos, con estruendo y alarde ostentados, había ejecutado. Y siguiendo los términos forenses de la comparación, no hizo usted expresa condenación de costas, por entender, sin duda, que del positivismo deben aceptarse los métodos, nunca el principio de su doctrina, ni las consecuencias que pretende sacar de esos hechos. A cuyo conjunto denominaría yo *Psicología del Estado*, porque la reunión de esos hechos, integrando todos los elementos del fenómeno político, desde el medio físico al medio social, debiendo de tener en cuenta el sujeto y el objeto, mucho ayudaría para que, conociéndose bien la naturaleza del Estado, pudiera tener la forma de gobierno que más le conviniera, y no sería difícil constituir una verdadera ciencia, porque sobrados materiales se encuentran esparcidos en las obras de los autores más ilustres, desde Aristóteles á Spencer, pasando por las de Hipócrates, Dyonisio de Halicarnaso, Polybio, Tácito y Tito Livio en la antigüedad; Arnaldo de Brescia y Miguel Servet, San Agustín, Raimundo Lulio y Santo Tomás, en los tiempos medios; Fray Jerónimo de San José, en el período de nuestras grandezas patrias, y entre los modernos, Bodín, Filangieri, Bukle, Hellwald, Carlos Ritter, Bagehot, Taine, Erskine May y el profesor Pessina, Prichard, Bluntschli, Quatrefages y tantos otros.

De la tercera parte de su obra, que considero como magnífico resumen de los dos volúmenes que la constituyen, nada he de decir. Aquella hermosa *conclusión*, bella por su fondo, hermosa por su forma soberanamente castiza, lo dice todo; es síntesis en que se aúnan la tesis y la antítesis de sus libros. Es usted monárquico sincero y convencido. No oculta sus honradas convicciones, que encuentran su razón de ser en la superioridad que tiene lo uno sobre lo vario; nuevos argumentos esgrimidos á guisa de puñales de misericordia abrillantan la tesis por usted amada con amor vehementísimo, sólo comparable al que demuestra un escritor español de los de mayor fuste en nuestras ciencias predilectas en su libro intitulado *De la realeza*. Tan sólo por estos amores fuera el libro digno de meditación y de estudio, porque ideas con tal brío defendidas é inspiradoras de tan salientes párrafos como la *conclusión* aludida, que como espléndida corona remata la suntuosísima fábrica de su ingenio, bien merecen consideración atenta.

Algún crítico más exigente que yo lo soy censuraría y advertiría una omisión que en *Las formas de gobierno* se nota, es á saber: el no contener entre sus bellísimos capítulos y colocado á la cabeza uno no menos extenso é importante, en el cual el gallardo talento de su ilustre autor hubiera brillado con todo el esplendor que ha demostrado en otros. Tal capítulo sería el destinado á tratar sobre «el concepto del Estado,» porque siendo verdad sabida y demostrada con toda evidencia que en la política, considerada como ciencia, y en el derecho político, de la propia suerte considerado, es el problema fundamental la determinación de una concepción racional del Estado, del cual las formas de gobierno son, si es permitida la frase, el vestido con que el Estado se presenta en la realidad de la historia, clara es la necesidad de tal capítulo, é inteligencias tan perspicaces como la suya no ignoran que los partidos luchan por hacer reflejar su pensar, su sentir y su querer en la vida del Estado. Me consuela la idea de que pronto dará usted contestación cumplida con el nuevo libro, del cual su fecundísima pluma llevará escritas centenares de cuartillas, á ese pequeño reparo único que el más exigente de los críticos podría poner á la bellísima obra, en la cual andan en

armónico concierto unidas la verdad de la doctrina y la elegancia irreprochable de la forma...

Y nada más, que fatigada está la pluma, y no está tampoco el ánimo, lector discreto, para más fatigarte con mis pláticas, que si quieres saborear los frutos ricos de un ingenio esclarecedor de arduas cuestiones y de intrincados problemas, ahí está para solaz de tus ocios y pasto de tu entendimiento el precioso libro que descrito queda.

Y á usted, mi buen amigo, de tales deleites y tan supremos goces causador, mil plácemes y deseos mil de que Dios fuere servido en darle mayores y siempre renovados alientos para cosechar inmarcesibles lauros en la serena región de la ciencia y de la verdad.

CÉSAR ANTONIO DE ARRUCHE.





## LA DESDICHADA DICHOSA

---

Que si acortas y ciñes tu deseo  
dirás: «Lo que desprecio he conseguido;  
que la opinión vulgar es devaneo.»

*(Epístola á Fabio.)*

### I

Se encontraron en el mundo varias veces, sin despertar deseos de tratarse en ninguno de los dos.

Ni siquiera preguntaron: ¿quién es esa muchacha? ó ¿quién es ese muchacho?

Se veían en paseo, en el teatro y en visita; pasaban indiferentes; no se chocaban; no había entre los dos esa afinidad electiva que en romance suele llamarse simpatía.

Pero una noche concurrieron los dos á una casa donde, sin aparato ni etiqueta, se celebraban tertulias semanales, íntimas y alegres, reputadas en Madrid como uno de los más ventajosos centros de contratación para los jóvenes disponibles de uno y otro sexo.

Tenía buena estrella dicha reunión, y en el registro de bodas allí concertadas sobresalían dos de mérito: una solterona desahuciada y una viuda pobre... con hijo alférez.

Á veces ocurría que un baile de campanillas, un turno bue-

no del Real, ó acaso el mal tiempo, retraían á los contertulios, y el salón espacioso, que sin previo convite se llenaba otros días de bote en bote, era entonces holgado para los pocos fieles que asistían.

Mas ni por esas languidecía la tertulia. Eran pocos, pero bien avenidos: formaban corros animados, tocaban el piano, sin la enfadosa exigencia de hacerse oír, y, lo que es aún mejor para el caso, bailaban.

Descartábanse los rigodones para evitar las dificultades del número reglamentario, y el vals, cuyo presupuesto de personal es más exiguo, triunfaba en toda la línea.

Era de ver aquello. Mientras los papás, tíos y demás parientes, con el ítem de alguno de esos jóvenes que en sociedad se hacen pasar por sabios y en los ateneos son mirados como gomosos, jugaban al tresillo en el gabinete, y en tanto que las mamás, tías y demás parientas conversaban, sin promiscuidad masculina, el elemento joven se dedicaba con furor al baile, y dos ó tres parejas, á lo sumo, bailaban á destajo, sin rendirse ni saciarse.

Había sus desafíos de resistencia, y no pocas veces el primero en entregarse era... el infeliz que aporreaba el piano.

Á medianoche servíase un té bien encuadernado, esto es, con buenas *pastas*, y á la una desfile general.

Una noche de éstas, nuestro personaje, á quien llamaremos Carlos, por no decir su verdadero nombre, que coincide con las iniciales A. B. C., entró, en unión de otro amigo, en la sala, y dieron de manos á boca con la señora de la casa, que les dijo:

—Vienen ustedes lloviditos del cielo. Ahí tienen dos muchachas bailando juntas. Deshagan ustedes la pareja.

Prestáronse gustosos: se adelantó el amigo (escogiendo á la que conocía Carlos) y éste se vió precisado á bailar con la que quedaba, que ¡vaya una casualidad! era *ella*, nuestra heroína, á quien llamaremos Juana, por no decir su verdadero nombre, que coincide con las iniciales F. G. H.

Y hé aquí por dónde, sin mediar las ceremonias establecidas en el rito social, conociéronse Carlos y Juana, y cambiaron entre sí, en cuanto cruzaron algunas palabras, las credenciales de *persona grata*.

Á partir de entonces, hizo el diablo, cuya jurisdicción alcanza á todo aquello en que se inhibe el Sumo, que se encontraran en todas partes, sin buscarse ni menos darse cita, y la verdad es que, instintivamente, estrechaban las distancias, y donde quieran que se hallaban se preferían.

Trabaron así amistad estrecha, favorecida por una austeridad prematura que profesaban los dos, poco apegados al bullicio del mundo y á los placeres frívolos que busca con sed furiosa la juventud.

Por eso, desde entonces, sin convenio ni promesa, excusaron el uno como el otro los compromisos de baile; pasaban el rato, cuando asistían á cualquier tertulia, charlando de un tirón toda la noche, y antes que ellos se dieran cuenta de que las cañas podían volverse lanzas, los señaló la gente como novios, llegando al fin á sus oídos las reticencias y bromas de rúbrica, que uno y otro, según costumbre inveterada, se apresuraron á desautorizar con rotundas negativas, como si fueran acusados de un horrendo crimen.

Pero, al cabo, ellos mismos hubieron de fiscalizar su conciencia, y á las primeras averiguaciones se declararon convictos y confesos.

Sí, aquella amistad picaba en historia, traspasaba los límites de la estimación... pero... ¿se amaban?

—¿Por qué no?—decíase *él*, como queriendo persuadirse de que *podía* quererla.

Y *ella*, por su parte, argüía:

—¿Por qué no?

De modo que, en todo caso, aquel cariño procedía de un rozamiento y no del axioma en que otros amores se fundan.

Lo natural y corriente es quererse *porque sí*.

Y ellos no tenían más base que ésta:—¿Por qué no?

—Es guapa... bastante guapa... es discreta y formal; no es rica, pero sí de honrada familia: si me quiere, me caso con ella; si no, otras habrá; no me corre prisa.

Mientras *él* decía esto, *ella* por su parte pensaba:

—Es buen muchacho, ó al menos lo parece; no tiene vicios arraigados, ni mala figura, ni es tonto. Carece de realce, pero, después de todo, éstos son los más seguros. No me entusias-

ma, pero me conviene, y yo á él. Es huérfano y rico; más le vale casarse joven: así no se arruina ni corrompe. Si me quiere, le haré caso; si no, no perderé el sueño por eso...

Así, cuando Carlos pronunció las palabras sacramentales, declarando que su afecto había subido á más excelsa categoría, ocurrió lo que con los mensajes de la Corona: que antes de leerse tienen ya preparada la contestación.

En suma, que hubo *sí*.

Como se encontraban por doquiera, y los padres de Juana, lejos de oponerse al trato, la estimulaban á proseguirlo, carecieron sus relaciones de esas dificultades que son la salsa de otros amoríos; y no hubo cartas furtivas, ni emboscadas, ni esquinazos, ni soborno doméstico, ni la persecución tenaz que convierte algunos amores en carreras de resistencia.

Jugaron á cartas vistas, y el temple análogo de sus almas, que padecían algo así como inapetencia de los placeres, no les impuso ninguno de los difíciles ejercicios á que mutuamente los enamorados se condenan.

Ni era forzoso el escribir diario, ni en las cartas que entre ellos se cruzaron la imaginación sacaba las cosas de su quicio, tributando honores de idolatría á lo que no era más que un acuerdo de dos voluntades para unirse en el mundo, compartir los goces y arrostrar juntos las desdichas... Nada de retórica, nada de hipérbolos; no se exigieron sacrificios costosos, no se juraron eterna fe, ni se ofrecieron el cielo por una sonrisa... Se amaban reposadamente, y vencedores del mundo y del demonio, no les inquietaba la carne, con la cual mantenían un *statu quo* que no tenían prisa de abandonar...

Faltóles, pues, esa especie de esgrima en que se adiestran los enamorados; los fútiles reproches, los enojos pueriles y los fingidos celos. El respeto mutuo y el propio respeto, la ordenada vida de los dos y el remedio que de antemano pusieron á todo achaque de celos desligándose de antiguas amistades, impedían los disgustos más leves.

Una sola imputación podían hacerse: la de la tibieza respectiva; y conociendo los dos que su tejado era de vidrio, cuidaban bien de no tirar piedras al del prójimo. Pero como una cosa es el entusiasmo, sin el cual pueden vivir unas rela-

ciones, y otra cosa es el matrimonio, sin cuya esperanza no deben proseguirse, Juana insinuó á Carlos sus dudas acerca de la autenticidad de su cariño, y entonces él supo invocar una razón suprema:

—Hablaré á tus padres y no te cabrá duda.

Con lo cual Juana se satisfizo; porque, en efecto, ya dijo Lope:

«que no puede hacer quien ama  
más fineza por su dama  
que quererla por mujer.»

Dos meses no más llevaban de relaciones, cuando lo imprevisto, que según Víctor Hugo es «lo más inminente que nos espera,» cambió el aspecto de las cosas.

El padre de Juana, que no contaba con más recursos que el sueldo de un alto destino en Hacienda, averiguó por un fiel amigo que el Gobierno, que ya por entonces tenía sus accesos de economista, iba á dar un tajo más en el presupuesto, suprimiendo la plaza que servía.

Cercioróse del hecho, calculó las probabilidades de ser re- puesto, que no eran muchas, pues carecía de valedores influ- yentes, y viéndose por una parte expuesto á quedar en la calle, y presentándosele, por otra, ocasión de ser nombrado con igual categoría para Ultramar, rompió por todo y aceptó un destino que, además, le aseguraba unos derechos pasivos ciertamente ventajosos.

Carlos estaba fuera, había ido á Cáceres á echar un vistazo á sus haciendas, y aunque sus cálculos fueron no más que quince días de ausencia, apurábase ya el mes y no volvía.

Escribía poco, y disculpaba la dilación de su regreso con los cuidados que se echara encima despidiendo al administra- dor, y enterando al nuevo del estado de los bienes y el go- bierno que con ellos debería tener.

Juana no hizo justicia á su novio: creyó que, tras de una patética escena y un tierno adiós, todo se acabaría.

Hasta le parecía más discreto ahorrarse aquella tribulación equívoca, y aunque contrariada, porque no en balde se alien- tan esperanzas de asegurar un porvenir risueño, esperaba re-

signada que uno ú otro día Carlos asiera la ocasión por los cabellos, y aprovechando aquella separación inopinada, rescindiera sus compromisos, quedando uno y otro... á disposición de las empresas.

Pero Carlos pensó de otro modo. No era su amor tan ciego ni tan vivo que le faltaran resolución é independencia para romper aquel vínculo, si juzgaba un día imposible ó difícil la felicidad con Juana, pero se rebelaba contra el *destino*... que de improviso desbarataba sus planes, y no se avenía con semejante contrariedad.

El plazo era corto; no admitía treguas; pasaron días; Carlos seguía fuera, y el problema .. intacto.

Los padres de Juana sentían perder aquella fortuna que se les entraba por puertas; pero no era posible cruzarse de brazos y aguardar la boda para vivir á costa del yerno. Por lo cual, fueron levantando la casa y se apercibieron para el viaje.

La solución fué tan rápida como imprevista. Ocho días antes de la partida, viéronse sorprendidos Juana y sus padres con la visita de un magistrado del Supremo, tío de Carlos, que con éste fué á pedir la mano de la novia.

Oyeron la petición llenos de alegría; pero pusieron algunas dificultades, fundadas en la situación extraña en que se hallaban. Carlos no se paró en barras. Era soltero, huérfano y rico. Tenía casa puesta. Poco había que hacer. La bendición, y á casa. ¿El ajuar de ella? ¿Á qué molestarse en prepararlo? Se compra de golpe lo preciso, y se acaba después.

Abreviaron trámites, dispensáronles amonestaciones, y sólo por hacer menos brusca la separación, aplazaron los padres su viaje hasta el otro correo.

Y se casó Juana con Carlos.

## II

El que sepa algo de cocina, ya porque haya sido cocinero antes que fraile (si es fraile), ya porque hubiere leído á Angel Muro, no debe ignorar que, si lo más común es cocer los manjares con agua ya caliente, es por lo menos igual, y á las ve-

ces mejor para ciertos guisos, emplear el agua fría y hacerla hervir después á fuego lento.

Y creo yo, con perdón de ustedes, que en el guiso conyugal *puede* ocurrir lo propio.

Suele ser lo más común que los esposos lleguen al matrimonio férvidos é hirvientes; pero esto no quita para que otros, que pasan fríos por la Vicaría, puedan hervir después á fuego lento y alcanzar muy altas temperaturas.

Y esto, ni más ni menos, ocurrió á Carlos y Juana. Se unieron sin amarse, pero lentamente, de día en día, fué subiendo de grado la estimación, y trazas llevaba de convertirse en pasión fogosa.

La luna de miel sería, por los indicios, á la inversa de las ordinarias: cuando otras suelen entrar en menguante, entrarían ellos en creciente, y para colmo de aquella dicha, llegaron á su tiempo inequívocas señales de que estaba asegurada la sucesión del reino...

### III

Las cosas de la vida ponen á quien ha de contarlas en más de un aprieto.

¡Cuántas veces no se ha dicho, y con harta razón, que no es siempre verosímil lo verdadero!

¿Á mí qué falta me hacía aguar la dicha de estos dos esposos?

Si mis votos tuvieran eficacia, aún serían felices Juana y Carlos.

Pero... la Providencia no se anda en chiquitas. Los mortales no podemos penetrar en el secreto del sumario...

En la tierra, como en el cielo, los fallos del *Supremo*... son inapelables...

Conque más vale decirlo pronto. Carlos, el joven sano, vigoroso y morigerado, con sangre limpia de todo vicio ni hereditario ni adquirido, sin lesión orgánica ninguna ni excesos que pudieran producirla, adquirió una fiebre tifoidea, y en po-

cos días, sin valerle sus fuerzas vitales, la mejor asistencia médica, ni la puntual solicitud de Juana, entregó el alma á Dios y el cuerpo á la Sacramental de San Justo.

.....  
 Llanto, desolación, gemidos y sollozos; besos ardientes de los que quedan á los que se van, tristes escenas de los humanos duelos, desgarrones del corazón, negruras del pensamiento, dolorosos quejidos de dos almas que se desgajan... todo esto es el común tributo de dolor que ante la muerte rendimos. ¿Á qué contar el desconsuelo de Juana, en lo que tiene de común con todos?

Pero su caso no es común. ¡Ver en plena luna de miel que el esposo se va, cuando el hijo aún no llega! ¡Cuando un ser, todo esperanza, llama á las puertas de la vida, otro ser, todo recuerdos, se despide para siempre! ¡Los que la dieron el ser más allá de los mares, el que la dió su amor más allá de la tumba... el hijo deseado vistiendo luto en sus entrañas!...

Ni rechazar la vida puede la infeliz Juana. No le pertenece del todo... Su amor va á revivir... En su loco dolor imagínase á veces que lleva en las entrañas el mismo ser que ha perdido, y acaso le pide con impaciencia que vuelva pronto á reanudar las dulces horas que interrumpió la muerte...

Súmense á esto, para una joven sin experiencia, separada de pronto del regazo maternal, el contacto inevitable con los explotadores de la muerte, la irrupción en su hogar de empresarios fúnebres, y el abandono de su casa y su persona á criados y vecinos.

Pídenle cosas los criados, y no sabe dónde hallarlas ni qué llave las encierra; ha de buscar dinero, y para ello es preciso descubrir los secretos de su esposo, revolver papeles, escrudriñar sus ropas, y todo esto le repugna, como si fuera una profanación... un robo; y llora más y más, y no halla en cuanto le rodea ni consuelo, ni amparo, ni compañía.

Era verano; Madrid estaba desierto: los amigos y parientes se habían esparcido por las playas y balnearios.

Cuando más retraída quiso verse, para apurar á solas el cáliz de su amargura, fuéle preciso hacerse cargo de los caudales del difunto, ver números, echar firmas y sufrir el asquero-

so merodeo de los parientes de Carlos, que olfateaban una herencia pingüe si se malograba el parto.

¡Qué lluvia de consejeros! ¡Qué aluvión de confidentes! ¡Qué turba de plañideras de oficio, diligentes urracas que con sutiles pretextos picoteaban lo que podían, heredando ya al muerto, ¡á cambio de algunas muecas de dolor!...

En estas condiciones, y en tal estado, dió á luz la infeliz Juana.

Habíanse puesto en camino sus padres, pero llegaron tarde. Juana parió un niño muerto.

.....

Entretanto el caudal de su esposo andaba malparado en manos de la justicia. Regían las antiguas leyes, y los bienes que pudieron hacer la dicha suya y de sus padres fueron bien pronto á poder de sus voraces comparientes.

Quedó en todo reducida á bien poco: perdió esposo, fortuna, alegría y salud, y vióse al cabo, en la misma familia, con sus viejos padres, como si cuanto en pocos meses había gozado y sufrido fuera no más que un sueño de su mente acalorada.

Terminaba la licencia con que vinieron sus padres: incorporóse á ellos y enderezaron el rumbo hacia la Habana.

#### IV

Si la tristeza es una infección del alma, el olvido es la ventilación del espíritu.

El tiempo y la distancia acaban de airear la memoria, y por si aún quedan huellas de la infección, tienen los hombres en el gozo de vivir un eficaz depurativo.

Pero la salud del alma guarda singular armonía con la del cuerpo. Ved algunas personas: su aspecto es sano, su organismo recio; tienen fuerza de sobra, y la gastan y ostentan de varios modos; mucho consumo y mucho ingreso; á veces gastan á crédito, pero... unos pagan y otros quiebran. Las personas más vigorosas suelen tener enfermedades terribles: una

vida así es corriente impetuosa, que lleva pronto al bien ó al mal.

Otras personas son como lagos tranquilos: no hay movimiento, no hay vida; pero tampoco hay tempestades. Veréis muy amenudo hombres y mujeres cuyos músculos no hacen proezas, cuyo estómago no permite excesos; comen y beben poco; pero así, á paso de carreta, tirando siempre por el camino llano, viven tranquilos, y si no trasponen montañas con rapidez vertiginosa, tampoco descarrilan.

Pues hay espíritus así. Parcos para el placer, sobrios en el dolor. Se les acusa en vano de sentir poco. No pueden más; es cuestión de elasticidad: las fibras de su corazón no dan más de sí. Hay cierta equidad en esto; si cuando gozáis locamente *ellos* no gozan tanto, ¿cómo querer que os sigan hasta los extremos de vuestro dolor?

Otra semejanza aún: unas almas son como las campiñas de Murcia y Andalucía: cielo azul, tierra fértil, lluvias pródigas, dobles cosechas, frutos hermosos, todo encerrado en orla de flores; campo variado, huertas y montes, prados y ríos; pero allí... el terremoto... la inundación... el cólera...

• Venid luego á lo hondo de Castilla, y veréis monótonos barbechos, secas llanuras, ruines productos; allí apenas hay más que trigo, pero esto es pan, y basta: y así viven en paz, en la mediana vida que canta el sabio y vive el pobre.

¿Me entraría yo por tales vericuetos si el carácter de Juana fuera extraño á lo que digo?

El rasgo de su carácter era la conformidad. No porque sintiera poco al muerto, le fué menos fácil acomodarse á la viudez. Sin haber leído el *Tratado de la tribulación*, llegaba, quizás por fuerza del temperamento, al sublime extremo que aconseja el padre Rivadeneira. No recuerdo la frase, pero viene á ser esto: Cuando Dios nos priva de un bien terreno, todavía debemos darle gracias por el tiempo que nos le concedió.

Donde más huellas dejó el dolor fué en su cuerpo. Perdió la frescura, que era el único atributo de su belleza.

Ya no podía, en justicia, decirse de ella que era guapa, pero sí esbelta y distinguida.

Los rigores del clima y el rastro de melancolía que por fuerza había de quedarla acabaron de perfeccionar su temperamento apático, é hicieron de ella un ser indiferente y pasivo, que ni defendía los recuerdos fugitivos, ni alimentaba esperanzas nuevas...

Á pesar de que el alto cargo que su padre ejercía hiciera de ella una de las jóvenes principales de la Habana, dejábase ver poco, y ni tuvo pretendientes, ni el explícito deseo de sus padres de que *procurara decorosamente* un nuevo enlace la movió á echar el anzuelo ni tender las redes. ¿Era aquello un homenaje al muerto? Acaso era, más que eso, indiferencia hacia los vivos...

Á los tres años de residencia en la Habana, el vómito, que ya parecía ilusorio peligro, dispuso de la vida de los padres de Juana.

Si la viudez la sorprendió en circunstancias raras, la orfandad de ahora tal vez era más espantosa.

¡Otra combinación feliz de la muerte! Estos son sus *casos* favoritos. Cuando hiere á un viejo octogenario, á un recién nacido, á un pobre expósito, á un rico con herederos... la muerte no saborea sus víctimas; sus días de fiesta son aquellos en que, al segar una vida, deja en los vivos un dolor más insoportable que la muerte.

Esta vez, Juana creyó aplazada no más su muerte, pero muerto su porvenir.

Ya no era nada. Conoció de niña el fraternal cariño de una hermana, amó á un hombre, fué madre, vivió en la paz más dulce y cristiana con sus padres, ¡y de todo disponía Dios!

La felicidad era para ella como la comida de Sancho en su ínsula...

Una exhibición de dulces manjares, que al punto desaparecían de su vista.

Ni fortuna para vivir independiente, ni vocación religiosa, ni torpes inclinaciones que pudieran asegurarle el bienestar á costa de la honra...

¡Cuántos casos hay así! Vense en Madrid, en los mejores turnos de los teatros, en reuniones selectas (y cuando llega el verano, en playas y balnearios de moda), algunas muchachas

que alternan en la sociedad más escogida, merced á la posición *vitalicia* del padre. Gana éste lo bastante para vivir con holgura; no para dejar bienes: no escatiman gasto alguno que pueda contribuir á la mejor *colocación* de la hija, y si la muerte destruye los cálculos de longevidad, la estrella de las tertulias de cuarto principal, y de los viernes de Lara, desaparece, y tal vez acaba por ir á prestar sus fulgores á un sistema planetario más modesto.

Pero volvamos á Juana, que con su conformidad genuina esperó tranquilamente el día en que gastara el último ochavo. Entretanto podía resolverse el expediente de su orfandad. Vendió el mobiliario de sus padres y algunas joyas que conservó de su esposo, despidió la casa, y dispuso vivir en compañía de unos amigos, que se brindaron á recogerla mientras su expediente se resolvía.

Llegado el día de la mudanza, presentóse á Juana el dueño de la casa, un montañés enriquecido, de algo más de cuarenta años, que ya solía visitarla en vida de sus padres.

Sustancia de la visita. Discurso de él: «Soy solo y rico, necesito una compañera; usted me agrada y me conviene. ¿Agrado ó convengo yo?»

Juana no disimuló sus sentimientos. No pidió treguas ni quiso hacerse rogar.

Parecía enteramente aquello de:—¿Esquilo el perro?—Esquílelo usted.

Porque, como si no se tratara de ella, ó tuviera la respuesta preparada, dijo sencillamente:

—¡Bueno!

Y se casaron á los tres meses.

## V

Hay personas que son exigentes con la vida, y necesitan, para llevarla con placer ó resignación, tales condimentos que hacen cara su dicha, aunque logren acercar la realidad al nivel de los deseos.

Otras, como Juana, reducen sus aspiraciones, mantienen la

imaginación á pan y agua; parece que no encuentran manjares predilectos; comen de todo, sin apetito especial de nada, y por mucho que se ahonde, no se hallarán en su espíritu síntomas de ambición ni gérmenes de envidia.

Así consiguen ser felices á su modo, y acaso sin pensarlo, son viva contradicción de la naturaleza humana, pues parecen demostrar, adaptándose á todo y acomodándose con igual ductilidad á los designios de Dios y á la dirección del hombre, que no hay dicha más fácil que renunciar al libre albedrío y dejar la responsabilidad de su ventura á cargo de los demás.

Otra que Juana hubiera inquirido si en el ofrecimiento de Damián (su segundo esposo) predominaba la caridad sobre el amor; y con sutilezas bien comunes, abrigaría el recelo de que su marido considerara su enlace más que nada como un beneficio que la obligaba á perpetuidad á una esclavitud más ó menos dulce.

Á Juana eso no le importaba. ¿En qué moneda quería su marido que le pagara? ¿En amor, ó en gratitud? Le era lo mismo. Amante y agradecida, sumisa y despierta para complacerle, rodeábale de cuidados, servíale puntual, y ni siquiera le vendía la docilidad como un sacrificio costoso de sus gustos propios. Desde el primer día había entregado su libertad para que la administrase su marido.

Tuvieron un hijo en la primera... legislatura, y esta felicidad, que colmaba las esperanzas de Damián, le determinó á realizar sus bienes, retirarse de los negocios y volver á su tierra natal, á esperar con calma los ya cercanos días de la vejez.

Embarcáronse para España y... ¡á que se figuran ustedes que yo, acumulador de desdichas y episodios tristes, voy á contarles un naufragio á lo Julio Verne!

Pues, no señor, nada de eso; llegaron felizmente á Santander, y de allí se dirigieron á Cortiguera, que era el pueblo de Damián.

Pasaba éste de los cuarenta, y aunque esta edad no señala el ocaso de la vida, éralo para quien, como él, se agostó prematuramente en una lucha reñidísima por la existencia.

Abandonó muy joven la tierra patria, y sin descansar un día, robándole horas al sueño y gustos al apetito, fué juntando un caudal crecido, no sólo con el móvil egoísta de asegurar los días de la vejez, sino por el generoso impulso que, por raro contraste, es más común en los hombres laboriosos, de que el fruto de sus afanes hiciera la felicidad de otro ser, de otra familia, de otra generación.

Juana, en cambio, no podía considerar aquella nueva vida como un retiro definitivo. Contaba sólo veinticuatro años, y su apacible pesimismo le decía que... aún quedaba mucho desierto por delante...

Tenía ya el miedo de vivir... Querría pasar los años de diez en diez, y acabar pronto.

En verdad que si me detuviera á contar al pormenor la vida que llevaba Juana en Cortiguera, describiendo el paisaje y el vecindario, las costumbres del país y la parentela de Damián, esto podría ser una novela de *tomo... y lomo*.

Pero ya han visto ustedes que he pasado por alto lindezas tales; quiero yo, al menos una vez, imitar á los novelistas castellanos del siglo XVII, que ensartaban los sucesos despojándolos de pormenores de lugar, menos precisos, en mi opinión, de lo que suele entenderse ahora para el fin que los autores persiguen y el deleite que los lectores buscan.

JOSÉ CÁNOVAS Y VALLEJO.

(*Concluirá.*)





## NOTICIAS SOBRE LA IMPRENTA Y EL GRABADO EN FILIPINAS

(Conclusión) (I).

42. *D. Nicolás de la Cruz Bagay*.—Era un indio tagalog, impresor, grabador y autor; parece haber sido el más notable tipógrafo y grabador que ha habido en Manila. No conozco libro impreso por él anterior á 1745, pero mucho antes, en 1734, fué el que grabó el primer mapa detallado (digo *detailed*, porque en esto fué *el primero*) de Filipinas, que por orden del Rey había formado el jesuita Murillo Velarde antes citado. Cuando hablemos de los grabadores, nos ocuparemos de Cruz Bagay para apuntar sus obras de aquel género, en las que llegó á una altura que muchos modernos, en Filipinas, querrían hoy alcanzar. El libro de que acabo de hacer referencia, es:

43. «Parocho de indios instruído. Idea de un perfecto pastor... por Fr. Casimiro Díaz. *En Manila, en la imprenta*, etc. »Año de 1745». En 4.<sup>o</sup> de 13 h s n., 273 pp. Es una obra destinada á los curas de Filipinas y su autor era un fraile agustino que continuó la *Conquista de las islas Filipinas* del P. San Agustín. Es una obra rarísima, y la que logré ver, pertenecía al

---

(I) Véase la pág. 531 de este tomo.

abate Favre, mi inolvidable maestro en la Escuela de lenguas orientales de París.

Conozco también de Cruz Bagay el siguiente libro:

44. «Arte || de la lengua bisaya || de la provincia de »Leyte || ... por el P. Domingo Ezquerro... *Reimpresa con las »licencias, etc... Año de 1747.*» En 4.<sup>o</sup> de 4 h s n; 88 f f. en finísimo papel de china, que adquirí en Londres por 15 libras esterlinas. Su autor fué un jesuita y la primera edición debió aparecer en 1662, fecha de las licencias y aprobaciones. Antes del pie de imprenta va una estampilla de la Compañía y la portada tiene una orla. La impresión es buena y contiene un alfabeto usado por los bisayas, del que di cuenta en un folleto que publiqué en 1884 sobre la antigua escritura de los filipinos.

45. La obra del célebre jesuita Murillo Velarde, que al principio cité, fué impresa por Bagay en 1749 con una portada con orla y el título á dos tintas, negra y roja, siendo su impresión muy esmerada. Este libro lleva una lámina grabada en cobre por *Laureano Atlas* y una reproducción del mapa de Filipinas del P. Velarde reducida por el mismo Bagay á menor escala (casi la mitad) que el que grabó en 1734. Este libro, uno de los más apreciados por los filipinistas, no es, sin embargo, de los más raros. El Sr. Retana posee en su biblioteca un ejemplar; yo tengo otro en la mía, que es del Dr. A. R. Jurado, y conozco, en la biblioteca del British Museum, un ejemplar (marca, 1232. K. 10), otro en la Bibliothéque nationale de París (Ol. 437), sé de otro que tenía Bernard Quacitch de venta, y finalmente, no me es extraño el de la biblioteca del conde de Benahavis, que perteneció á Salvá.

46. En 1751 imprimió el 2.<sup>o</sup> tomo de la traducción tagálog del *Pedagogo cristiano* del jesuita Dontreman, obra rarísima cuyo primer volumen es totalmente desconocido, y en 1754 el célebre *Vocabulario de la lengua Tagala* del P. Juan de Noceda, que era un jesuita nacido en Manila, libro en folio á dos columnas de 15 h s n. 619, 34 y 190 pp., publicado por el P. San Lúcar.

La última impresión que conozco de Cruz Bagay es la siguiente: «*Meditaciones...* por el P. Zalagar... Traducido al tagálog por el P. Herrera (agustino)... *Impreso con las licen-*

»cias, etc... Año de 1762.» Es un pequeño en 4.<sup>o</sup> de fino papel de china de excelente calidad, con 12 h s n., 175 ff. y 12 f s n. que tengo en mi biblioteca gracias á la amabilidad del reputado médico filipino D. Gervasio de Ocampo.

Cruz Bagay debió ser el último que imprimió en el Colegio de los jesuitas, que en 1767 fueron expulsados de Filipinas, saliendo de Manila el día 12 de Febrero del mismo año. Sus bienes pasaron á manos del Rey y la imprenta siguió la misma suerte, pasando algún tiempo después al poder del arzobispo bajo el nombre de *Imprenta del Seminario*, etc.

### Imprenta de los franciscanos.

47. *Imprenta de Pila*.—Una de las obras más antiguas que existen impresas en Filipinas, proviene de esta imprenta. Tomás Pinpin, que yo supongo propietario por compra ó herencia de la primera de Bataan, se estrenó como tipógrafo con la obra siguiente.

48. «Vocabular de la leng || gva tagala || ... Por Fr. Pedro »de San Buena Ventura... || ...Con licencia. *Impresso en la noble »villa de Pila, por Thomás Pinpin y Domingo Loag || Tagalos. || »Año de 1613.*» En folio de 3 h s n., 707 páginas. Al final de la primera parte trae el siguiente colofón: «Fin de la primera parte del vocabulario de la lengva tagala. En el cual puso la primera mano y pluma A. 20. días del mes de Mayo del año de »1606. Y acabóse de imprimir oy 27 de Mayo del año de 1613.» Poseo en mi biblioteca un ejemplar muy malparado de este rarísimo libro, en el que el autor no olvidó poner los antiguos caracteres de la escritura tagala. En la biblioteca de los frailes franciscanos de Manila, existen dos ejemplares no completos, y en la del British Museum he examinado el magnífico ejemplar que se conserva con su primitiva encuadernación (marca 12.942. i. 4). El número de erratas que se encuentran en este libro es enorme, pero se comprende al considerar que los que lo imprimieron *se ejercitaban por primera vez en este género de trabajos*, como dice el autor en su prólogo.

Uno de los impresores, Tomás Pinpin, ya lo conocemos por

ser el que imprimió en los colegios de Santo Tomás y de los jesuitas, y haber publicado en Bataan un libro suyo (ver números 3, 5 y 34).

Quisimos haber hablado de esta imprenta antes que de las de Bataan y del Colegio de Santo Tomás, por ser el lugar que cronológicamente le correspondía, pero por no separarla de los otros establecimientos de los PP. franciscanos la he traído aquí. En rigor, esta imprenta debía ir en lugar separado, porque considero que fué propiedad de Pinpin, como lo dije en otro lugar; pero ya que funcionó en un convento de franciscanos, y que si no fué de ellos, no cabe duda que la dieron vida y albergue en una casa de su orden, creo que debo hacer aquí mención de ella. Ya di noticias relativas á Tomás Pinpin: de su compañero *Domingo Loag* no tengo ninguna, y en este *vocabulario* es en donde, por primera y única vez, veo su nombre.

Tampoco he podido averiguar nada relativo á la imprenta de Pila, que indudablemente se estrenaba con el vocabulario citado. Esto viene á confirmarme en mi suposición de que no fué de los franciscanos, y que Pinpin se presentó á ellos á ofrecerles sus servicios. El pueblo de Pila está situado en la provincia de la Laguna (Luzón), y fué fundado en 1578 por los frailes franciscanos Juan de Plasencia y Diego de Oropesa. Estaba entonces enclavado dicho pueblo frente á la misma laguna (de Bay) que da su nombre á la provincia, en un sitio llamado Palangan; pero para evitar las frecuentes inundaciones á que estaba expuesto, se trasladó en 1800 al sitio que actualmente ocupa. En el año 1599 obtuvo el cura de Pila licencia para construir una iglesia de piedra, que quedó terminada poco tiempo después, lo mismo que un convento del mismo material. Estas son las noticias que de la noble villa de Pila, como dice el pie de imprenta citado, encuentro en la obra del P. Huerta (1), que no dice una palabra de la imprenta, y parece que ignoró por completo su pasada existencia, porque al referirse en otro lugar al vocabulario del P. San Buena-ventura (núm. 48), que era de su misma orden, dice que fué

(1) Huerta. *Estado geográfico, etc.* Binondo, 1865.

*impreso en Manila.* El fraile franciscano P. Gómez Platero (1) comete el mismo error, no explicable, existiendo como me consta, por haberlos visto en la biblioteca de su convento de Manila, los dos ejemplares que dije de este libro.

No conozco otra producción de la imprenta en Pila, pero supongo que provenía de ella el *Memorial de la conciencia*, que según Huerta publicó en español-tagálog un Sr. Miguel de Talavera en 1617. La circunstancia de haber muerto este franciscano en el convento de Pila, me hace suponer que durante su permanencia en él se le ocurrió publicar su libro.

El P. Fr. Pedro San Buenaventura, autor del vocabulario, fué á Filipinas hacia 1594, y parece que le dedicaron á la conversión y administración de los pueblos de la Laguna. En el colofón que citamos, se dice que dicha obra la empezó el autor en 1606, pero su impresión no pudo haberse empezado antes de 1611, por haber sido este año cuando el P. San Buenaventura fué á Pila como guardián de aquel convento de San Antonio.

La imprenta debió cesar de funcionar en este pueblo cuando el P. San Buenaventura salió para otra misión, quizás por 1620, en cuya época Tomás Pinpin se fué con su material á trabajar al colegio de Santo Tomás.

49. *Imprenta de Tayabas.*—Díaz Puertas, en su memoria, no menciona como imprenta de franciscanos más que la de Sampaloc. Aunque yo creo que no tuvieron propia más que ésta, sé que no siempre funcionó en aquel pueblo, y creo que cuando el material llegó á Filipinas, fué á Tayabas primero, y luego á Manila, Dilao y Sampaloc.

En Tayabas la estableció el P. Antonio de Santo Domingo, fraile franciscano. El P. Huerta dice de este religioso... «en 1699 salió electo ministro provincial, cuyo cargo desempeñó con mucho celo... mandando cinco religiosos á las misiones de estas islas, y dos á Conchinchina, estableció imprenta en Tayabas, y dió á la prensa el diccionario Tagálog, compuesto por Fr. Domingo de los Santos...» Es todo lo que sé de esta imprenta; y en cuanto al diccionario, no conozco en Europa

(1) Gómez Platero. Catal. biográfico de PP. franciscanos. Manila, 1880.

otro ejemplar que el que tenía el orientalista inglés Marsden, perteneciente hoy, con toda la biblioteca de este sabio, la Marsdericana, al King's College de Londres. En la biblioteca de su convento de Manila, conservan los franciscanos otro ejemplar en perfecto estado.

50. «Vocabulario || de la Lengua Tagala. || Primera y segunda parte || ... || Compuesto || por nuestro H. Fray Domingo || de los Santos... || *Impresso en la muy noble villa de Tayabas* || *Anno Domini* MDCCII.» En fol. de 12 p s n., 884 pp. para la primera parte y 77 pp. para la segunda. En medio de la portada, encima del pie de imprenta, hay un mal grabado sobre madera, cuadrado, con un perfil de busto en el centro, y alrededor del busto estas palabras: «Ego sum via; veritas et vita,» y de un lado, «Pax,» y del otro «Vobis,» todo en tinta roja.

51. *Imprenta de San Francisco.*—El convento de Manila tuvo también su imprenta, ó con más exactitud, *alojó en su día la imprenta.* No la he visto citada en ninguna crónica, y lo único que nos revela su existencia son los libros siguientes que tengo en mi biblioteca.

52. «Librong || Ang pangalan, ay || Caolayas nang Calolova || ... || Tercera Impresión con las Lic. necesarias || en el convento de N. P. S. Francisco de || Manila, Año MDCCV.» Pequeño en 4.º Mi ejemplar, incompleto, tiene 2 h s n. y luego no alcanza más que al folio 26. El P. Huerta dice que la primera edición de esta obra, cuyo autor fué el franciscano P. Jerónimo Montes, apareció en 1648 impresa por Tomás Pinpin. Encima del pie de imprenta de mi ejemplar, va una estampilla con la cifra de Jesús, como la usa la Compañía.

El otro libro que tengo, lleva el mismo pie de imprenta, es también de 1705 y su autor Fr. Antonio de San Gregorio, franciscano, titulándose: «Misterios principales de nuestra Santa Fe, etc...» Pequeño en 4.º de 16 h s n., 218 f f. Inútil es añadir que los dos ejemplares son rarísimos.

53. *Imprenta de Dilao.*—Del jesuita P. Clain poseo en mi colección la siguiente obra en tagalog.

54. »Ang inhiernong na bvbvcsan || sa tavong Christiano || ..... || *Linimbag sa convento naug Dilao* || nang H. Fran-

»cisco de los Santos, nang taong, 1713.» En 4.<sup>o</sup> de 8 h s n., 401 pp. y numerosos grabados. El pie de imprenta traducido al español quiere decir: *Se imprimió en el convento de Dilao por el Hermano... en el año 1713.* Es la única impresión que conozco hecha en Dilao, pueblo cercano á Manila, llamado también Paco y San Fernando de Dilao.

Al principio de la obra van unos versos hechos en honor del P. Clain, por *Francisco Rodríguez*, maestro de imprenta de San Francisco. ¿Existía entonces aún, la imprenta de San Francisco, ó era aquella misma la que vino á instalarse á Dilao en el convento de franciscanos que administraban aquella misión? Me inclino á creer esto último, y me explicaré más adelante sobre las emigraciones de estas prensas.

El hermano *Francisco de los Santos*, que imprimió el libro anterior, dió también á la estampa en 1708 una obra del franciscano Domingo Martínez, titulada *Exposición de la doctrina christiana en idioma bicol*. El P. Huerta dice que fué impreso en Manila por Francisco de los Santos en 1708.

55. *Imprenta del Convento de Sampaloc.*—Los eruditos que quieren evidenciar sus conocimientos en las cosas de Filipinas, dicen frecuentemente: «La imprenta de Sampaloc, que fué la primera que se fundó en Filipinas...» Otros se imaginan que fué la única que allí existió en los pasados tiempos, y he leído, en fin, un celebrado autor que escribió: «La imprenta que los jesuitas tenían en Sampaloc...»

El P. Huerta no dice de ella más que lo siguiente: «En este »convento (pág. 59) de Sampaloc hubo comunidad de religio- »sos y fué casa de noviciado desde 1614 hasta 1619. El año »de 1692 estableció esta provincia de San Gregorio en este »mismo convento una imprenta, que por largo tiempo fué de »grande utilidad á estas islas...»

Díaz Puertas, sin citar de dónde tomó sus informaciones, dice: «...en 1692 el P. Provincial de franciscanos envió un religioso de su orden á Goa con encargo de comprar tipos y demás material de imprenta. Llegaron los tipos y se estableció la imprenta en un solar próximo á San Marcelino, y después se trasladó á Sampaloc, instalándose en un camarín construído al efecto al Sur de la iglesia y distante unas ciento

cincuenta varas del convento.»—Hemos visto, por otro lado, que la imprenta de Tayabas fué fundada por Fr. Antonio de Santo Domingo en 1699, cuando le hicieron provincial (número 49). Huerta dice además, refiriéndose al mismo religioso, que en 1692 «fué electo custodio y en el mismo año salió para España haciendo su viaje por la *India oriental*...» Ahora bien: si se fundó la imprenta en Tayabas en 1699, es indudable que mucho tiempo antes, probablemente algunos años, dadas las escasas y difíciles comunicaciones en aquella época, se hizo el encargo de adquirir los tipos y material. Como en 1692 fué el Fr. Antonio á España por la *India oriental*, supongo que pasaría por Goa á comprar las prensas, y que en esta fecha de 1692 no se fundó ninguna imprenta, sino que solamente se decidió su adquisición. Después me explico así la historia de esta imprenta: á su llegada á Filipinas, y por razones que desconozco (quizás porque el barco que la conducía se viera obligado á descargar en la costa de Tayabas, como ocurría amenudo en aquellas navegaciones que, cuando llegaban á buen término, no siempre terminaban donde se quería, sino donde forzaban las circunstancias), debió instalarse en la cabecera de la provincia hasta nueva orden, funcionando allí algún tiempo hasta que se decidió traerla á Manila al convento principal de los franciscanos, en donde funcionó durante pocos años: luego la debieron llevar á Dilao (por lo cual Díaz Puertas dice que, según sus noticias, se instaló en San Marcelino, y Dilao estaba en aquella época donde hoy se halla San Marcelino), trasladándola más tarde y por último á Sampaloc. Estas suposiciones mías las veo confirmadas por el P. Gómez Plateco, que dice, hablando de un Fr. Juan del Sotillo, «que se ocupó de la imprenta que la provincia de San Gregorio tuvo en Dilao y después en Sampaloc.»

En cuanto al lugar que ocupó en este último pueblo, Díaz Puertas lo ha señalado con exactitud: recuerdo que en 1889, un día que visitaba al cura de aquel convento, Fr. Ramón Cabiedas, hablando de la imprenta antigua, me llevó á una ventana que daba á un inmenso patio desierto, y señalándome en un rincón lejano un pequeño edificio de planta baja completamente arruinado, me dijo que allí funcionó la imprenta en sus días.

No puedo decir la fecha de su instalación en Sampaloc: es indudable, sin embargo, que no fué en 1692, como dice Huerta, y supongo que pudo ser sólo en 1716. El libro más antiguo que conozco de aquellas prensas, es el siguiente de mi biblioteca.

56. «La razón de las medidas y en el mismo hecho la prueba... *Impresso con las licencias necessarias en el convento de Nuestra Señora de Loreto del pueblo de Sampaloc. Año de 1717.*» En folio. Mi ejemplar, después de cuatro h s n., alcanza sólo á la página 184. Todas las páginas con orla.

57. Uno de los libros más importantes que se imprimieron entonces, fué la obra del almirante D. José Gonçález Cabrera y Bueno: «Navegación especvlativa y práctica... *Impresa en Manila en el convento de Nuestra Señora de los Angeles, de la orden de Nuestro Seráphico Padre San Francisco. Año de 1734.*» (El convento en cuestión no es otro que el de Sampaloc.) En folio, de 10 h s n., 393 páginas, 2 h s n., con planos y grabados, por Nicolás de la Cruz Bagay, de quien ya hablamos al hacerlo de la imprenta de los jesuitas (núm. 42). Á mi ejemplar le faltan algunas láminas.

Otro libro más que tengo, es la segunda edición del Arte pampango, del P. Bergaño, de cuya primera hablé antes (número 41). Es del 1736, en 4.<sup>o</sup>, de 15 h s n., 219 páginas y 1 h s n., con todas las páginas orladas y de buena impresión. El Vocabulario pampango, del mismo autor, se imprimió en Sampaloc también algunos años antes, en 1732. En ninguno de estos libros se menciona el nombre del impresor, que sólo aparece en 1738, y fué el siguiente.

58. *Fr. Juan del Sotillo.*—De sus manos salió quizás el mejor trabajo tipográfico de aquella época, que es al mismo tiempo una de las historias más apreciadas.

59. «Chronicas de la Apostolica Provincia de San Gregorio... de San Francisco en las islas Philipinas... por el P. Juan Francisco de San Antonio... *Impressa en la imprenta del uso de la propia provincia, sita en el convento de Nuestra Señora de Loreto del pueblo de Sampaloc, extramuros de la ciudad de Manila, por Fr... Año de 1738*» (al 1744). Son tres tomos en folio. He citado todo el pie de imprenta, por los detalles que men-

ciona. Las portadas de cada tomo están orladas y á dos tintas, negra y roja, con grabados por Laureano Atlas. El ejemplar de mi biblioteca contiene el grabado del tomo III, que es raro encontrarlo en los ejemplares de esta obra.

La primera edición de la excelente Gramática tagalog, del P. Totanes, salió de las prensas de Sampaloc en 1745. Es de una bonita y elegante impresión, pero no se indica quién la imprimió, aunque supongo que fuera el mismo P. Sotillo, que permaneció en la imprenta hasta 1758.

El P. Gómez Platero trae una nota biográfica de Fr. Juan del Sotillo, que nació en el pueblo de su nombre (diócesis de Avila) en 1701. Profesó en la provincia de San José y llegó á Manila de corista en 1724. Se le ocupó casi siempre en la imprenta de su orden, y murió en 1762 en el pueblo de Santa Cruz (Manila).

60. *Baltasar Mariano*.—Era un indio, hermano donado de San Francisco, que profesó antes de morir en 1794. De él poseo diversos libros impresos de 1788 á 1794, entre los cuales los más importantes son los tomos VI al XIV de la *Historia general de Filipinas*, de Fr. Juan de la Concepción, que se imprimieron de 1788 al 1790: los otros tomos provenían de la *imprenta del Seminario*.

También hizo la segunda edición del Vocabulario tagalog, del P. de los Santos, cuya edición original se hizo en Tagabas, como vimos antes (núm. 50). Es de 1794, en folio, con la portada orlada y un mal grabado en madera representando una cruz, de 3 h s n., 841 y 76 pp. La impresión es mala y fué la última que salió de manos de este hermano, que, por cierto, no pudo componer más que hasta la página 32, porque le sorprendió la muerte. Continuó la impresión y le reemplazó en la imprenta, el lego,

61. *Pedro Argüelles de la Concepción y Guzmán*.—Era natural de Binondo y profesó en 1797, muriendo en Manila, en 1814, á la edad de cuarenta y ocho años.

Desde el 1788 las producciones de esta imprenta son deplorables y no mejoran bajo la dirección de este lego, que imprimió en 1795 el *Arte bicol*, del franciscano Fr. Andrés de San Agustín, cuyas condiciones tipográficas son malísimas.

62. En el pie de imprenta de un libro titulado «Sagradas rúbricas del misal romano» lleva Argüelles el título de fray, porque, como dice Gómez Platero, profesó en 1797. La última obra que de él conozco es la «Historia de las Islas Philipinas, del recoleto Fr. Joaquín Martínez de Zúñiga. *Impreso en Sampaloc por Fr... Año de 1803.*»

El P. Huerta dice, que los franciscanos dejaron de ser propietarios de la imprenta, que pasó á manos de los cofrades de la tercera orden de San Francisco en 1808. Quizás este cambio se verificase antes de este año, y lo sospecho por el pie de imprenta de la Historia del P. Zúñiga. De todos modos, los tipos, las prensas y todo el material, debían estar en un estado vecino á la absoluta inutilidad, á juzgar por las producciones de los años comprendidos entre 1780 al 1830.

### Imprenta del Seminario del Arzobispado.

Á la salida de los jesuitas de Manila en 1767, como queda dicho, sus bienes pasaron á manos del Gobierno, que hizo entrega de la imprenta al arzobispo. El colegio ocupado por los jesuitas, pasó á ser seminario y la imprenta siguió funcionando en el mismo local, que solamente cambió de nombre al variar de propietario. No puedo fijar en qué año cambió el nombre de la imprenta, ignorando si siguió funcionando sin interrupción á la salida de los jesuitas ó si permaneció cerrada algún tiempo, que sería lo más probable. Lo que puedo decir es, que el impreso más antiguo que de esta imprenta tengo, es de 1771. Es una carta pastoral del arzobispo D. Basilio Sancho, etc., lanzada á consecuencia del temblor sufrido en Manila el mismo año. El pie de imprenta dice:

63. «*En Manila. En la imprenta del Rey Nuestro Señor (que Dios guarde), la qual tiene á ley de depósito el Seminario Conciliar de este Arzobispado. MDCCLXXI.*»—En folio, de 99 páginas, sin portada, con 1 p s n. en la que va el anterior colofón.

Dirigieron la imprenta los siguientes:

64. *Pedro Ignacio Ad-Víncula*, que por su nombre se pue-

de asegurar fué un indio; imprimió por 1773 á 1783. Lo primero que de él tengo es:

65. «Carta pastoral, que dividida en quatro partes, dirige  
»á los Sacerdotes, predicadores, etc... el Ilmo. Sr. D. Basilio  
»Sancho... *En la imprenta del Seminario eclesiástico*, etc.... *Año*  
»*de 1773 al 1775.*» En folio. La impresión es muy buena, pero  
el papel, de china ordinario. Después, para no citar otras, apun-  
taré la más moderna impresión de Ad-Víncula, que era al mis-  
mo tiempo grabador.

«Alocución que en el día veinte de Enero de año de mil  
»setecientos ochenta y tres, cumpleaños del Rey... D. Car-  
»los III... pronunció... D. Basilio Sancha... *En la imprenta*, etc.  
»*Año de 1783.*»

66. *Cipriano Romualdo Bagay*.—Pariente sin duda del cé-  
lebre Nicolás de la Cruz Bagay. No conozco impreso por él  
más que la siguiente carta pastoral del citado arzobispo San-  
cho, que existe en mi biblioteca. El pie de imprenta dice: «*En*  
»*la imprenta del Seminario Conciliar y Real de San Carlos,*  
»*por... Manila. Año de 1786.*» En folio de 12 páginas.

67. *Agustín de la Rosa y Balagtás*.—Este fué el que impri-  
mió los cinco primeros tomos de la Historia general de Phil-  
pinas, del recoleto Fr. Juan de la Concepción, y que vieron la  
luz en 1788.

Después de esta fecha, no he visto ni conozco otra obra que  
provenga de esta imprenta, y como la obra citada acabó de  
imprimirse en Sampaloc (núm. 60), es permitido sospechar  
que fué por haber dejado de funcionar este establecimiento.  
La impresión de dichos cinco tomos es atroz; pero tampoco  
eran más lucidas las obras que provenían de Sampaloc ni de  
Santo Tomás, como si todas aquellas prensas estuvieran fati-  
gadas, dislocadas, con los tipos borrosos, todo agonizante por  
un uso prolongado y un trabajo de más de un siglo, durante  
el cual quizás no se hubiera renovado el material.

### Imprenta de los agustinos.

68. *Imprenta de Lubao*.—Según dice el P. Fr. Gaspar de San Agustín, en su «Conquista de las islas Philipinas» (página 249), en el convento de Lubao, pueblo de la provincia de la Pampanga, había «vna muy buena Imprenta, traída del »Japón, en la que se imprimían muchos libros, assí en la lengua Española como Pampanga y Tagala.» Esta imprenta debió existir hacia 1650, pero desgraciadamente no conozco ninguna de sus producciones, ni tengo noticia concreta de ella.

### Otras imprentas.

69. *Imprenta de Sampaloc*.—Ya hemos visto que se titulaba así, á secas, en la obra del P. Zúñiga (núm. 62), la que se llamó antiguamente del *convento de Nuestra Señora de Loreto*. Parece que en 1806 tuvo por gerente un llamado Vicente Atlas, grabador. Después la dirigieron:

70. *Jacinto de Jesús Labajos*.—En un «Real reglamento del año 1734» veo este pie de imprenta: «*En la imprenta de »Sampaloc, por fr. Jacinto. Año de MDCCCXI.*» Peq. en folio de 1 h s n., 48 páginas, portada con orla.

Era un lego que, según Gómez Platero, llegó á Manila, en 1805.

71. *Fr. Francisco Alcántara*.—Este fraile franciscano llegó á Filipinas en 1790, y después de haber sido archivero del convento de Manila, se le nombró cura de Sampaloc desde 1805, en donde permaneció hasta su muerte en 1827. Tengo de él:

«Fundaciones de las Obras Pías del general D. Fernando »Angulo... *Impreso, etc... Año de 1822.*» En 4.<sup>o</sup>, papel de arroz, de 270 páginas.

72. *Antonio Llanos y Valdés*.—Imprimió de 1822 al 1827 ó 28. De él tengo la «Constitución política de la monarquía »española promulgada en Cádiz... en 1812. Reimpresa, etc...

»*Año de 1822.*» Peq. en 4.<sup>o</sup> de 120 pp., 1 h s n. papel de hilo. La Constitución se promulgó en Filipinas gobernando las islas el general Folgueras.

73. *Cayetano Julián Enríquez.*—Dirigió la imprenta de 1827 al 1836, por lo menos.

74. *Calixto Alcántara.*—Fué, al parecer, el último que imprimió en Sampaloc. Dice Díaz Puertas que en 1846 se cerró aquel establecimiento y que la última obra que se imprimió fué la «novena de Nuestra Señora de los Remedios.» Calixto Alcántara era *fiscalillo* de la iglesia de Sampaloc y había sido *gobrnadorcillo* del mismo pueblo.

Hubo en Sampaloc fundición de letras que tuvieron á su cargo los hermanos Félix y Eleuterio Luciano. Las tintas las hacían por el primitivo sistema del saco. Finalmente, la mayor parte de los impresores indios del día, son naturales de Sampaloc, siendo en la mayoría descendientes de aquellos primeros impresores (*Díaz Puertas*).

75. *Imprenta Filipina.*—Debió hallarse situada en Sampaloc. No he hallado noticias referentes á ella y sólo conozco las producciones de sus prensas que tengo en mi biblioteca, entre las cuales citaré las dos siguientes:

*La Filantropía*, semanario que principió á publicarse en 1821, y que con *El Noticioso Filipino* y *El Ramillete Político* fué uno de los primeros periódicos que vió la luz en Manila. Estaba impreso en papel de arroz y constaba de 12 páginas en 4.<sup>o</sup>, en su principio, y luego, de 20. Los que han citado este periódico le llaman *El Filántropo*; pero puedo hacer esta rectificación con vista de los números que tengo de él.

El libro más moderno que salió de esta imprenta es uno en tagalog.

«Maiching casulatan na caonian nang di mabilang na man-  
»ga daraquilang biyaya, etc... por Esteban Díez... *Imprenta de... Año de 1831.*»—Pequeño en 4.<sup>o</sup> de 124 páginas, papel de arroz.

76. *Imprenta de D. Manuel Memije.*—No sé cuál fuera la fecha de su fundación ni en dónde adquirió sus tipos y material, pero la más antigua producción que de ella conozco, consiste en las obras del coronel de ingenieros D. Ildefonso de

Aragón, que dan pobrísima idea del establecimiento á cargo entonces, de un tal D. Anastasio Gonzaga. Estas obras son de 1819-1820, y se refieren á estadística, demografía, descripción topográfica, etc., de Manila y provincias de Luzón, habiendo sido impresas por orden del Ayuntamiento de la capital. Las condiciones tipográficas son verdaderamente deplorables, siendo tan malas las de otras producciones de aquella época en otras imprentas de la localidad.

Según Díaz Puertas, se cerró en 1830 á 32 por fallecimiento de su propietario y su material lo adquirió luego una sociedad que se tituló «Los Amigos del País.»—También dice que funcionó el establecimiento en la calle de la Solana, núm. 20, en extramuros.

77. *Imprenta nueva de D. José María Dayot.*—Tengo producciones de ella de 1832 al 38, siendo su impresor D. Tomás Oliva, que años antes imprimía en Cavite (núm. 93).

Á la muerte de su propietario pasó á sus hijos.

78. *Imprenta de D. Manuel y Félix Dayot.*—La principal obra de esta imprenta fué la 2.<sup>a</sup> edición del raro diccionario Bisaya del P. Métrida en 1841, en folio de 827 páginas (número 8).

Parece que se vendió esta imprenta á la viuda de D. Cándido López, que en un tiempo regentó la del Colegio de Santo Tomás (núm. 26).

79. *Imprenta de la viuda de López.*—En ella se publicó el primer periódico *diario* que apareció en Manila, *La Esperanza*, y que, según Díaz Puerta, dejó de publicarse en 1854, en cuya época se vendió la imprenta á un indio y un chino cuyos nombres desconozco. Al año de esta venta, dice Díaz Puertas, los dueños y operarios fueron encarcelados, saliendo absueltos del delito que se les imputaba, pero permaneciendo cerrada la imprenta.

80. *Imprenta de Los Amigos del País.*—Ya hemos visto (número 76) que el material de la de D. Manuel Memije lo adquirió la Sociedad de este nombre que la componían D. Ramón Rincón, D. Antonio Hidalgo y los médicos D. Manuel Cos y D. Antonio Codorniú y Nieto, este último miembro hoy día de la Real Academia de Medicina de Madrid y autor de

una *topografía médica de Filipinas*. Comenzó á funcionar esta imprenta en 1840 y hasta 1847 fué su gerente D. Feliciano Calvo. Después vino, hasta 1858, D. Miguel Sánchez, español peninsular, uno de los más antiguos, activos y más inteligentes tipógrafos que por allá ha habido. En 1859 regentó don Esteban Plana, que más tarde, lo mismo que Sánchez, estableció una imprenta por su cuenta.

El número de obras salidas de esta imprenta es considerable, y sólo diré, para terminar, que en el día funciona aún, y que cada vez hace progresos en su instalación y producciones.

81. *Imprenta de D. Lorenzo Moreno Conde*.—Dice Díaz Puertas que se estableció en 1852 en el arrabal de San Miguel, y que duró poco tiempo.

82. *Imprenta de D. Miguel Sánchez y Compañía*.—Tengo libros salidos de estas prensas, establecidas en la calle de Anboague (Binondo), de 1865 al 69.

83. *Imprenta del Boletín Oficial de Manila*.—En 1855.

84. *Imprenta de D. Manuel Ramírez*.—Hacia 1847 se fundó esta imprenta, que después se llamó de *Ramírez y Giraudier*, y ha venido á ser hoy la de *Ramírez y Compañía*. El primer periódico ilustrado que vió la luz en Manila, la *Ilustración Filipina*, se imprimió en la de R. y Giraudier (1859 y 60), pereciendo por falta de lectores. En ella principió también á publicarse en 1848 *El Diario de Manila*, que es actualmente el decano de las publicaciones periódicas de Manila.

85. *Imprenta Militar*.—Se había fundado en 1864 y se cerró en 1873. Las imprentas de Ramírez y Amigos del País adquirieron su material.

86. *Imprenta de Bruno González Moras*.—Funcionaba en Binondo en 1869-70.

87. *Imprenta de la Revista Mercantil*.—Fundada en 1867 por D. Joaquín Loyzaga, es la única que, según Díaz Puertas, posee en Manila tipos musicales. En ella principió á publicarse *El Comercio*, diario de la tarde que después se llamó *Diario de Avisos*, lo mismo que la *Revista Mercantil*. Hoy día es propiedad del Sr. Díaz Puertas, por cuya razón, en la memoria de que hablamos, se abstiene este señor de hablar de ella en los

términos que se merece. Funciona en una casa hecha precisamente para el caso, con un magnífico material admirablemente organizado y dirigido por este simpático y laborioso gaditano, que desde tantos años trabaja en Filipinas con igual perseverancia por el adelantamiento de aquella región y la gloria de España. El Sr. Díaz Puertas es también en el día el director de *El Comercio*, que cuenta con veinticuatro años de existencia, y es después de *El Diario* el más antiguo de Manila.

88. *Imprenta de Manuel Pérez Hijo*.—Fué fundada en 1865 por el conocido propietario D. Manuel Pérez, que falleció hace cuatro años. Actualmente es una de las mejor montadas de Manila, moviéndose por el vapor sus máquinas. En ella se ha publicado en varias ocasiones *La Gaceta de Manila*.

89. *Imprenta del Porvenir Filipino*.—Fundada en 1865 por D. Diego Jiménez, español peninsular, fué la primera que tuvo una máquina de doble retiración en Filipinas. Dejó de existir en 1877, y su material fué comprado por unos naturales de Vigán. En ella se publicó el diario de su nombre.

90. *Imprenta de la Ciudad Condal de Plana y Compañía*.—En 1872 el industrioso barcelonés de quien ya hemos hablado (n.ºs 33 y 80) D. Esteban Plana, fundó este magnífico establecimiento, á cuyo frente se puso junto con su hermano D. Antonio. De aquí han salido las mejores producciones de la imprenta en Filipinas, figurando entre ellas la edición de lujo de la *Flora*, del P. Blanco (1877). Estaba la imprenta en todo su apogeo, todo sonreía al laborioso propietario de ella, cuando, en el memorable incendio que en 1881 destruyó parte de la calle de la Escolta, se quemó la casa con casi todo el material. Lo poco que se salvó lo vendió Plana al señor D. Salvador Chofré, que bajo el mismo título de Ciudad Condal estableció la imprenta. El Sr. Plana, después de tan rudo golpe, anciano ya, enfermo y cansado de una vida llena de trabajo en Filipinas, se volvió á Barcelona, en donde murió hace pocos años en brazos de su hijo querido, un distinguido médico militar que vino de Cuba á tiempo para poder cerrar los ojos del que fué en Manila un vivo ejemplo de la honradez y laboriosidad catalanas.

91. *Imprenta de Chofré y Compañía*.—Formada al princi-

pio con los restos de la anterior, como he dicho, es hoy día una de las mejor montadas en Manila.

92. *Imprenta de la Oceanía Española*.—La fundó en 1878 D. Felipe del Pan con material traído de Londres. Sigue funcionando en el día y publica el diario de su nombre.

Finalmente, existen en Manila otras muchas imprentas, entre las que recordamos las siguientes: *La Flor de Cataluña*, de don Enrique Bota; la de Santa Cruz, de D. Juan Atayde; *La Gran Bretaña*, de D. José Ramos; la del *Asilo de Huérfanos*, fundada por los frailes agustinos, que principió á funcionar en Guadalupe, y que hoy día sigue (creo que es la misma) en Malabón.

### Imprentas de provincias.

Ya hemos visto que las hubo en Bataan, Pila, Tayabas y Lubao. En este siglo hé aquí las que conozco:

93. *Cavite*.—Tengo un catecismo de la doctrina cristiana del P. Astete con este pie de imprenta:

«*Impreso en San Telmo de la Plaza y Puerto de Cavite, por Tomás de Oliva. Año de 1814.*» En 12.<sup>o</sup> de 92 págs., papel de arroz. Y también el siguiente:

«*Población de las islas Filipinas,*» atribuído al coronel de ingenieros D. Ildefonso de Aragón, que lleva el mismo pie de imprenta, por *Lorenzo del Rosario* (1817). En folio de 5 h s n., papel de arroz

94. *Cebú*.—Existía en 1873 la *Imprenta de Escondrillas*. La primera que allá existió la llevó D. Filomeno Roa. En 1881 se instaló otra pequeña y en 1886 se fundó por los señores Jiménez y Compañía otra más importante que imprime aún en el día *El Boletín de Cebú*, y se denomina como este periódico.

95. *Ilo-Ilo*.—La de *Escasi*, la del *Porvenir de Visayas* y la del *Eco de Panay*.

96. *Vigan*.—En 1878 se fundó la que imprimió *El Eco de Vigan*. La máquina empleada era la de doble retiración que, como dije, se compró al *Porvenir de Filipinas* en Manila (número 89).

## Grabado.

Con gran dificultad he podido reunir algunas láminas religiosas grabadas en Manila, y por ellas y las raras que aparecen en algunos libros, voy á dar los nombres de los grabadores filipinos de tiempos pasados.

El grabado más antiguo que tengo, es de 1627, en cobre, de 0<sup>m</sup>, 420 X 0<sup>m</sup>, 285. Es una tirada moderna, con la plancha original, sobre papel común, y no lleva nombre de autor. Representa los 23 primeros mártires franciscanos en el Japón, y quizás fué ejecutado por Tomás Pinpin. Grabado y dibujo perfectamente primitivo é infantil.

*Jerónimo Correa de Castro.*—El único grabado que conozco de este tipógrafo, que dirigió la imprenta del Colegio de Santo Tomás (núm. 14), da muy pobre idea de su mérito en esta materia. Está hecho en la «*Imprenta del colegio, etc... en el año de 1735*, y representa el «*Verdadero retrato de el Thaumaturgo de la Iglesia, San Nicolás de Tolentino:*» en un cuadro central aparece el santo, y á su alrededor, en doce cuadros ó medallones, se representan los principales milagros que obró y las escenas más notables de su vida. Es de 0<sup>m</sup>, 424 X 0<sup>m</sup>, 305 sobre cobre.

*Laureano Atlas.*—Indio de Manila. En el año 1744 era ya un artista notable. El tercer tomo de las *Crónicas* del franciscano P. F. de San Antonio (núm. 59), lleva una lámina grabada en cobre que representa 23 mártires franciscanos del Japón, que revela un talento fuera del ordinario, en este artista, que probablemente no tuvo para inspirarse más que malas láminas y lecciones deficientes de cualquier fraile de buena voluntad. Este grabado no recuerda nada, el relativo á los mismos mártires que salió en 1627 y que antes cité. En los otros dos tomos del mismo libro, hay dos grabados que, aunque son anónimos, los atribuyo á Atlas, por tener todos ellos la misma factura. Él fué el que grabó también una lámina que va al principio de la obra del jesuita P. Murillo Velarde (núm. 45), que representa la Virgen de la Rota y la de Antípolo. Tengo en

mi colección cinco grabados en cobre, de  $150 \times 105$  mm que representan otros tantos mártires dominicanos de China. Fueron delineados por Fr. José Azcárate, dominico, y son de buen gusto. No llevan fecha, pero no deben ser anteriores al 1752, porque sólo en este año llegó á Manila el fraile que los dibujó. Uno de sus más bonitos grabados representa San Francisco de las llagas, y va al principio de un «Epítome de la prodigiosa vida, etc.» de este santo.

*Nicolás de la Cruz Bagay.*—Grabó en 1734 el mapa de Filipinas del jesuita Murillo Velarde (núm. 42). Este trabajo no contiene sólo la carta, sino además dos medallones, el uno con el título y el otro con una descripción de las islas y varias embarcaciones de las que se usaban en aquel tiempo, todo lo cual hace gran honor al artista. Dibujo y grabado no pueden ser más elegantes ni de mejor ejecución. El mismo hizo en 1744 otro mapa reducido, también en cobre, en el que suprimió uno de los medallones del anterior, el más bonito por cierto. Hacia 1750 hizo en cobre un grabado del *Santo Christo del Tesoro*, que se veneraba en la real casa de Misericordia (hoy colegio de Santa Isabel) de  $0^m, 120 \times 0^m, 080$ , que no es tan vigoroso ni de tanto gusto como el medallón suprimido en la segunda edición del mapa. Ya dijimos que imprimió en el colegio de los PP. jesuitas de 1734 (?) á 1762. Ilustró también la obra de Cabrera, de Bueno (número 57).

*Cipriano Bagay.*—Grabó en Manila, año 1771, en cobre ( $0^m, 280 \times 0^m, 170$ ), un *Verdadero retrato de la milagrosa imagen de Nuestra Señora de la Concepción hallada en 1763 en el río Vinvanga, de donde la sacó un pescador asida á la red... y se colocó en la iglesia de Obando, donde hoy se venera, etc., etc.* La imagen está rodeada de una orla de regular gusto. El grabado es sin energía, pero el conjunto revela una buena concepción del dibujo.

*Ferónimo Atlas.*—No sé en qué fecha trabajó: tengo de él un grabado en cobre que representa la Virgen del Carmen ( $0^m, 120 \times 0, 087$ ) sin gusto, desproporcionado y ridículo.

*Vicente Antonio Atlas.*—Conozco de él un grabado en cobre ( $0^m, 258 \times 0^m, 170$ ) del *Santo Christo del Amor que se*

venera en la portería del convento de *Nuestra Señora de los Angeles*, etc., sin lugar ni fecha; debe ser del 1805 al 1815, porque esta época fué la del gobierno eclesiástico del arzobispo Juan Antonio Zulaybar, citado en la leyenda. El convento mencionado es el de Sampaloc. Representa un Cristo que ha desprendido de la cruz el brazo derecho, con el que rodea el cuello de un San Francisco, que de pie, al lado de la cruz, le abraza. Dice que fué delineado y grabado por el citado autor, pero dibujo y grabado no pueden ser más deplorables. Este Atlas dirigía la imprenta de Sampaloc en 1806 (número 69).

*V. Atlas.*—Delineo y grabó en cobre (0<sup>m</sup>, 130 X 0<sup>m</sup>. 087) un verdadero retrato de la *Sacratísima y portentosa imagen de Nuestra Señora de los Desamparados que se venera en el pueblo de Santa Ana*, etc. La imagen, tristemente dibujada, está rodeada de un marco en el que á derecha é izquierda hay dos ángeles con un cirio en la mano; en la parte superior las armas de San Francisco, dos brazos cruzados por delante de una cruz. No me parece que sea el mismo *Vicente Antonio* anterior.

*Pedro Ignacio Ad-Víncula.*—Fué impresor en el *Seminario eclesiástico*, y conozco de él un grabado, bastante malo, que representa las ánimas del purgatorio (0<sup>m</sup>, 132 X 0<sup>m</sup>, 095).

*Phelipe Sevilla.*—Tengo de él un grabado hecho en Manila año 1794. Es una especie de encabezamiento de capítulo apaisado (0<sup>m</sup>, 080 X 0<sup>m</sup>, 240), un *Ave María*, anuncio de indulgencias, en el que está la Virgen, rodeada de ángeles, encima de una cornisa, en cuyas extremos hay una voluta. El dibujo es bueno y el grabado está hecho con soltura y no carece de gracia.

*Esteban de Sevilla.*—Grabado en cobre (0<sup>m</sup>, 072 X 0<sup>m</sup>, 057) que representa un medallón oval con la Virgen del Rosario, pobre y raquítico. Otro íd. íd. (0<sup>m</sup>, 123 X 0<sup>m</sup>, 077) con *Nuestra Señora de la Salud*, no da del artista mejor idea que el anterior. Ignoro la fecha de ambos.

A principios de este siglo grabaron *Francisco X. de Herrera*, *Laureano Herrera*, *Isidro Paulino*, etc., pero fueron absolutamente pésimos.

Me abstendré de hablar de los grabadores modernos para no herir susceptibilidades; pero no concluiré sin nombrar á D. Baltasar Giraudier, español, y los hermanos Oppel, alemanes. El primero fué un artista muy distinguido que hizo unas litografías muy apreciables y unos grabados de bastante mérito en *la Ilustración Filipina* (núm. 84). De él es un curioso *Album de la campaña de Joló*, lleno de litografías y mapas grabados. Los hermanos Oppel dejaron una merecida reputación en Manila: el mayor de ellos murió hace cosa de veinte años y era verdaderamente un buen artista: el menor, que murió hace quince años, no valía tanto, pero no por eso dejó de tener mucho mérito.

T. H. PARDO DE TAVERA.

París, Junio, 1893.





## SONETOS

---

### I

#### DIVORCIO

Como la aurora de apacible día,  
en el fragante Mayo; cual lucero  
que en éter limpio brilla placentero,  
la novia derramaba poesía.

Con exclusivo amor, idolatría,  
premiaba la pasión del caballero,  
entre bizarros jóvenes primero,  
que oro y blasones á sus pies rendía.

¡Oh! ¡qué luna de miel! ¡perenne halago!  
¡beso infinito! ¡celestial arrullo!  
¿Quién no envidiara tan feliz consorcio?

Después... el tiempo con su lento estrago,  
la saciedad, el implacable orgullo,  
en dicha convirtieron el divorcio.

## II

## OFELIA

*Recuerdo de Hamlet.*

Los ojos en el éter seductores,  
fija en un tiempo de placer la mente,  
cantares suspirando, blandamente  
volaste á los eternos esplendores.

¡Oh casto emblema de ilusión de amores!  
¡Flor que te abriste en corrompido ambiente!  
alma nutrida en idealismo ardiente  
huye cual tú del mundo y sus rigores.

Pero los tristes que feroz destino  
á eterno afán y lágrimas condena,  
los galeotes de la instable vida,  
al encontrar la tumba en su camino,  
arrojan con desprecio su cadena,  
de rabia intensa el ánima roída.

EMILIO BLANCHET.

Barcelona.





## CRÓNICA QUINCENAL

---

Cuando vuelven ó se disponen á volver á sus hogares los excursionistas que, por necesidad, capricho ó moda, han ido en busca de risueñas playas, espléndidos paisajes ó concurridos balnearios; cuando todos los fugitivos de temporada piensan en abandonar lo transitorio y anormal para reintegrarse de pleno en la normalidad de la vida; cuando las costas quedan desiertas y las bulliciosas jornadas terminan, dejando solamente en el alma impresiones más ó menos fugitivas y vagos recuerdos, las realidades y miserias todas reaparecen con mayor brío y con la solemnidad de una inauguración de nuevos esfuerzos y de luchas nuevas. Parece que el hombre, templado en la placidez de algunos días tranquilos, en los encantos y soledades de una naturaleza bienhechora y en el delicioso vagar de un espíritu momentáneamente adormecido, sacude su somnolencia y corre con más ímpetu que nunca hacia el mundo artificial y fantástico que en las grandes capitales se agita y tiene para nosotros las atracciones del abismo.

Así nos explicamos el movimiento que, en las esferas políticas y mundanas, revive y fermenta en el mes de Octubre.

Así nos explicamos que hoy aparezcan aún más tristes las desventuras de la patria, aún más difíciles los problemas de cuya solución se encargan estadistas noveles, políticos de opuesto criterio y gobiernos viciosamente informados.

Hemos llegado á la estación anual en que la ambición y el desorden crecen por diversos caminos, y la codicia, los ideales y las ilusiones forjan más risueños horizontes ó pronostican más pavorosas mudanzas.

\*  
\* \*

No es, pues, de extrañar lo que pasa.

Los Emperadores y Reyes del Norte y del centro de Europa buscan y solicitan amistades y alianzas para las guerras hipotéticas de un porvenir oscuro. Las democracias modernas quieren fraternizar ahora con las linajudas y orgullosas aristocracias que antes odiaron. Francia, con su amor á una república burguesa, se afana, se vuelve loca y busca dinero, vota créditos y discurre festejos nunca vistos y nunca soñados en obsequio de la escuadra de Rusia, á cuyos marinos acañoneó en Sebastopol hace apenas ocho lustros. El continente, de Suecia á Italia, vive en una inquietud precursora de desastres. Hasta nuestra España, libre acaso por su misma pequeñez y su situación topográfica de los cuidados y compromisos que arrastran á Alemania é Italia, á Austria y la península de los Balkanes, á Rusia y á la República vecina; España, en un período de dificultades sin número y de decadencia visible, fijándose un momento en su mala administración, en sus prodigalidades y despilfarros, sigue más preocupada que nunca ante planes financieros que exigen sacrificios imposibles, cuando se demuestra que bastaría para su remedio moralidad, sana intención y justicia.

La Corte española regresa á Madrid en medio de las más

tristes emociones. Ha visto en poco tiempo, y hasta durante el descanso que temporalmente exigen las tareas oficiales, descontentos fundados, múltiples rebeldías, motines diarios, silbas y violentas acometidas á los Ministros responsables, furoros del anarquismo y hasta desdichas tremendas ocasionadas por inundaciones, pestes y accidentes fortuitos. Basta fijarse en el hecho elocuente de haber sido despedida la Corte por los respetuosos y agradecidos donostiarras á los entusiastas ecos del himno *Guernikako-ardola*, de tan dolorosos recuerdos para el Presidente del Consejo, hoy postrado en cama.



Parece que España no tiene remedio, por la carencia de abnegaciones patrióticas y de voluntades decididas. En medio de las economías que apremian y de los sacrificios de toda clase que se reclaman, todavía aparece la mano del nepotismo prodigando indebidos y costosos favores. Es un hecho que sorprende y abate.

Por este camino no se va á ninguna parte más que al desprestigio y á la muerte.

El malestar cunde á la par que los lamentos de la postergación se multiplican. Lo necesario se merma y lo baladí se sostiene é implanta en todos los ramos, según diariamente lo afirman y prueban los datos que recoge la prensa de todos matices; y cuando la opinión reclama en el Poder caracteres íntegros y energías supremas, es un dolor encontrar los apasionamientos, los mezquinos criterios de bandería y las parcialidades de siempre. Hasta en las instituciones más importantes, delicadas y trascendentales del Estado, como son la administración de justicia y la enseñanza, siguen los favores y compromisos políticos. Véanse los agravios de algunos pueblos á quienes se priva hasta de tribunales; léanse muchas

reformas recientes del Ministerio de Fomento. ¿Quién será el hombre providencial, el genio justo, el redentor ansiado que no tenga otro móvil que el sacrificio propio, la honradez á prueba y el bien de la patria?

\*  
\* \*

Sabido es que en España carece de verdadera organización la segunda enseñanza, acaparada y autocrática y tenazmente dirigida, mejor dicho, maleada, por el Estado. Sabido es que, cuando habla de instrucción el Estado, suele aquí olvidar ó desconocer lo que la palabra educación significa, y cierra con doble llave la puerta de los Institutos y por tanto de las Universidades á todo elemento educador, permitiendo sólo entonces que gallee la voz empeñada en comunicar nociones científicas arrojadas al acaso y en fomentar confusiones literarias que asustan. En este ambiente de desorganización evidente, en la que todo es lícito, menos educar y aprender en forma adecuada; en esas clases sin base, sin idea que sirva de norte; en esos Institutos que para todo preparan, menos para ser ciudadano útil y hombre cabal, se contentan los Ministros con que se hable de *omni re scibile*; y coartando libertades y violentando y destruyendo tal vez naturalezas delicadas, obligan—sin duda por economía—hasta á ejercicios gimnásticos propios para desarrollar, según se espera, la parte física, pero nada conducentes al desarrollo de la parte moral de los niños.

Mentira parece que, teniendo casi á la vista tantos y tan buenos modelos, mantengamos el verdadero desbarajuste que obedece á exigencias y protecciones personales. ¿Queremos orden y esplendidez en los estudios? Ahí están franceses y alemanes. ¿Queremos y buscamos libertad? Ahí está Inglaterra.

terra.

Nada se parece menos á un colegio español que un colegio extranjero, y entre los diferentes métodos pedagógicos, el método inglés sobresale por su originalidad chocante. «Primeramente el juego y después los libros,» dice un maestro de Eton citado por Mr. Demogeot; y cuando en la novela escolar *Tom Brown*, el padre piensa en dar á su hijo la segunda enseñanza, se pregunta á sí mismo: «¿Le envío acaso al colegio para que aprenda perfectamente el latín y el griego? No; me importan poco las partículas griegas y el digamma, y á su madre menos. ¿Por qué le envío, pues, al colegio? Quizás, en parte, porque á mi niño le gusta. Que sea un buen inglés, útil, servicial, veraz, un gentleman y buen cristiano es todo lo que deseo.»

Tales palabras valen más que minuciosas descripciones acerca de la vida de colegio en Inglaterra. Veamos lo que pasa en Harrow, uno de los más ilustres centros que preparan estudiantes para las grandes Universidades de Oxford y de Cambridge.

Los niños alcanzan allí casi la misma libertad que los estudiantes mayores, no teniendo más obligación que la de asistir á las clases y á los repasos, y pudiendo disponer á su antojo de las demás horas del día. Eligen y practican á capricho sus ejercicios gimnásticos ó higiénicos, dedicándose á correr, á patinar, á remar, á nadar, á dirigir la bicicleta, á jugar al *cricket* ó al *foot ball*, ó á pasar el tiempo, según les dé la gana. Entre el ejercicio voluntario, las luchas y rivalidades de compañeros, los muchachos de Harrow aprenden perfectamente á vivir.

Los programas clásicos—aunque el latín y el griego no se desdeñen como en España—son muchísimo menos complicados que entre nosotros. No importa que los niños no sepan mucha agricultura, mucha química, muchas matemáticas ni mucha retórica, con tal que sepan dar buenos puñetazos y

puntapiés con gracia. No todo es posible en este mundo, y hay que conceder á cada tiempo lo suyo.

Al menos hay lógica y manera propia de educar. Aquí lo lógico es lo ilógico; ni estudiamos ni aprendemos, y así vivimos, niños, jóvenes y viejos, de contradicciones eternas, á capricho de los políticos que han nacido para entender de todo.

C. S.



# ÍNDICE DEL TOMO XCI

15 DE JULIO DE 1893

	<u>Páginas.</u>
El problema de la libertad, por D. Mariano Amador.....	5
Reformas que requiere la enseñanza profesional española (conclusión), por D. Pablo de Alzola y Minondo .....	19
Antaño y ogaño, por Ramiro .....	30
Relato de un viaje de España á Filipinas, por D. M. Walls y Merino.	41
La primera noche de claustro, por D. Luis Cánovas.....	61
Segunda boda, por D. José Cánovas y Vallejo.....	71
Hombres de representación, por D. J. Pons Samper.....	75
Defensa del sexo hermoso contra los que le suponen defectos que verdaderamente no tiene, por D. L. del P.....	81
Crónica política, por A.....	91
Revista extranjera, por S.....	98
Boletín bibliográfico.....	105

30 DE JULIO

Los parques americanos, por D. Pablo de Alzola.....	113
Benvenuto Cellini, por D. I. Pérez y Oliva .....	124
Don José R. Carracido, por D. Aurelio Ribalta.....	129

La filosofía de Breno, por D. Emilio Blanchet.....	144
Las producciones naturales de España, por D. A. de Segovia y Corrales.....	155
Mane, Thecel, Phares, por D. Ángel Lasso de la Vega Fiscowich...	173
Relato de un viaje de España á Filipinas (continuación), por D. M. Walls y Merino.....	180
Antinomias contemporáneas, por D. Fernando de Antón (hijo).....	196
El Dios de los consuelos, por D. J. Pons Samper.....	203
Ventajas é inconvenientes de la riqueza, por D. Pablo de Alzola....	211
Boletín bibliográfico.....	218

### 15 DE AGOSTO

Discurso académico, por D. Francisco de P. Arrillaga.....	225
Las producciones naturales de España (continuación), por D. A. de Segovia y Corrales.....	234
Importancia de la historia de las campañas irregulares, y en espe- cial de la guerra de Cuba, por D. Leopoldo Barrios.....	257
Bocetos literarios, por D. Luciano Salvador.....	279
Ventajas é inconvenientes de la riqueza (conclusión), por D. Pablo de Alzola.....	281
Antaño y ogaño, por Ramiro.....	288
Relato de un viaje de España á Filipinas (continuación), por D. M. Walls y Merino.....	300
Golondrina de otoño, por D. Vicente W. Querol.....	322
Carta de mujer, por D. Jacinto Benavente.....	323
Cantares, por D. Luis González López.....	331
Boletín bibliográfico.....	333

### 30 DE AGOSTO

Carta al señor Ministro de Fomento, por J. M. I.....	337
El mobiliario moderno y los salones, por D. Pablo de Alzola.....	351
Discurso académico (conclusión), por D. Francisco de P. Arrillaga..	367

Las producciones naturales de España (continuación), por D. A. de Segovia y Corrales . . . . .	378
Casta diva, por D. R. Acevedo Rivero . . . . .	393
Noticias sobre la imprenta y el grabado en Filipinas, por D. T. H. Pardo de Tavera . . . . .	404
El Dios de los consuelos (conclusión), por D. J. Pons Samper . . . . .	416
Relato de un viaje de España á Filipinas (continuación), por D. M. Walls y Merino . . . . .	423
Bocetos literarios, por D. Luciano Salvador . . . . .	436
Boletín bibliográfico . . . . .	442

### 15 DE SEPTIEMBRE

Un estadista del siglo XV, por D. J. Oliveira Martins . . . . .	449
Las producciones naturales de España (continuación), por D. A. de Segovia y Corrales . . . . .	465
El regionalismo en Galicia (continuación), por D. Leopoldo Pedreira . . . . .	474
Antaño y ogaño, por Ramiro . . . . .	499
El mobiliario moderno y los salones (conclusión), por D. Pablo de Alzola . . . . .	516
Noticias sobre la imprenta y el grabado en Filipinas (continuación), por D. T. H. Pardo de Tavera . . . . .	531
Carta del extranjero, por D. C. S. A. . . . .	543
Boletín bibliográfico . . . . .	551

### 30 DE SEPTIEMBRE

Estudios de literatura griega, por D. A. González Garbín . . . . .	561
África (continuación), por D. Pablo de Alzola . . . . .	570
Relato de un viaje de España á Filipinas (continuación), por D. M. Walls y Merino . . . . .	587

Las producciones naturales de España (continuación), por D. A. de Segovia y Corrales .....	603
Las formas de gobierno, por D. César Antonio de Arruche.....	614
La desdichada dichosa, por D. José Cánovas y Vallejo.....	625
Noticias sobre la imprenta y el grabado en Filipinas (conclusión), por D. T. H. Pardo de Tavera.....	639
Sonetos, por Emilio Blanchet.....	661
Crónica quincenal, por D. C. S.....	663

